



ANYS FELICI

El señor Sapo
Y La pareja



FELIZ

El señor Sapo y la pareja feliz

ANYS FELICI

Título original: El señor Sapo y la pareja feliz

© Anys Felici 2019. Todos los derechos reservados. Código de registro Safe
Creative: 1709143517831.

Diseño de portada: Maribel C. Gómez

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita del titular de derechos. Los personajes de esta historia son producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Visita mi sitio para saber más de esta y todas mis historias <https://anysfelici.wixsite.com/misitio>

Contacto: anysfelici@outlook.es

TABLA DE CONTENIDO

[Prólogo](#)

[I. La romería](#)

[II. Antes de ellos tres](#)

[III. Guadalajara-Milán](#)

[IV. Diego](#)

[V. Villa Maicera](#)

[VI. Primera oportunidad](#)

[VII. Llorarle a un recuerdo](#)

[VIII. Hotel de cinco estrellas.](#)

[IX. Segunda Oportunidad.](#)

[X. Billete grande](#)

[XI. Por la alberca con patines](#)

[XII. Código fama](#)

[XIII. La tercera es la vencida](#)

[XIV. Vivo o muerto.](#)

[XV. El engaño](#)

[XVI. La pareja Feliz](#)

[XVII. Amor eterno.](#)

[XVIII. Un invitado especial](#)

[XIX. Presentación en sociedad.](#)

[XX. Barrio de Analco](#)

[XXI. Matteo Passerini](#)

[XXII Fiestas de octubre](#)

[XXIII. San Pedro Tlaquepaque](#)

[XXIV. Tonalá](#)

[XXV. A un paso](#)

[XXVI. Desenlace](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Zapopan, Jalisco, México, 12 de octubre de 1991.

La familia Passerini viene desde Milán, Italia. Un taxi los lleva del aeropuerto hasta Providencia. Son un joven matrimonio, él de origen italiano y ella de Jalisco, con un pequeño de dos años, que nació en Monza, un pueblecito cerca de Milán. Hace seis años que Ana Breda no pisa el suelo mexicano, pero no se olvida de sus raíces.

Carlo Passerini, es un hombre elegante, viste un traje formal en color oscuro, camisa blanca, pantalones con tirantes, en la cabeza lleva un sombrero de copa corta Trilby, el cabello negro, barba y bigote apenas naciendo. Ana Brenda, es una mujer distinguida, con vestido de manga tres cuartas, color azul marino con botones blancos, tacones bajos, abrigo largo, el cabello alborotado. Matteo, sobre los hombros de su padre, va mirando a la gente, cubre sus rizos con un sombrero igual, su atuendo es un trajecito con chaleco formal.

La familia se integra a la comitiva, se mueve hacia el centro. Carlo lleva a su mujer de la mano, la sujeta con fuerza para que no se le pierda entre tanta gente, es difícil abrirse camino. Las danzas alegran las calles, cantos, risas, bostezos por la desvelada, todos van con devoción acompañando a la generala, la virgen de Zapopan. Hoy no hay clases, pocos saben que es aniversario de la fundación de la Universidad de Guadalajara, no se trabaja en toda la zona metropolitana, es un día asueto. El Ayuntamiento se encarga de la seguridad de los peregrinos, una cuerda de gran densidad limita el espacio para dar principio y fin a cada comitiva. La Virgen de la expectación viene muy atrás, no ha pasado la glorieta de la Normal, mientras que la familia Passerini acaba de cruzar plaza Patria.

Amanece en la ciudad, no hay nada abierto, y Matteo quiere orinar. Carlo suelta la mano de su esposa, coge a su hijo en brazos y busca un lugar apartado de la comitiva. Ana Brenda es alta, pero tiene que pararse de puntas para alcanzar a ver y poder localizarlos. Los caballeros se adentran en una calle

oscura, autos estacionados en las dos aceras. Carlo deja a su hijo para que el niño orine al filo de una banqueta tras una camioneta. El padre se aleja para dar privacidad, lleva cigarros a donde quiera que va, nunca faltan en su bolsillo. Mientras fuma escucha voces, pisadas que se acercan a toda prisa. Carlo se hace a un lado para dar paso a los extraños, pero ellos se detienen justo detrás él.

Una pistola le apunta por la espalda. Carlo levanta las manos y se pone disposición de los asaltantes; es despojado del reloj de mano, de la cartera de piel, del celular y del anillo de compromiso. Piensa en su hijo. Es obligado a hincarse y mirar el piso. Trata de localizar a Matteo y recibe un golpe en la cabeza. El asalto concluye con amenazas, los delincuentes abandonan el lugar aprisa, se confunden entre el gentío. Carlo no pierde el tiempo, limpia la cara con la mano, se pone de pie, regresa a por Matteo, pero ha desaparecido.

I. La romería

La romería es una peregrinación que se hace especialmente para visitar una ermita. En la ciudad de Zapopan, Jalisco se realiza cada 12 de octubre, desde 1734. La imagen de la Virgen mide apenas treinta y cuatro centímetros, es morena, hecha de pasta de maíz. Los accesorios que complementan su atuendo de peregrina son un pequeño sombrero de paja; debajo de sus manos llevará un relicario y piedras preciosas, con un niño Jesús de oro en el centro; tiene un pequeño veliz dorado, por haber sido declarada «Patrona de los Agentes Viajeros». Es apodada «La generala». Con casi cinco siglos de historia, cada año es venerada por miles de fieles, dentro y fuera de su basílica en Zapopan, uno de los municipios que conforman la zona metropolitana de Guadalajara, la capital del occidental estado de Jalisco.

Betin es un peregrino que va andando por la avenida. El chico madrugó, pero sabe que va a valer la pena el desvelo. Ha subido de rango, va a cumplir seis años, es muy viejo para pedir limosna por las calles, ahora vende chicles en los cruceros y aprende el negocio familiar. Su apariencia es la de un pordiosero, pantalones de brinca charcos pues la prenda deja al descubierto los tobillos delgados, no hay calcetines, botas viejas y desgastadas, un abrigo que le regalaron en las Navidades pasadas, robado por su puesto, pero abrigador. Hoy es un excelente día para llenar los bolsillos de dinero y otras chucherías.

En una hora empezará a amanecer en la ciudad de Zapopan. Luis camina a medio metro de distancia de la joven Wendy, ya lleva en su bolsillo dos carteras y un celular. La sucia gorra de red cubre parte del rostro superior y del cabello grasoso. Botas negras de trabajo, mezclilla en color gris, chamarra con doble vista, interior oscuro, exterior un cuadrado en color rojo y azul. Wendy no corre con la misma suerte que su acompañante, no hay nada en su bolsa de mano. El vestido que usa es una talla de niña, el abrigo tejido de franela con algunos agujeros, el color original se perdió con el tiempo y ahora es pardo. Su rostro es tan agradable que la gente siempre la recuerda.

Matteo camina entre los peregrinos sin dejar de llorar, sujeta la cuerda que limita las comitivas. El sombrero cae de la cabeza y es aplastado por los

peregrinos, eso le hace llorar más, sin soltar la cuerda, camina, asustado entre la gente. El llanto del niño llama la atención del señor Sapo, un hombre obeso que voltea para todos lados. Es un ladrón que conoce su oficio. Se acerca al pequeño y se da cuenta que no lleva la calcomanía de identificación. Los organizadores las ponen a disposición de la gente para escribir datos importantes: nombre y apellidos de los infantes, dirección y teléfono. El señor Sapo le echa una última mirada y le toma de la mano.

Al sentir la mano gruesa y rasposa del hombre gordo, Matteo Passerini llora y trata de huir. Luis y Wendy cruzan la avenida. Ella abraza al pequeño para darle consuelo. Betin se une a ellos y todos juntos salen de la comitiva. Matteo se mueve y pesa mucho para una mujer delgada. Luis toma en brazos al niño, para él, trece kilos no son nada. No es el primer muchacho que llevan a casa. Wendy se quita su abrigo y cubre al niño.

Las danzas se estacionan en la plaza Juan Pablo II, esperan la llegada de la generala. Luis, Wendy, Betin y el señor Sapo, desvían su camino rumbo al periférico, es un día de suerte, evitan las calles que llevan a la basílica, caminan y caminan sin dejar rastro.

En la romería el nombre de Matteo Passerini es voceado y se reporta la desaparición, la lista de personas perdidas es larga, casi al final todos encuentran a sus familiares. La fiesta religiosa dura dos o tres días para todo aquel que quiera presenciar a María en su casa, la Basílica de Zapopan. Las danzas continúan durante horas. El inicio del recorrido es en la Catedral de la ciudad de Guadalajara.

Por la noche la foto de Matteo Passerini se muestra en televisión, en la bañera, sonrío a la cámara junto a su madre en un baño refrescante. Ofrecen recompensa en letras grandes, para toda persona que de información del pequeño niño italiano. En el noticiario matutino, Ana Brenda pide por la vida de su hijo, el marido la abraza con fuerza, ella está cansada de llorar, pero le quedan fuerzas para suplicar con llanto que le devuelvan a su pequeño.

El temor a ser atrapado detiene al señor Sapo para acercarse a cobrar la recompensa por el niño italiano. Matteo Passerini llora día y noche, balbucea cosas que nadie entiende, apenas sabe algunas palabras en español. Todos se tapan los oídos para no escuchar los berridos, a Luis le molesta más que a los demás. Wendy lleva sin salir tres semanas por cuidar al niño.

Anochece, Betin se acuesta en su catre a dormir, mientras los adultos ríen, beben alcohol y juegan a las cartas. Matteo se despierta y vuelve a llorar, eso enloquece a Luis, que levanta al niño y lo acomoda sobre las rodillas para

nalguearlo. El señor Sapo detiene la mano de Luis. Wendy se encarga de hacer callar al niño. Le canta «*A la ru ru, nene, a la ru ru ya, duérmete mi nene, duérmase ya...*». Le llama Diego, es un nombre bonito y de alguna forma tiene que llamar al pequeño.

La foto de Matteo Passerini sigue en los noticiarios. El señor Sapo necesita salir fuera de la ciudad, encarga el niño a Luis y a Wendy y se va. En ausencia del señor Sapo las puertas se abren a las nueve de la noche. Wendy prepara algo para cenar. Llevan licor y cigarros. Luis mandan a los niños a dormir, la función empieza y termina cuando todos duermen embriagados.

Meses después.

Al otro lado del periférico que rodea la zona metropolitana, Ana Brenda se rehúsa a regresar a Milán. Carlo ama a su esposa pero empiezan a tener problemas, todos los días reciben llamadas diciendo que vieron al niño, con la intención de cobrar la recompensa. Matteo no aparece se lo tragó la tierra.

Carlo termina con todo, no más anuncios, no más llanto, no más súplicas ni llamadas falsas, le pide a Dios que su hijo aparezca, pero no está dispuesto a ver morir a su mujer de pena. Ella está de nuevo embarazada y con tanto sufrimiento, cada día se la ve más frágil, delgada y pálida. Carlo quiere que su segundo hijo nazca en Milán. Le pide irse de México. Por el bien de todos. Ana Brenda acepta regresar. antes de partir, quiere ir a pedir un favor, como uno más de los miles de feligreses que acuden a María pidiendo un milagro.

Los ojos de Ana Brenda se llenan de lágrimas al pisar el suelo de la iglesia, se pone de rodillas y recorre las bancas arrastrando las piernas, suplica por la vida de su hijo en cada movimiento. Al llegar al altar y contemplar la imagen, hace una promesa, el 12 de octubre perdió a Matteo y ese día regresará, año tras año, hasta que un día vengan los dos. Ruega a la virgen que le permita mirar a su hijo una vez más. Se persigna, limpia sus rodillas. El ruido de los tacones retumba en el templo. Bandadas de palomas vuelan y comen de lo que los peregrinos les ofrecen, el excremento mancha el piso y es por eso que los visitantes se cuidan. A la salida un limosnerito pide caridad, tiene la mirada fija en el suelo, no se le ve el rostro, solo su mano extendida. Ana Brenda no es una mujer generosa, ni caritativa, pero se detiene y saca un billete de su cartera, se lo da a la mujer que acompaña al niño, luego se va a prisa.

Carlo promete a Ana Brenda regresar a México después de que nazca su segundo hijo para continuar buscando a Matteo.

II. Antes de ellos tres

Zapopan, Jalisco, año de 1989.

Wendy y su madre lavan y planchan ropa ajena. Acarrear agua a cualquier hora del día, el líquido vale oro para los quehaceres del hogar, lavar a mano es el sustento de ambas mujeres, una vez seca la ropa hay que plancharla y doblarla correctamente. La madre y la hija cargan una cubeta en cada mano y hacen pausas para descansar. Viven en una vecindad por el Vigía, un barrio viejo de Zapopan. La chica tiene catorce años, es delgada y agradable, desprende el olor de la adolescencia y eso llama la atención de su padrastro. El hombre es un borracho que invita a sus amigos a la casa, juegan a las cartas hasta el amanecer. Entre estos hay un viejo gordo, desagradable y mal oliente al cual lo apodan el señor Sapo, otro es joven alto y apuesto de nombre Luis, de dieciocho años, igual de sucio que el viejo, pero con una voz seductora y una sonrisa celestial.

Luis lleva un tiempo observando a Wendy en sus tareas. La mira cargar el agua a todas horas, y un día se ofrece a ayudarla, es guapa, pero al padrastro nada de esto le gusta. La ve platicando fuera de la casa y la mete a empujones. Luis sabe que el padrastro la quiere para él, que cuando la madre los deja solos, pretende tocarla. Wendy es una chica recia y ha sabido zafarse de las manos del padrastro.

Días después, Luis regresa más temprano que de costumbre, aguarda en su escondite durante horas, hasta que la madre de la chica sale con un balde, dejando la puerta abierta. Wendy está lavando en el patio sin ser consciente de que su padrastro observa y espera a que la madre esté lo suficientemente lejos para cogerla desprevenida, «Esta vez, no te escapas», dice el hombre frotándose las manos. Desea a la muchacha y la quiere, ya, no se fía de Luis que la ronda día y noche.

Luis escucha el forcejeo y corre en su ayuda. En el patio contempla a Wendy con la pantaleta colgando en las pantorrillas, llorando y tratando de bajar su falda para cubrir sus partes íntimas. El padrastro está sobre ella, quiere penetrarla. Luis aprovecha que el hombre está distraído para asestarle

un golpe en los riñones con el puño cerrado. Este siente tal dolor que arquea la espalda, momento que utiliza el muchacho para cogerle del cuello y arrástralo lejos del cuerpo de Wendy, que se cubre asustada. Inmoviliza los brazos y sigue golpeando sin piedad el rostro de aquel borracho.

Los vecinos alarmados piden auxilio. Un niño sale a avisar a la madre de Wendy. Ella abandona la cubeta y corre hacia la casa. El padrastro sangra y se queja de los golpes recibidos. Todo el mundo le observa, incluso el insolente de Luis, que abraza a Wendy, con una sonrisa de triunfo. El odio le invade y echa de la casa a las dos mujeres

—¡Esta es mi casa! No quiero volver a verlas, las recogí de la calle y así me lo agradecen, ¡fuera!

La madre suplica, se lanza a las piernas del padrastro, llora y pide piedad. Él la avienta varias veces al piso, mientras camina dentro de la casa, lejos de las miradas de los curiosos. Ella gatea y lo sigue. Wendy no tiene a dónde ir y no quiere pedir perdón para que la reciban nuevamente. Solo conoce a Luis de hace cinco días, pero no sabe qué será de ella y decide confiar en él. Ambos jóvenes toman una ruta que cruza el periférico, bajan y caminan por las calles, pasan por el panteón de Altagracia. Suben varias manzanas y se meten en una calle angosta, el concreto se termina, ellos continúan, se detienen en la última finca en obra negra.

Wendy tiene miedo, pero sigue a Luis dentro del lugar. Allí está el señor Sapo y otros hombres que juegan a las cartas. Hay licor y mucho humo de cigarro, catres apilados, cobijas viejas y rasposas, una cocineta y mucho patio. Luis señala el camino con un gesto. Paredes de tabla roca dividen un rincón del resto, una cama con sábanas sucias y almohadas de piedra. Luis entra despreocupado a ese lugar sombrío, descorre la cortina que sirve como puerta y parte de la pared, se desnuda. Wendy conoce el precio de la vida y lo que su padrastro quería, se lo va a cobrar el joven.

Resignada se desnuda y se acuesta en la cama. Siempre soñó que su primera vez sería con un hombre al que amase, con el que estuviera casada, pero las circunstancias la obligaron a dejar su casa. Luis no es delicado ni considerado, en unos segundos le tiene dentro. No le importan ni sus quejidos ni sus sollozos. Rechina el viejo colchón. Los hombres de afuera escuchan en silencio y miran maliciosos, se sonríen con los gemidos de él, y se sofocan con los quejidos de ella. Durante largos minutos son los ruidos que se oyen, compiten con los grillos que cantan afuera su agradable melodía.

Wendy descubre el oficio de los dos hombres viviendo en esa casa ruinososa

que gestiona el señor Sapo. Poco a poco, se hace un hueco entre ellos. La verdadera razón por la cual es apreciada es porque mantiene la boca cerrada, coopera y no hace preguntas. Como es joven atrae a los hombres, nadie se atreve a faltarle el respeto por temor al señor Sapo. Piensan que son familia por como la cuida, alguna sobrina lejana, pues físicamente solo comparten el color de piel, morena. Por eso ofrecen dinero por estar con ella una noche, si fuera una hija, ya mirarían mucho ofender al Sapo con tal proposición. Los admiradores de la muchacha, que son muchos, se desilusionan cuando el hombre les echa del hotel al ver los billetes sucios encima de la mesa. Wendy observa desde la distancia, no quiere que ninguno de esos borrachos la toque, se escaparía si no fuera porque la seguridad que le ofrece el señor Sapo no la tenía en su antiguo hogar. Algo ha aprendido en todo este tiempo en el hotel, y es que, estos huéspedes, que van y vienen a diario, se conforman con verla desnuda en los brazos de Luis. A ella nada de todo eso le gusta, pero de madrugada y después de embriagarse, se dirige dócil a la cama, descorre las cortinas y ante los ojos de todos ellos, permite que su novio la posea.

Cierta tarde Luis llega con un niño de cuatro años que no hace más que llorar y patalear durante horas. Le encierran en un cuarto que el señor Sapo tiene destinado para ambientarlos a su nueva vida. El chamaco es grande y sabe que fue arrancado de la mano de su madre, es difícil conseguir un comprador para un niño tan mayor. Luis se justifica diciendo que, de lejos, parecía pequeño por eso lo robó. Lloro y dice que su nombre es Adalberto pero en el hotel nadie lo llamará así. Wendy es la celadora y de nombre le pone Betin.

El señor Sapo regresa de un viaje de tres días, no ha conseguido comprador para el niño, él estaba seguro de que tal cosa sucedería, lleva años en el negocio y un niño tan mayor es complicado de colocar, tiene que pensar qué hacer con él. «Hay que enseñarle a mendigar», dice al fin. Wendy se encargará, las responsabilidades dentro de la casa cada día son mayores, ha demostrado fidelidad. Ella lleva a Betin a una iglesia para ver cómo reacciona la gente. Los feligreses lo miran con lástima y sueltan algunas monedas sobre su mano temblorosa. Él quiere regresar con su madre y solloza, pero no pide ayuda por miedo, sabe que si dice más de la cuenta, se llevará una paliza. La instrucción es lenta, poco a poco Betin aprende a ganarse el pan pidiendo limosna.

Sin reglas ni llamadas de atención el tiempo va transcurriendo. Luis y Wendy son felices, pero la felicidad no es eterna. Ella se da cuenta que lleva

dos meses sin tener la menstruación. Sabe que hay que tener precauciones, pero el miedo a que Luis la eche a la calle la hace callar. Ahora siente náuseas y siempre está cansada, con sueño. No quiere que la vea desnuda ni soporta que la miren teniendo sexo, debe cuidarse y no desea beber ni fumar. Las negativas enfurecen a Luis, acostumbrado a que ella le dé siempre por su lado y jamás le diga no. Una noche se enfada cuando ella rehúsa sus caricias y le confiesa el secreto. Este se enoja, se pasea nervioso por la sala y maldice «Pendeja», la insulta. «¡Eres una estúpida si no sabes que te tienes que cuidar!», se muestra agresivo y malhumorado. «Estés o no panzona vas a hacer lo que yo te diga». Al negarse Wendy a lo que quiere Luis, la golpea con fuerza en el rostro, cayendo al suelo, la pateo, pero no se siente satisfecho y desabrocha su cinturón de cuero, lo dobla para azotarla.

El señor Sapo regresa con Betin y encuentran a la chica tirada en el piso, temblando, quejándose de dolor. Wendy parece desequilibrada, ausente, mira sin saber dónde está. Va descalza, perdió los zapatos; tiene miedo de que la sigan golpeando, teme por su bebé y sale llorando. Camina por la oscuridad bajándose el vestido, anda sin rumbo. A cincuenta metros está la finca más próxima, un corralón que por las noches parece abandonado. Alguien la sigue, escucha las pisadas y acelera el paso, «¿Será Luis que viene a matarme?», se pregunta angustiada. Una mano callosa y gruesa la detiene unos metros antes de llegar. El señor Sapo no se fía de las mujeres resentidas y despechadas, Wendy sabe mucho de sus negocios y se ha vuelto un arma de doble filo, está herida, y puede vengarse de todos ellos, por eso la siguió desde que salió dando tumbos del hotel.

El señor Sapo debe convencer a la chica, cueste lo que cueste, mentirá si hace falta, le prometerá lo que ella pida con tal de que regrese. Es un viejo astuto, lleva años haciendo negocios oscuros y manipulando a la gente, sabe cómo engañar a una chiquilla dolida con su novio. Le jura que la valora más que a ninguno y que la quiere como a una hija. Al final Wendy regresa, aunque sabe que todo lo que escuchó son mentiras, pero dónde va a ir embarazada.

Luis duerme cuando regresan, está borracho, no oye que han regresado hasta que siente el primer latigazo que rompe la manta de la camisa que viste. Grita más fuerte cuando recibe el segundo golpe que lo deja sin aire, el último lo hace temblar de dolor tal como ella lo hacía cuando la golpeó. El señor Sapo sale con la fusta en la mano, es un regalo de su juventud, la cuelga en la pared. El castigo fue suficiente para que ella se sienta justificada y ya no quiera irse.

Wendy se mueve hacia el rincón y se desnuda con cuidado. Está cansada de tanto caminar, del miedo y la tensión, solo quiere dormir. El roce de la ropa le causa dolor, entra en la cama y cubre los dos cuerpos con un cobertor grueso con la imagen de un jaguar. Escucha la respiración lenta y el quejido de Luis, pero no piensa curar las heridas de su espalda ni consolar el dolor, solo quiere descansar y cierra los ojos vencida por el sueño.

La vida del hotel regresa a la normalidad, nada parece alterar el ir y venir de los huéspedes. El señor Sapo se va de negocios, «Ese es mi trabajo», le dice a la pareja que se queda a cargo de todo. Cinco días más tarde llegan unos hombres con apariencia extraña. En secreto le dicen a Luis que traen dinero para pagar por la función que solo se presenta en ese lugar, ríen y miran a Wendy de forma maliciosa. Ella escucha temerosa a que Luis acceda a la propuesta, tiene miedo pero él la defendió del padrastro, la recogió de la calle y está embarazada, van a tener un hijo, nunca la vendería por dinero. Pero a pesar de eso, sabe que no se puede fiar de la gente, ni siquiera de Luis, que no dudo en golpearla, sabiendo que espera un hijo suyo. Regresa a la cocina y se encarga de la cena, de recoger y lavar los platos, manda a dormir a Betin y también se retira, deja a los hombres jugando al dominó.

De madrugada Luis la despierta para tener intimidad, ella accede pero de pronto se siente observada, con fuerza avienta a Luis con las piernas y él cae de nalgas al suelo, esto provoca la risa de las personas que los miran. Colérico se levanta y toma a Wendy del cabello, la estrella contra la pared. Mareada protege su vientre, recibe varias patadas, perdiendo el sentido a los pocos minutos. «Wendy», le grita Luis y la zarandea con desesperación, pero ella no responde. «Está muerta», murmuran los huéspedes, temen acercarse, y se van por miedo a involucrarse en un asesinato. Luis huye creyendo, que esta vez la golpeó con demasiada fuerza, que ella no lo perdonará. Esculca sus bolsillos y deja sobre la mesa el dinero que le pagaron por observar, como si los billetes estuvieran malditos.

Tanto alboroto despierta a Betin, encuentra a Wendy tendida en el piso. Entre las piernas le corre un hilo de sangre. Llorando sale en busca de ayuda, toca en la primera casa y luego en la siguiente hasta que le abren la puerta. «¡Santa madre de Dios!», exclaman. «¡Pero qué le pasó a esta muchacha!», «¡Rápido, rápido hay que llevarla al hospital!». El lugar más cercano es el «hospitalito».

Cuando el señor Sapo regresa, encuentra a un extraño en el hotel, cuidando del niño. Es el vecino de la casa más cercana, le ha visto en contadas

ocasiones, pero él no habla mucho, no desea confraternizar con nadie, sabe que los ojos indiscretos pueden tirar por tierra su negocio. Por eso cuando el hombre le relata lo sucedido la rabia lo inunda, quiere encontrar a Luis y matarlo por poner en riesgo todo lo que tanto le costó crear. Si Wendy hubiera muerto, atraería a la policía, al investigar lo más seguro que lo culparían y hasta la cárcel podría ir a parar.

En el hospital Wendy aguarda la peor noticia, por la hemorragia tuvieron que cauterizar el útero, dejándola sin posibilidades concebir. Ella rompe a llorar, se siente inestable y cae desmayada. Pensaba ponerle el nombre de Luis si era un varón, y si era niña, Guadalupe, como la Virgen. Llego a imaginar sus ojos, soñó que lo tenía en brazos y arrullaba para dormirle. Debido a su estado, el doctor, ordena descanso y es internada durante cuatro días.

La dan de alta pero continúa deprimida, casi no come y a penas duerme, piensa en el hijo que nunca nacerá. No guarda cama, camina como distraída, a veces se le ve llorando. Como si aún estuviera embarazada, acaricia el vientre con amor «Luisito», murmura al viento y limpia sus lágrimas.

Luis aparece una tarde cuando Wendy prepara la cena, está sola en la casa. Se acerca y se deja caer de rodillas pidiendo perdón, abraza las piernas de ella, dice que está arrepentido, que nunca le va a volver a pegar, besa las pantorrillas y sube sus manos hasta los muslos. Wendy ama a Luis a pesar de todo, se enamoró del hermoso rostro cubierto de mugre, del pelo mediano y grasiento, de la piel blanca sin un solo lunar, de los finos vellos que cubren todo el cuerpo, los labios pequeños y la nariz puntiaguda. Deja que Luis juegue bajo el vestido, que la levante y bese con desesperación, que la deposite en la cama y hagan el amor.

El señor Sapo nunca pensó en Wendy cuando quiso encontrar a Luis, pensaba en él y en su negocio, porque, al fin y al cabo, solo importa lo que es suyo, lo que tiene, y ese muchacho borracho y atolondrado, por casi lo hace desaparecer. Ya no tiene que buscarlo, lo encuentra durmiendo plácidamente. Viene acompañado de dos hombres: el «Toques», conocido en el barrio por dar descargas eléctricas, y por otro que por unas cuantas monedas hace lo que sea.

Luis despierta cuando alguien le sujeta los brazos y lo levanta de la cama, le desprenden de la ropa, le amarran a una silla de madera, introducen sus pies desnudos en un balde lleno de agua, esto lo inquieta y aterriza «¿Qué me van a hacer?!», grita. El señor Sapo le informa que Wendy no le va a poder dar un hijo nunca, no quiere revelar delante de nadie que temió por su negocio,

pueden verle vulnerable y cualquiera quitarle lo que es suyo. Lo justo es que él tampoco pueda concebir, ya le hará saber con el tiempo, porque de tal castigo, con eso ambos van a quedar a mano. El Toques da la primera descarga. Los gritos son aterradores, los hombres lo sueltan cuando las chispas de electricidad saltan. Luis aturdido cae al suelo, suplica clemencia, tratando de huir. Convulsiona al recibir la segunda descarga, las venas del cuerpo parecen huir de tan cruel martirio, los músculos resaltan en brazos y piernas. El Toques no va a parar de castigar hasta que reciba la orden.

Wendy estaba haciendo la cena cuando escucha los gritos. No da crédito al horror que ve. Luis llora como un niño, suplica entre balbuceos y gemidos. Pide clemencia de rodillas ante el señor Sapo, quiere que ordene a el Toques que se detenga «¡Por favor, por favor, suéltelo ya!», Ella responderá por él «¡lo juro!», dice entre lágrimas y sollozos. Nunca volverá a pegarle, se lo prometió en la cocina, le cuenta al señor Sapo. Se aman.

El señor Sapo consiguió lo que buscaba, si detiene la tortura, Wendy le deberá una y a Luis le ha demostrado quién manda, ya le recordará que puso su negocio en la cuerda floja, que los vecinos ahora están pendientes del hotel. El Toques obedece, poco le importa estar más o menos con el pobre desgraciado, ya cobró sus buenos pesos. Guarda todos los cables y se va por donde vino. El otro hombre lo sigue en silencio, mira antes de irse con miedo al señor Sapo, no quiere volver a verle, es cruel y despiadado a pesar de su sonrisa.

Wendy desata desesperada a Luis y lo arrastra como puede a la cama, el Sapo les observa sin mover un músculo. Antes de irse mira a la muchacha y le dice «Todo esto lo hice por ti». Es mentira, pero nadie olvidará durante una larga temporada a quién deben obediencia. No se le ocurrirá delatarle ante la policía, pues se cobrará la afrenta de una forma u otra. El cuerpo de Luis convulsiona, ella tiene miedo de tocarlo, piensa que la electricidad continúa en él. Lloro porque contempla su padecimiento, lo cubre con el cobertor y lo cuida toda la noche.

Luis permanece en cama varios días, parece un fantasma, no responde a los cuidados que con amor recibe. El señor Sapo trae un fulano que se hace llamar doctor, el cual le administra una droga elaborada con productos naturales que le sume en un profundo sueño. Ella descansa al verlo tranquilo, poco a poco él recobra la cordura.

III. Guadalajara-Milán

Año de 1993.

Ana Brenda acaba de regresar a Milán. Sola viajó hasta Guadalajara, Jalisco, a cumplir la promesa que hizo a la virgen de visitarla todos los años en la romería. No ha olvidado a Matteo pero está cansada de discutir con Carlo, su hijo los necesita juntos y ellos aún se aman. Esta noche después de cenar, ella sube a la recámara y deja la puerta abierta mientras cepilla su cabello con la intención de que Carlo pueda entrar y después de años volver a tomar su lugar en la alcoba. Desde que Matteo desapareció, la pareja se distanció pero hoy la puerta está abierta y él no va a desaprovechar esta oportunidad. Durante el sexo él le pregunta si lo siente, excitada ella contesta que sí, y lo había extrañado tanto, no va a rechazarlo más. Hay lágrimas de amor y de reconciliación.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, amor? —pregunta Ana Brenda.

—Mi trasero —contesta Carlo con una sonrisa que le causa una carcajada a su esposa.

—Aparte de eso —menciona ella.

—No, mi cielo —dice Carlo con cariño— ¿Dime que es lo que más te gusta de mí?

—Tu nariz —confiesa y la recorre con la yema del dedo—, es tan perfecta que nadie en todo el mundo tiene una nariz tan bella como la tuya.

La nariz de Carlo Passerini es pequeña y respingada, sus ojos son grandes y negros, el cabello quebrado y manejable, suele lucir una barba circular bien definida, a ella le gusta mirarlo afeitado. La pareja se besa y se dice buenas noches uno al otro.

IV. Diego

Zapopan, Jalisco, octubre de 1994

Es el quinto cumpleaños de Diego. Wendy anuncia que no irán a trabajar, pero no debe decírselo a nadie. Ya lo están instruyendo como carterista. Wendy está agotada de salir por las mañanas, todos los días, sobre todo los fines de semana. De estar sentada en el suelo mirando a las personas entrar y salir de las Iglesias. De regañar a los niños cuando se distraen mirando las palomas, solo quieren jugar, pero si no llevan dinero, y este no complace al señor Sapo, se hacen acreedores de un castigo. Ella preferiría quedarse en el hotel, cocinando y limpiando, mas el señor Sapo no está de acuerdo.

«Esto no es beneficencia pública. De alguna forma tienen que pagar, aunque estén chiquitos, comen y ocupan un lugar», opina el señor Sapo. Un hombre viejo y mugroso da asco, una mujer con un niño suele dar lastima, es más conveniente para estos casos. Ella está de acuerdo pero pierde medio día por unas cuantas monedas. Las piernas se le entumecen y batalla para caminar. Tiene que cargar con Diego, pues se cansa y empieza a sollozar. Las botas que calza Diego eran de Betin y le quedan grandes, casi no puede caminar con el calzado, por eso prefiere andar a raíz. Regresa apurada para cocinar, pues a las dos de la tarde, sin falta, Luis vuelve al hotel y exige la comida caliente.

A Diego le gusta jugar con cualquier cosa, sin juguetes, la espuma que produce el agua con jabón es la entretención del niño. Sigue las burbujas y pretende atraparlas con las manos, verlo reír hace feliz a Wendy, que friega los platos y cubiertos. Diego es un niño despierto, inquieto y lleno de curiosidad, que pregunta sin descanso.

—¿De dónde salen los niños después de que los hacen? Yo, ¿de dónde salí? ¿Verdad que eres mi mamá? ¿Por qué no puedo llamarte así? ¿El señor sapo es mi abuelo? ¿A dónde llevan a los bebés? Wendy, ¿¡Por qué a Luis le gusta tanto pegar!?! ¿En que trabaja el señor Sapo? ¿Por qué viene tanta gente por las noches? ¿Es verdad que Luis no te lastima cuando hacen los bebés?

Wendy le dice que se calle o cuando llegue Luis lo va a acusar, es la amenaza que utiliza para asustar a los dos niños y es suficiente para que Diego

deje de preguntar y se vaya a jugar.

El primero en llegar es el señor Sapo, pidiendo cuentas del dinero obtenido de mendigar.

—No nos dieron ni una sola moneda —informa Wendy— ¡La gente cada día es más tacaña!

Diego se esconde, se protege con el vestido de Wendy. Luis es el que castiga, pero la orden viene del señor Sapo, y hoy no trajeron ni un quinto, no salieron a pedir, «es un secreto entre madre e hijo», piensa el chiquillo. Ella siempre lo defiende, miente a Luis y al señor Sapo, porque lo quiere.

Mientras comen, los adultos hablan sobre cómo obtener ingresos. El señor Sapo está preocupado, hoy no hubo dinero, pero cuando traen no es suficiente para cubrir sus gastos, no sabe si los mocosos se están volviendo holgazanes o Wendy es cada día más blanda con ellos. Se cree la mamá de los pollitos. «Ya no es negocio pedir limosna», menciona con la boca llena. «Los ricos no dan nada a la caridad». El caldo le escurre de la boca y lo limpia con la manga de la sucia camisa, mastica con la boca abierta, traga y come al mismo tiempo. Luis propone nalguear a Diego antes de llevarlo a pedir, para mostrar más lastima, el señor Sapo opina que es una buena idea y se ríe. El niño deja el plato asustado, se mete bajo la silla de Wendy y se tapa con la tela que cuelga de su vestido.

—Déjenlo en paz —dice Wendy.

El señor Sapo quiere comer el caldo de res, antes de que se quede frío, ya verá la forma de poner al muchacho a trabajar para que pague su comida y el lujoso lugar en el que duerme. Lo peor que le pudo haber pasado es toparse con él en la romería, no fue un negocio, ha sido un gasto tenerlo, ni un centavo a sacado del niño. Todo lo contrario, tenerlo bajo su techo y que pudieran reconocerlo, un riesgo para todos. Lo mantuvo con la esperanza de cobrar la recompensa pero al mismo tiempo atraería a la policía y no se quiso arriesgar. Sintió miedo de ser capturado y acusado de todos los crímenes que ha cometido con tantos niños.

Después de comer, la mesa se limpia y es momento de enseñar a Diego a robar. Luis se pone un saco rasgado y finge ser un hombre importante. Distraído fuma y toma a Wendy del brazo. Levanta el cuello actuando mientras ella se avergüenza y se ríe. Torpemente Diego logra sacar la cartera del bolsillo trasero pero se le cae de las manos.

—Inténtalo otra vez —ordena al niño el señor Sapo.

Betin observa los fallos de su hermano, con ocho años, está aprendiendo a

escribir su nombre, copiando letra por letra sin saber la pronunciación, raya paredes, mesas, sillas y todo trozo de papel que se encuentra, cuando logra recordar la palabra completa sin mirarla en otro lado, se siente orgulloso, presume que ya sabe leer y escribir.

Diego también quiere aprender, pide a Wendy que le enseñe, como el abuelo enseñó a su hermano.

—Estás muy chiquito —le dice ella con cariño—, ni siquiera sabes agarrar el lápiz.

Es una excusa pues sin autorización del señor Sapo, ella no puede dar al niño más conocimiento.

Otro día Betin logra robar una cartera repleta de billetes. Cuenta que estaba sentado en una banca de la plaza cuando vio salir del Registro Civil a un hombre que vestía de traje y llevaba un portafolios en la mano; apurado y torpe, se le cayeron las llaves del auto y mientras se agachaba a juntarlas, del bolsillo del pantalón se asomó su cartera que él hizo desaparecer con gran astucia, tal como dice el chapulín Colorado.

El señor Sapo se muestra feliz, se ríe del chiste del niño «Bien hecho muchacho», dice, y quita a Luis del sillón para que se recueste Betin.

—Quiero cenar enchiladas —pide el niño a Wendy.

—Anda, anda —Apura el señor Sapo a Wendy—, prepara lo que pidió el rey.

Ella asiente y empieza a preparar la comida: pone agua a hervir para remojar los chiles, mientras se cosen, saca queso y cebolla del refrigerador; pica la verdura en un tazón y revuelve el queso. Prepara una salsa en la que se sumergen las tortillas, luego las pasa por el aceite caliente, va formando tacos. Le sirve primero a Betin. «Ya soy experto, el tipo ni siquiera se dio cuenta de nada», cuenta el niño a todos, mas el único que le presta atención es Diego. Las hazañas de Betin le causan admiración, ni una sola vez, él ha sido el rey, no elegido la comida, y por nada del mundo, Luis, le presta su sillón.

El señor Sapo eructa satisfecho mientras frota su barriga llena. Observa como Wendy acuesta a Diego y lo arrulla como si fuera su hijo, ella es el problema de que los niños no traigan suficiente dinero. Piensa que Luis tiene razón en hacer llorar a Diego para mostrar más lástima

V. Villa Maicera

Carlo Passerini se levanta y pone el seguro en la puerta. No quiere que su esposa sepa nada del tema, las cosas están más que bien, informarla sería retroceder, verla llorar angustiada, muerta de nervios. No esperaba esta visita. Le pregunta al hombre por qué no fue a la policía, ellos son los que están investigando.

—Sin policía —contesta el señor Sapo.

—¿Dígame dónde está mi hijo? —exige Carlo.

—La recompensa, patrón.

—Primero hable —pide.

—Una pareja lo tiene como hijo propio.

El señor Sapo tiene el sobre que le entregaron a Luis con las fotografías de Diego. Impresas con el nombre de la farmacia. Cuatro fotos iguales. Saca una y la muestra al italiano, él la toma en sus manos.

—¿Quién me asegura que este niño de la edad de mi hijo es Matteo? — Carlo prefiere no mirar con detenimiento la imagen.

La conversación se interrumpe cuando tocan la puerta.

—Cariño —dice Ana Brenda desde afuera—. ¿Estás ocupado?

Ana Brenda siente curiosidad por saber quién vino a la casa preguntado por su marido, solo lleva dos meses y apenas conoce a nadie. Carlo se pone nervioso al escuchar a su esposa. Le pide a el señor Sapo, que se retire, que acuda a la policía, que dé toda la información y muestre las fotografías.

—¡Ya voy, cariño! —dice Carlo a su mujer y abre la puerta.

El señor Sapo guarda el sobre entre su ropa. Al salir mira a una mujer hermosa, viste y calza con elegancia: la señora de la casa. Romina lo acompaña hasta la puerta y cierra.

Ana Brenda pregunta por el extraño, se fue muy rápido.

—Vino a pedir caridad, amor —informa Carlo y no deja que ella entre, juntos vuelven al jardín.

—¿Y lo ayudaste? ¿Qué guardó tan precipitadamente en el bolsillo de su chaqueta? Parecía que escondía algo.

—Nada, cosas sin importancia.

Carlo se siente aliviado pues ella no se dio cuenta de nada. Aunque sonrío piensa en el extraño, se pregunta ¿Por qué acudió a buscarlo hasta la residencia? La policía es la que se está encargando de todo.

La visita fue un profundo fracaso, el señor Sapo saca las fotos y las destroza, las deposita en el bote de basura. Siente tal rabia y frustración que quiere poner las manos en el cuerpo del chamaco y romperle el cuello. Ha gastado mucho en él y no ha sacado absolutamente nada. Maldice porque todos los planes con el muchacho se malogran. Se acabó la caridad, si algo no le sirve lo desecha. En el hotel le cuenta a Luis que al italiano no le interesa el niño, lo pueden matar y nadie va a reclamar el cuerpo.

—¡Maldito mocoso! —exclama Luis y avienta su gorra al suelo— Déjeme matarlo a palos.

—¡Haz lo que quieras con él! —contesta el señor Sapo—, pero lejos de aquí, llévatelo donde nadie pueda escuchar sus berridos. Y Luis, no te olvides de Wendy, la necesitamos.

Luis asiente lleno de maldad, empieza a planear la muerte de Diego. Piensa en Wendy, en lo encariñada que está. Quiere al niño como una madre y como una fiera lo defenderá, por eso debe ser cuidadoso. Ella sigue molesta porque le cortó todo el pelo, la abofeteó y en la noche prefirió dormir en un catre que en la cama con él.

Wendy estuvo bebiendo, haciendo compañía a los dos hombres hasta que llegó la hora de dormir. Acostada a un lado de Diego, se tapa el cuerpo con una vieja cobija cuando arrecia el frío. La respiración hace que los pechos se levanten y se asomen por la abertura del vestido, ella tiene ese olor especial que le gusta tanto a Luis, que lo atrae como hipnotizado hasta el suelo.

Diego duerme como un angelito, sonrío porque sueña que Wendy es su madre, se mira de bebé en sus brazos, balbuceando y ella meciéndolo con amor.

Wendy se despierta cuando siente las manos de Luis bajo su vestido. Se levanta como mareada e inestable y se va directo a la cama. Deja a Diego solo a merced del verdugo, Luis sonrío de forma maliciosa.

—¡Ven a la cama y coge conmigo! —balbucea ella arrancándose la ropa pues se siente a acalorada.

Luis prefiere primero saciar su necesidad, poco le importa el maldito mocoso, su destino está escrito, esta noche o mañana qué más da. Desea a Wendy y la toma con brusquedad. Se queda dormido y al amanecer mira como

ella alista a Diego para irse a mendigar; le pone un abrigo y le ata los cordones de los zapatos. Ella escuchó lo que hablaron los hombres, teme por la vida de Diego. Finge que se les hizo tarde y sin servir el almuerzo se van apurados. Afligida duda en regresar al hotel «¿Qué culpa tiene el niño si el padre no quiso pagar?». Eligen la basílica para pedir caridad por dos razones: porque está cerca y una sola ruta los lleva, y porque mucha gente viene de todos lados los rincones de Jalisco, vienen a ver a la virgen de Zapopan. No piden limosna, caminan por el centro histórico, esta con la mente en otro lado y no tiene ánimo. Diego señala un puesto de botana, Wendy asiente y compra una bolsa de duritos con sal y limón. Se sientan juntos a comerlos mientras miran pasar a las personas que van a trabajar. Después de las dos de la tarde, ella decide volver y lleva al niño de la mano hasta la esquina a esperar el transporte público. «Diego es un niño. Luis no es un asesino», piensa.

Wendy entra a la casa e informa que no trajeron nada, no da más explicaciones y se pone a preparar que comer. El señor Sapo mira a Luis, dijo que se encargaría, pero lo único que hizo anoche fue coger con su mujer, se olvidó de Diego y de día es casi imposible que ella lo abandone. Luis tendrá que esperar hasta que anochezca y Wendy esté tan perdida en alcohol que no se dé cuenta que el niño desapareció.

Carlo Passerini está esperando que la policía se comunique, entonces podrá informar acerca del individuo que vino a pedir la recompensa. Entra en el despacho y se da cuenta de que la fotografía que el extraño le mostró, se ha quedado ahí, sobre el escritorio donde la dejó ese día. Es un alivio que Ana Brenda no haya entrado desde entonces. Con miedo la coge y la mira, sin prestarle atención guarda la foto en un cajón. Va a esperar hasta que la policía confirme o nieguen la información que tenía ese hombre.

Algo inquieta a Ana Brenda, de madrugada despierta y piensa en Matteo. Se levanta afligida, el aire le falta para respirar. Lloro pues siente que su hijo la necesita y la llama, mas ella no puede hacer nada. Reza la oración del ángel de la guarda, le pide a la virgen que cuide del niño, que lo acompañe y no permita que le hagan daño.

—¿Pasa algo, cariño? —Carlo despierta con el murmullo de su mujer.

—Está vivo —dice ella—, nuestro hijo está vivo.

—Fue un sueño, amor —dice Carlo y abraza a su esposa, la consuela con cariño—, vamos a dormir.

Ana Brenda se duerme a los pocos minutos y Carlo aprovecha para levantarse de la cama. Baja las escaleras apoyándose en el barandal de

madera, camina por la sala y entra a su despacho. Sería muy idiota si no reconociera a su hijo al mirarlo. Matteo debería tener su cabeza llena de rizos, el niño de la foto parece calvo, tiene ojos grandes, tristes y apagados. Mirándolo con detenimiento se da cuenta que efectivamente puede ser Matteo. Carlo rompe a llorar, piensa en despertar a Ana Brenda y mostrarle la prueba de que su hijo vive. En lugar de eso, toma el teléfono y llama a la policía. Es de madrugada y la persona al cargo del caso llega con retraso.

Por la mañana Carlo se levanta temprano, trata de no hacer ruido para no despertar a su esposa. Deja dicho al servicio que regresará antes del medio día para que Ana Brenda no se preocupe. Va a la comisaría y cuenta todo: describe al señor Sapo como un indigente gordo, calvo, con más de cincuenta años, sucio. La autoridad municipal manda a hacer un retrato del hombre que visitó la mansión de los Passerini. Le informan que necesitan mostrar el dibujo para que la sociedad ayude a encontrar el paradero del individuo buscado. Carlo no quiere que su esposa se entere, se siente mal porque estuvo a un paso de recuperar a su hijo y lo dejó ir. El extraño quería dinero a cambio de la vida de Matteo, cuando ella se entere que no hizo nada por recuperarlo. El recuerdo lo está matando. Supone que el señor Sapo no es el secuestrador. Menciona que ese hombre dijo que una pareja tiene a Matteo haciéndolo pasar como si fuera su hijo.

El oficial encargado del caso sugiere publicar el dibujo en televisión y periódicos, dar difusión y ofrecer una gratificación. Carlo piensa en Ana Brenda, la noticia la va a destrozar, sería mejor si ella no se enterara, si pudiera convencerla de regresar a Milán un tiempo, en lo que la policía hace su trabajo. Inventarse algo; algún negocio o emergencia familiar. Sale de la comisaría pensativo, también tiene que justificar su salida repentina. Sube a su auto y mira su reloj, han pasado más de dos horas. Conduce y para en una pastelería, pensando en su hija hace un pedido. Llega a su casa y muestra el regalo sacándolo de la caja de cartón, es de chocolate. La niña se emociona pues no están celebrando algo importante y van a comer postre. Aplaudes y pide un cuchillo para repartirlo con ayuda de su padre. Cuando lo tiene en su plato, saborea cada pedazo.

—¡Mmmm!, ¡qué rico! —exclama Italia.

Mientras miran a su hija feliz, embarrada de pastel en cara y manos, Carlo busca el momento para pedirle a su esposa que regresen a Italia, tiene que estar al pendiente de su negocio, pero más que nada quiere llevar a la niña a pasear en góndola, por lo pequeña que era no lo habían hecho ya. Le gustaría

mostrarle la ciudad donde nació él, las calles llenas de agua. Quiere contarle como se conocieron y se enamoraron. Cantarle una ópera mientras navegan. Promete a su esposa regresar a México si hay algo. Cualquier indicio acerca de Matteo.

—Vamos a volver y vamos a encontrar a nuestro hijo. Te lo juro mi vida —añade Carlo presionando la mano de su esposa.

Ana Brenda no se quiere ir, siente a su hijo tan cerca, de momento no dice nada, sigue contemplando a su hija mientras los tres comen pastel de chocolate. Por la noche reflexiona y acepta irse a Venecia, se lo dice a Carlo. Sería maravilloso volver a vivir el sueño de amor que los llevo al altar.

La familia Passerini hace las maletas y se traslada hasta el aeropuerto, sale del país ese mismo día en un vuelo con destino a Venecia. A la mañana siguiente, el retrato del señor Sapo se publica en el periódico principal "El Informador" el anuncio es muy claro: *se ofrece recompensa a quien ayude a encontrar a la persona de la fotografía, es buscada para entregarle gratificación, por información recibida sobre el paradero del niño Matteo Passerini.*

Esto es lo que lee el señor Sapo con todo lujo de detalles. Mira el anuncio en el periódico, no lo compra lo hojea y lo devuelve al aparador. Procesa en su cabeza lo más importante: la gratificación. Recuerda que Luis va a matar a Diego en cualquier momento. Corre con dirección al hotel. Es un hombre muy gordo, que se ahoga con el esfuerzo y tiene que parar en cada esquina. Agotado llega a la casa sudoroso, pregunta por Luis.

Luis se llevó al niño con el señor Sapo, es lo que le dijo a Wendy, que lo iban a poner a robar: «Ya está viejo para que ande mendingando». Betin, no ha salido todavía, está en casa esperando que se haga más tarde para salir a trabajar. Wendy se da cuenta que todo fue un engaño. Lo que tanto temía está por pasar.

—Anda rápido a buscar a Luis —ordena el señor Sapo a Betin—, dile que venga, que lo necesito ahora mismo.

Betin es un chico hábil y corre muy rápido. Se encarga de buscar en los lugares que Luis suele frecuentar. Ha visto que se mete a jugar a las cartas. Preguntando a los vecinos le cuentan que lo vieron pasar con su hijo.

Diego llora porque Luis lo lleva deprisa. No esperan en la esquina el autobús, entran al panteón y eso lo asusta.

—¡Te callas o ya verás cómo te va!

Diego le teme a los cementerios, cree que los muertos van caminando por

el lugar, que espantan y atrapan a los vivos y por eso se muestra desesperado, aunque le pegarán para tranquilizarlo seguiría llorando.

Luis se asegura que nadie le siga, el panteón luce desolado, es grande y el encargado del lugar está afuera platicando con las vendedoras de flores. Se dirige hacia el área de nichos por ser el más apartado. Lleva entre sus pertenencias una navaja, y muy escondida entre la ropa un arma.

Betin se va guiando por los lugares donde vieron a Luis. Doblando la esquina está el Panteón. Entra por curiosidad, no hace mucho que salieron y no pueden andar muy lejos. Andando entre las tumbas escucha un llanto desesperado, Diego llora como si lo estuvieran matando. Sin dudar se acerca y encuentra a Luis.

Luis sabe que no hay que hacer esperar al señor Sapo cuando está enojado y Betin le ha dicho que algo malo ha sucedido. Abandona a los niños y regresa al hotel. Al verlo Wendy sin el niño, se teme lo peor, se le echa encima, enfurecida presiona muy fuerte los testículos, haciendo que este doble las rodillas y aullé de dolor, haciéndole recordar el martirio que vivió a manos del Toques.

—¡Asesino! —lo acusa llorando.

Iracundo Luis se levanta y pone sus dos manos en el cuello de Wendy. La levanta por los aires, ella patalea cuando siente que no puede respirar. Empuña con rabia su mano, pero entonces aparece el señor Sapo.

—Mi asunto es más importante.

Luis no pierde el tiempo, la deja caer y sigue al señor Sapo, ya ajustara cuentas con ella más tarde, se va a arrepentir. Los dos hombres entran a la casa. Wendy se levanta del suelo y acaricia su cuello, sigue llorando. Se lanza a las calles en busca de Diego, está segura que Luis le hizo daño pues Betin no ha regresado. No puede ni imaginar lo que le pudo haber pasado. Tiembla de miedo y camina casi corriendo, las lágrimas nublan su vista y limpia su cara con su vestido, sus ojos se aclaran y entonces mira a los dos chiquillos que vienen de regreso. Siente alivio al verlo vivo y sano, se detiene a sonarse la nariz y espera que ellos la alcancen. Lo abraza y le limpia la cara. Le pregunta a Betin en dónde lo encontró.

—Andaban en el panteón. Pero no había gente a quien robar.

El Señor necesita a Diego con vida. Es el único que dijo conoce su paradero así que es el principal sospechoso, pero también es el único que va a obtener la gratificación. Es su cara la que esta dibujada en los periódicos, se considera un hombre famoso pues sale en televisión. Los Passerini lo esperan

para recibirlo como al hijo ausente. Lo verán como a un héroe, y lo único que hará es dar la dirección del hotel: mentir, realmente Luis se encontró al niño para regalarlo a Wendy, no puede tener hijos. «La coartada perfecta». El señor Sapo se prepara para tocar el timbre, se alisa el cuello y con saliva moja su cabello para aplastarlo. Sonríe cuando una señorita abre la puerta.

En el hotel no se espera a nadie para cenar. Luis se soba los testículos una y otra vez. No se puede mover por el dolor. Recostado en el sillón espera a que ella se acerque a llevarle el plato. Apenas la tiene por un lado y la toma con fuerza del cabello, la obliga a inclinarse, le dice al oído que va a pagar lo que le ha hecho, solo está esperando que los mocosos se echen a dormir para que no hagan escándalo. Wendy se sienta en la mesa con los niños y come muy despacio, su salvación es el señor Sapo. Después de cenar los niños se echan en su catre cada uno. Ella besa a Diego, lo arroja, le dice que no la espere, ya se va a dormir. Entonces regresa a la cocina y espera.

Luis termina de cenar y avienta el plato al piso, con la intención de que ella se acerque a levantarlo. Siente un dolor intenso en los testículos que lo hace estremecer. Trata de ponerse de pie apoyándose en los reposabrazos del sillón. Ella le pregunta lo que necesita para arrimárselo, «La fusta del señor Sapo» pide Luis.

—Si me pegas me voy a ir, jamás voy a regresar. —dice Wendy y junta el plato del suelo.

—Bien —dice Luis—, tú te vas y yo me encargo del chamaco, ¿o piensas llevártelo? Diego no te pertenece, no eres su madre.

Con miedo ella va por la fusta, sube a un banco y la descuelga de la pared, la pone en las manos de Luis. Levanta su vestido dejando la piel al descubierto. Se pone un trapo en la boca antes de inclinarse sobre las rodillas de Luis. «Los gritos van a despertar a los niños». Recibe dos golpes que marcan su piel y hacen temblar su cuerpo. Luis no se puede mover y no los puede aplicar con la fuerza que debería, como otras veces el señor Sapo le ha pegado a él. Se siente satisfecho y avienta a Wendy al suelo. Wendy se levanta llorando, baja su vestido, escupe el trapo que tenía en la boca, junta a la fusta y la devuelve a su lugar. Solloza con fuerza. Se dirige al rincón, se deja caer en la cama muerta de dolor.

VI. Primera oportunidad

Carlo Passerini se levanta y pone el seguro en la puerta. No quiere que su esposa sepa nada del tema, las cosas están más que bien, informarla sería retroceder, verla llorar angustiada, muerta de nervios. No esperaba esta visita. Le pregunta al hombre por qué no fue a la policía, ellos son los que están investigando.

—Sin policía —contesta el señor Sapo.

—¿Dígame dónde está mi hijo? —exige Carlo.

—La recompensa, patrón.

—Primero hable —pide.

—Una pareja lo tiene como hijo propio.

El señor Sapo tiene el sobre que le entregaron a Luis con las fotografías de Diego. Impresas con el nombre de la farmacia. Cuatro fotos iguales. Saca una y la muestra al italiano, él la toma en sus manos.

—¿Quién me asegura que este niño de la edad de mi hijo es Matteo? — Carlo prefiere no mirar con detenimiento la imagen.

La conversación se interrumpe cuando tocan la puerta.

—Cariño —dice Ana Brenda desde afuera—. ¿Estás ocupado?

Ana Brenda siente curiosidad por saber quién vino a la casa preguntado por su marido, solo lleva dos meses y apenas conoce a nadie. Carlo se pone nervioso al escuchar a su esposa. Le pide a el señor Sapo que se retire, que acuda a la policía, que dé toda la información y muestre las fotografías.

—¡Ya voy, cariño! —dice Carlo a su mujer y abre la puerta.

El señor Sapo guarda el sobre entre su ropa. Al salir mira a una mujer hermosa, viste y calza con elegancia: la señora de la casa. Romina lo acompaña hasta la puerta y cierra.

Ana Brenda pregunta por el extraño, se fue muy rápido.

—Vino a pedir caridad, amor —informa Carlo y no deja que ella entre, juntos vuelven al jardín.

—¿Y lo ayudaste? ¿Qué guardó tan precipitadamente en el bolsillo de su chaqueta? Parecía que escondía algo.

—Nada, cosas sin importancia.

Carlo se siente aliviado pues ella no se dio cuenta de nada. Aunque sonrío piensa en el extraño, se pregunta ¿Por qué acudió a buscarlo hasta la residencia? La policía es la que se está encargando de todo.

La visita fue un profundo fracaso, el señor Sapo saca las fotos y las destroza, las deposita en el bote de basura. Siente tal rabia y frustración que quiere poner las manos en el cuerpo del chamaco y romperle el cuello. Ha gastado mucho en él y no ha sacado absolutamente nada. Maldice porque todos los planes con el muchacho se malogran. Se acabó la caridad, si algo no le sirve lo desecha. En el hotel le cuenta a Luis que al italiano no le interesa el niño, lo pueden matar y nadie va a reclamar el cuerpo.

—¡Maldito mocoso! —exclama Luis y avienta su gorra al suelo— Déjeme matarlo a palos.

—¡Haz lo que quieras con él! —contesta el señor Sapo—, pero lejos de aquí, llévatelo donde nadie pueda escuchar sus berridos. Y Luis, no te olvides de Wendy, la necesitamos.

Luis asiente lleno de maldad, empieza a planear la muerte de Diego. Piensa en Wendy, en lo encariñada que está. Quiere al niño como una madre y como una fiera lo defenderá, por eso debe ser cuidadoso. Ella sigue molesta porque le cortó todo el pelo, la abofeteó y en la noche prefirió dormir en un catre que en la cama con él.

Wendy estuvo bebiendo, haciendo compañía a los dos hombres hasta que llegó la hora de dormir. Acostada a un lado de Diego, se tapa el cuerpo con una vieja cobija cuando arrecia el frío. La respiración hace que los pechos se levanten y se asomen por la abertura del vestido, ella tiene ese olor especial que le gusta tanto a Luis, que lo atrae como hipnotizado hasta el suelo.

Diego duerme como un angelito, sonrío porque sueña que Wendy es su madre, se mira de bebé en sus brazos, balbuceando y ella meciéndolo con amor.

Wendy se despierta cuando siente las manos de Luis bajo su vestido. Se levanta como mareada e inestable y se va directo a la cama. Deja a Diego solo a merced del verdugo, Luis sonrío de forma maliciosa.

—¡Ven a la cama y coge conmigo! —balbucea ella arrancándose la ropa pues se siente a acalorada.

Luis prefiere primero saciar su necesidad, poco le importa el maldito mocoso, su destino está escrito, esta noche o mañana qué más da. Desea a Wendy y la toma con brusquedad. Se queda dormido y al amanecer mira como

ella alista a Diego para irse a mendigar; le pone un abrigo y le ata los cordones de los zapatos. Ella escuchó lo que hablaron los hombres, teme por la vida de Diego. Finge que se les hizo tarde y sin servir el almuerzo se van apurados. Afligida duda en regresar al hotel «Que culpa tiene el niño si el padre no quiso pagar». Eligen la basílica para pedir caridad por dos razones: porque está cerca y una sola ruta los lleva, y porque mucha gente viene de todos lados los rincones de Jalisco, vienen a ver a la Virgen de Zapopan. No piden limosna, caminan por el centro histórico, esta con la mente en otro lado y no tiene ánimo. Diego señala un puesto de botana, Wendy asiente y compra una bolsa de duritos con sal y limón. Se sientan juntos a comerlos mientras miran pasar a las personas que van a trabajar. Después de las dos de la tarde, ella decide volver y lleva al niño de la mano hasta la esquina a esperar el transporte público. «Diego es un niño. Luis no es un asesino», piensa.

Wendy entra a la casa e informa que no trajeron nada, no da más explicaciones y se pone a preparar que comer. El señor Sapo mira a Luis, dijo que se encargaría, pero lo único que hizo anoche fue coger con su mujer, se olvidó de Diego y de día es casi imposible que ella lo abandone. Luis tendrá que esperar hasta que anochezca y Wendy esté tan perdida en alcohol que no se dé cuenta que el niño desapareció.

Carlo Passerini está esperando que la policía se comunique, entonces podrá informar acerca del individuo que vino a pedir la recompensa. Entra en el despacho y se da cuenta de que la fotografía que el extraño le mostró, se ha quedado ahí, sobre el escritorio donde la dejó ese día. Es un alivio que Ana Brenda no haya entrado desde entonces. Con miedo la coge y la mira, sin prestarle atención guarda la foto en un cajón. Va a esperar hasta que la policía confirme o nieguen la información que tenía ese hombre.

Algo inquieta a Ana Brenda, de madrugada despierta y piensa en Matteo. Se levanta afligida, el aire le falta para respirar. Lloro pues siente que su hijo la necesita y la llama, mas ella no puede hacer nada. Reza la oración del ángel de la guarda, le pide a la virgen que cuide del niño, que lo acompañe y no permita que le hagan daño.

—¿Pasa algo, cariño? —Carlo despierta con el murmullo de su mujer.

—Está vivo —dice ella—, nuestro hijo está vivo.

—Fue un sueño, amor —dice Carlo y abraza a su esposa, la consuela con cariño—, vamos a dormir.

Ana Brenda se duerme a los pocos minutos y Carlo aprovecha para levantarse de la cama. Baja las escaleras apoyándose en el barandal de

madera, camina por la sala y entra a su despacho. Sería muy idiota si no reconociera a su hijo al mirarlo. Matteo debería tener su cabeza llena de rizos, el niño de la foto parece calvo, tiene ojos grandes, tristes y apagados. Mirándolo con detenimiento se da cuenta que efectivamente puede ser Matteo. Carlo rompe a llorar, piensa en despertar a Ana Brenda y mostrarle la prueba de que su hijo vive. En lugar de eso, toma el teléfono y llama a la policía. Es de madrugada y la persona al cargo del caso llega con retraso.

Por la mañana Carlo se levanta temprano, trata de no hacer ruido para no despertar a su esposa. Deja dicho al servicio que que salió a realizar algunas compras para que Ana Brenda no se preocupe. Va a la comisaría y cuenta todo; describe al señor Sapo como un indigente gordo, calvo, con más de cincuenta años, sucio. La autoridad municipal manda a hacer un retrato del hombre que visitó la mansión de los Passerini. Le informan que necesitan mostrar el dibujo para que la sociedad ayude a encontrar el paradero del individuo buscado. Carlo se siente mal porque estuvo a un paso de recuperar a su hijo y lo dejó ir. El extraño quería dinero a cambio de la vida de Matteo, cuando ella se entere que no hizo nada por recuperarlo. El recuerdo lo está matando. Supone que el señor Sapo no es el secuestrador. Menciona que ese hombre dijo que una pareja tiene a Matteo haciéndolo pasar como si fuera su hijo.

El oficial encargado del caso sugiere publicar el dibujo en televisión y periódicos, dar difusión y ofrecer una gratificación. Carlo piensa en Ana Brenda, la noticia la va a destrozar, sería mejor si ella no se enterara, si pudiera convencerla de regresar a Milán un tiempo, en lo que la policía hace su trabajo. Inventarse algo; algún negocio o emergencia familiar. Sale de la comisaría pensativo, también tiene que justificar su salida repentina. Sube a su auto y mira su reloj, han pasado más de dos horas. Conduce y para en una pastelería, pensando en su hija hace un pedido. Llega a su casa y muestra el regalo sacándolo de la caja de cartón, es de chocolate. La niña se emociona pues no están celebrando algo importante y van a comer postre. Aplaude y pide un cuchillo para repartirlo con ayuda de su padre. Cuando lo tiene en su plato, saborea cada pedazo.

—¡Mmmm!, ¡qué rico! —exclama Italia.

Mientras miran a su hija feliz, embarrada de pastel en cara y manos, Carlo busca el momento para pedirle a su esposa que regresen a Italia, tiene que estar al pendiente de su negocio, pero más que nada quiere llevar a la niña a pasear en góndola, por lo pequeña que era no lo habían hecho ya. Le gustaría mostrarle la ciudad donde nació él, las calles llenas de agua. Quiere contarle

como se conocieron y se enamoraron. Cantarle una ópera mientras navegan. Promete a su esposa regresar a México si hay algo. Cualquier indicio acerca de Matteo.

—Vamos a volver y vamos a encontrar a nuestro hijo. Te lo juro mi vida —añade Carlo presionando la mano de su esposa.

Ana Brenda no se quiere ir, siente a su hijo tan cerca, de momento no dice nada, sigue contemplando a su hija mientras los tres comen pastel de chocolate. Por la noche reflexiona y acepta irse a Venecia, se lo dice a Carlo. Sería maravilloso volver a vivir el sueño de amor que los llevo al altar.

La familia Passerini hace las maletas y se traslada hasta el aeropuerto, sale del país ese mismo día en un vuelo con destino a Venecia. A la mañana siguiente, el retrato del señor Sapo se publica en el periódico principal «El Informador». El anuncio es muy claro: *se ofrece recompensa a quien ayude a encontrar a la persona de la fotografía, es buscada para entregarle gratificación, por información recibida sobre el paradero del niño Matteo Passerini.*

Esto es lo que lee el señor Sapo con lujo de detalles. Mira el anuncio en el periódico, no lo compra lo hojea y lo devuelve al aparador. Procesa en su cabeza lo más importante: la gratificación. Recuerda que Luis va a matar a Diego en cualquier momento. Corre con dirección al hotel. Es un hombre muy gordo, se le acaba el aire y tiene que parar en cada esquina. Agotado llega a la casa sudoroso, pregunta por Luis.

Luis se llevó al niño con el señor Sapo, es lo que le dijo a Wendy, que lo iban a poner a robar: «Ya está viejo para que ande mendingando». Betin, no ha salido todavía, está en casa esperando que se haga más tarde para salir a trabajar. Wendy se da cuenta que todo fue un engaño. Lo que tanto temía está por pasar.

—Anda rápido a buscar a Luis —ordena el señor Sapo a Betin—, dile que venga, que lo necesito ahora mismo.

Betin es un chico hábil y corre muy rápido. Se encarga de buscar en los lugares que Luis suele frecuentar. Ha visto que se mete a jugar a las cartas. Preguntando a los vecinos le cuentan que lo vieron pasar con su hijo.

Diego llora porque Luis lo lleva deprisa. No esperan en la esquina el autobús, entran al panteón y eso lo asusta.

—¡Te callas o ya verás cómo te va!

Diego le teme a los cementerios, cree que los muertos van caminando por el lugar, que espantan y atrapan a los vivos y por eso se muestra desesperado,

aunque le pegarán para tranquilizarlo seguiría llorando.

Luis se asegura que nadie le siga, el panteón luce desolado, es grande y el encargado del lugar está afuera platicando con las vendedoras de flores. Se dirige hacia el área de nichos por ser el más apartado. Lleva entre sus pertenencias una navaja, y muy escondida entre la ropa un arma.

Betin se va guiando por los lugares donde vieron a Luis. Doblando la esquina está el Panteón. Entra por curiosidad, no hace mucho que salieron y no pueden andar muy lejos. Andando entre las tumbas escucha un llanto desesperado, Diego llora como si lo estuvieran matando. Sin dudar se acerca y encuentra a Luis.

Luis sabe que no hay que hacer esperar al señor Sapo cuando está enojado y Betin le ha dicho que algo malo ha sucedido. Abandona a los niños y regresa al hotel. Al verlo Wendy sin el niño, se teme lo peor, se le echa encima, enfurecida presiona muy fuerte los testículos, haciendo que este doble las rodillas y aullé de dolor, haciéndole recordar el martirio que vivió a manos del Toques.

—¡Asesino! —lo acusa llorando.

Iracundo Luis se levanta y pone sus dos manos en el cuello de Wendy. La levanta por los aires, ella patalea cuando siente que no puede respirar. Empuña con rabia su mano, pero entonces aparece el señor Sapo.

—Mi asunto es más importante.

Luis no pierde el tiempo, la deja caer y sigue al señor Sapo, ya ajustara cuentas con ella más tarde, se va a arrepentir. Los dos hombres entran a la casa. Wendy se levanta del suelo y acaricia su cuello, sigue llorando. Se lanza a las calles en busca de Diego, está segura que Luis le hizo daño pues Betin no ha regresado. No puede ni imaginar lo que le pudo haber pasado. Tiembla de miedo y camina casi corriendo, las lágrimas nublan su vista y limpia su cara con su vestido, sus ojos se aclaran y entonces mira a los dos chiquillos que vienen de regreso. Siente alivio al verlo vivo y sano, se detiene a sonarse la nariz y espera que ellos la alcancen. Lo abraza y le limpia la cara. Le pregunta a Betin en dónde lo encontró.

—Andaban en el panteón. Pero no había gente a quien robar.

El Señor necesita a Diego con vida. Es el único que dijo conoce su paradero así que es el principal sospechoso, pero también es el único que va a obtener la gratificación. Es su cara la que esta dibujada en los periódicos, se considera un hombre famoso pues sale en televisión. Los Passerini lo esperan para recibirlo como al hijo ausente. Lo verán como a un héroe, y lo único que

hará es dar la dirección del hotel: mentir, realmente Luis se encontró al niño para regalarlo a Wendy, no puede tener hijos. « La coartada perfecta». El señor Sapo se prepara para tocar el timbre, se alisa el cuello y con saliva moja su cabello para aplastarlo. Sonríe cuando una señorita abre la puerta.

En el hotel no se espera a nadie para cenar. Luis se soba los testículos una y otra vez. No se puede mover por el dolor. Recostado en el sillón espera a que ella se acerque a llevarle el plato. Apenas la tiene por un lado y la toma con fuerza del cabello, la obliga a inclinarse, le dice al oído que va a pagar lo que le ha hecho, solo está esperando que los mocosos se echen a dormir para que no hagan escándalo. Wendy se sienta en la mesa con los niños y come muy despacio, su salvación es el señor Sapo. Después de cenar los niños se echan en su catre cada uno. Ella besa a Diego, lo arroja, le dice que no la espere, ya se va a dormir. Entonces regresa a la cocina y espera.

Luis termina de cenar y avienta el plato al piso, con la intención de que ella se acerque a levantarlo. Siente un dolor intenso en los testículos que lo hace estremecer. Trata de ponerse de pie apoyándose en los reposabrazos del sillón. Ella le pregunta lo que necesita para arrimárselo, «La fusta del señor Sapo» pide Luis.

—Si me pegas me voy a ir, jamás voy a regresar. —dice Wendy y junta el plato del suelo.

—Bien —dice Luis—, tú te vas y yo me encargo del chamaco, ¿o piensas llevártelo? Diego no te pertenece, no eres su madre.

Con miedo ella va por la fusta, sube a un banco y la descuelga de la pared, la pone en las manos de Luis. Levanta su vestido dejando la piel al descubierto. Se pone un trapo en la boca antes de inclinarse sobre las rodillas de Luis. « Los gritos van a despertar a los niños». Recibe dos golpes que marcan su piel y hacen temblar su cuerpo. Luis no se puede mover y no los puede aplicar con la fuerza que debería, como otras veces el señor Sapo le ha pegado a él. Se siente satisfecho y avienta a Wendy al suelo. Wendy se levanta llorando, baja su vestido, escupe el trapo que tenía en la boca, junta la fusta y la devuelve a su lugar. Solloza con fuerza. Se dirige al rincón, se deja caer en la cama muerta de dolor.

VII. Llorarle a un recuerdo

Zapopan, año de 1996.

Italia tiene cuatro años y salió de vacaciones con el colegio. Carga con una libreta que usa como diario donde escribe garabatos, le cuenta cosas a Romina en Italiano y ella no entiende nada, pero le hace compañía.

—Cariño —dice Ana Brenda—. Es de mala educación hablar en otro idioma, por favor habla en español.

Estando en Milán, Carlo recibió llamadas de la policía para informarle que muchos hombres se presentaron fingiendo ser el señor Sapo. Al ser interrogados caían en contradicciones, ninguno mostró las fotos de Diego Passerini. Creyendo la policía que todo fue una gran mentira, incluso la foto del menor, la prueba de que el niño vivía.

Carlo espera a que las mujeres suban a descansar del vuelo y entra a su despacho. Abre los cajones y localiza la foto del niño que trajo el señor Sapo. Está mirando la fotografía cuando Romina abre sin tocar.

—Perdón —dice avergonzada—, no sabía que estaba adentro.

—Anda pasa, no te disculpes —dice Carlo, ella abrió la puerta para mirar que todo estuviera en orden—. Cuéntame si alguien vino a preguntar por mí, o por mi esposa.

Romina le cuenta que el hombre sucio y desagradable vino en dos ocasiones; el Jardinero habló con él.

—¡Pero ¿por qué nadie me avisó?! —Se altera Carlo y levanta la voz.

—Es que usted no dijo nada al respecto. —Se asusta Romina—. Perdón señor. —Empieza a llorar.

—No llores y anda a hablarle al jardinero.

Romina se limpia las lágrimas y sale a buscar al hombre que corta el césped, el señor Carlo nunca le había gritado de esa forma, a ella le parece muy simpático. Piensa mientras camina que todos tienen días malos.

El jardinero entra excusándose, no dejó pasar a nadie a la casa en ausencia de los señores. Informa que nadie vino, solo un pordiosero gordo y oloroso, preguntó por el señor y mencionó al niño que no debe ser nombrado, dejó una

nota.

La hoja de papel esta doblada en cuatro partes, fue arrancada de un cuaderno tamaño profesional, de raya. Carlo toma la nota nervioso, da las gracias para que el jardinero se retire. Parpadea y traga saliva con dificultad, como si tuviera un dolor de garganta, no se espera lo que hay escrito en ella.

«Su hijo está muerto, patrón. Lo maté porque se negó a pagarme la recompensa».

—¡No Dios mío, por favor no! —exclama Carlo al leer el mensaje del señor Sapo, no puede contener las lágrimas.

Dobla sus rodillas y cae sobre la alfombra que cubre el piso del despacho. Lloro y mira la foto de Matteo. Le destroza saber que le hicieron daño, siente rabia e impotencia como si le arrancaran una parte de su alma. Ahora cómo va a mirar a su esposa, cómo le va a decir la verdad, es como si él mismo le hubiese dado el tiro de gracia.

El sueño venció a Italia hace unos minutos, se quedó dormida abrazando su diario. No siente que le retiran en cuaderno y la cubren con una manta delgada. Recibe un beso en la mejilla, luego cierran la puerta del cuarto. Ana Brenda camina con rumbo a su habitación, se detiene en el pasillo y da la vuelta. Se siente cansada y somnolienta, piensa que Carlos también lo está. Como él no sube, ella baja a buscarlo.

Romina deja de limpiar cuando escucha a la señora, sin mirarla de frente le informa que el señor salió, esconde su rostro pues estuvo llorando.

«¡Salió!», piensa Ana Brenda, acaban de llegar, ¿a dónde pudo haber ido? Ha notado raro a su esposo, lo poco que conoce es lo que ella le ha mostrado, la ciudad es grande y es fácil perderse entre tantas avenidas y calles. En fin, da las gracias a Romina y sube las escaleras, entra a mirar a Italia y luego se acuesta a descansar junto a su hija.

La presidencia municipal está ubicada en la avenida Hidalgo, justo en el centro histórico de la ciudad. Carlo se encuentra hablando con la policía, retirando la recompensa por las dos personas. Calla lo referente a la nota, muestra un rostro triste y derrotado, sin entrar en detalles menciona que está cansado, la esperanza murió.

Al volver a su casa no es el mismo, esta callado y frío con madre e hija. Dice que salió a dar una vuelta «Estoy harto de estar en México», menciona con desprecio y eso molesta a su esposa

—Fue tu idea que regresáramos —dice ella mientras meriendan.

—Para complacerte —dice Carlo—, pero odio estar aquí.

—Ya te puedes ir —añade Ana Brenda y abandona la mesa, sube a su habitación extrañada de la actitud de su marido.

Arrepentido Carlo deja a Italia al cuidado de Romina y sigue a su esposa. Toca la puerta para hablar, lamenta mucho expresarse así, quiere explicarle que se sentía cansado del viaje. Humildemente pide perdón pero Ana Brenda es una mujer orgullosa, demuestra su enfado con silencio y abandono, sobre todo en la alcoba. Cansado de no obtener respuesta se retira de la puerta.

Por la noche cena con su hija disculpando a Ana Brenda. «Siempre le duele la cabeza». Miran la televisión y luego suben, Carlo arropa a su hija y le canta una canción de cuna, se espera a que la niña se duerma para encerrarse en su despacho a beber. De madrugada toca la puerta de Ana Brenda, ella se niega a abrirle. Borracho no mide sus palabras, ofende a su esposa diciendo que hay mujeres en la calle que se venden para complacer a hombres como él.

Días después Carlo anuncia que regresa a Milán. Cansado de pedir perdón —¿Vienes con nosotros o te quedas llorándole a un recuerdo? —le pregunta a su esposa.

—Me quedo —contesta fríamente Ana Brenda—, Matteo me necesita.

—También nosotros —menciona Carlo.

Italia tiene que regresar al colegio en unos días. Pregunta por qué su mamá no viene, no hizo su maleta. Carlo se agacha a la altura de su hija, le explica que Ana Brenda se va a quedar unos días para visitar a los abuelos, los extraña y quiere pasar tiempo con ellos, se siente sola estando tan lejos.

Carlo Passerini y su hija toman un vuelo a Milán. A falta de madre Italia se queda al cuidado de una institutriz, la misma que le da clases de español. Ambos abuelos están al pendiente de lo que necesita la niña haciéndole visitas continuas y llevándola a pasear los fines de semana.

Estando en México, Ana Brenda, se da cuenta que se está perdiendo los mejores años de vida de su hija, aunque hablan por teléfono le hace falta la compañía, escuchar a Italia reír por tonterías. Toma la decisión de irse a Milán para estar cerca de ella y reconciliarse con su esposo. Después de empacar se despide de su hijo, le habla al viento, para que la brisa le lleve su recado a donde quiera este.

Carlo se alegra de ver a su esposa entrar en la casa con la niña en brazos, pues corrió gritando a recibirla. Busca el momento para pedirle perdón; no odia México, nada tiene que ver un país con los sentimientos. Le duele haber perdido a su hijo y no tener el valor de decirlo, de destrozarle el corazón. Al

tomarla de las manos puede sentirla dispuesta a la reconciliación. La besa y recibe respuesta.

—Lo siento tanto, amor —menciona Carlo al oído.

—También lo siento, Carlo —responde ella.

Se prometen nunca olvidar a Matteo. Carlo confiesa que fue a la policía y retiró la recompensa, el caso se cerró. Escogen un día especial para recordarlo, para decirle adiós. No mencionan nada a Italia. Miran hacia adelante y continúan con su vida en Milán.

VIII. Hotel de cinco estrellas.

Tiempo después...

Zapopan, año 2001.

Ana Brenda está ansiosa por pisar el suelo mexicano, seis años han pasado sin visitar a la Virgen de Zapopan. Sin llevarle flores y agradecer por la salud de la familia. Al entrar a la residencia es como si el tiempo se hubiese detenido, todo luce exactamente igual que cuando se fue siguiendo a su marido. En el servicio reconoce a Romina con un rostro más maduro. Italia tiene diez años, no necesita niñera pero si alguien que le haga compañía. Lo primero que quiere hacer después de descansar es ir a la Basílica.

—Papi, ¿cuándo vamos a regresar a Milán? —pregunta Italia.

—Tu mami es la que manda —dice Carlo—, pregúntale a ella.

—¡Nos vamos a quedar en Zapopan para siempre! —exclama Ana Brenda.

La relación de la pareja está más fuerte que antes. El acuerdo al que llegaron fue la solución a sus discusiones, hay amor y respeto en el matrimonio. El día dedicado a Matteo, es el 12 de octubre, exactamente cuándo lo perdieron, el resto de los días no lo mencionan, mucho menos en la intimidad, pero Ana Brenda piensa todo el tiempo en su hijo.

Para Carlo Passerini es muy parecido. Lleva en la memoria el recuerdo de Matteo, y el día que lo dedican a él es el que siente más remordimiento y dolor por su pérdida. Muchas veces ha estado a punto de decirle que el niño está muerto. Calla porque sabe que su matrimonio se va a venir abajo, que las discusiones y reclamos van a acabar con la sonrisa de su hija.

Los Passerini hacen planes para salir. Italia quiere conocer el centro histórico de Guadalajara. Entrar a la catedral, tomarse fotos en el museo de cera con todos los personajes importantes. Comprar en el mercado de San Juan de Dios. Caminar por la calle de las novias y los quince años. Ver los murales impresionantes en el Hospicio cabañas. Ha leído y visto vídeos sobre la perla tapatía, quiere volver a Milán llena de experiencias y lugares para contarles a sus compañeras. Carlo y Ana Brenda prefieren descansar, mañana irán a visitar a los abuelos.

Del otro lado del periférico, los huéspedes se preparan para cenar. El menú de esta noche es café de olla con galletas de animalitos. Con piquete para todos los huéspedes; un chorro de alcohol etílico del 96 para alegrar la noche. Luis está recostado en su sillón, tiene a Wendy por un lado de la cintura. Se comen a besos hasta el cansancio o hasta que el alcohol les hace estragos y se sienten acalorados.

El primero que se retira es Diego. Incómodo se avergüenza y agacha la cabeza para no mirar. Va por su catre y agarra una cobija para cubrirse. Tiende su cama en el suelo y se acuesta. Betin bosteza aburrido, ya no siente morbo de ver a la pareja teniendo sexo, prefiere dormir que desvelarse. La escena es cotidiana para los dos chicos, para los huéspedes es espectáculo.

Luis cobra treinta pesos por catre, cobija y un plato de comida caliente, en este caso una taza de café y un puño de galletas. Algunos las prefieren remojadas y otros las comen a mordidas. El espectáculo cuesta treinta pesos más. Hay cuatro espectadores que viven en la calle y no siempre tienen para comer. El licor va por cuenta del hotel después de la cena.

Luis termina agitado y sudoroso. Descansa su cuerpo sobre Wendy, se levanta y se pone los pantalones para cobrar la cuota extra. Uno de los huéspedes ofrece todo su dinero por poseerla y se lo dice. Luis no sabe lo que se siente ver coger a su mujer con otro estando presente. Es capaz de todo por dinero. Ella sigue tirada en la cama, desnuda, casi inconsciente pues esta borracha, no se va a dar cuenta quien entra en ella, a menos que abra los ojos. Asiente y toma los billetes, los guarda en la bolsa de su pantalón.

El extraño se acerca hasta la cama, voltea su cabeza para mirar la aprobación de Luis, ya le pago y se va a quedar sin comer mañana, ese dinero era toda su fortuna. Wendy parece una muñeca de trapo que apenas respira. Antes de tocarla voltea nuevamente, Luis solo mira sin decir nada. Excitado de tenerla a su disposición, desabrocha torpemente su pantalón que caí hasta el piso. Se quita los zapatos y también la camisa. Toma los tobillos con cuidado para acomodarla. Cuando está listo para penetrarla, unas manos gruesas y rasposas lo levantan por el aire queriéndolo asfixiar. Es Luis que no soporta mirar a Wendy en la cama con otro hombre. El extraño patalea y su rostro cambia de color, sigue suspendido. Sin la devolución del dinero, es lanzado desnudo a la calle. La puerta se cierra y apagan las luces del hotel.

El hecho de no haber obtenido nada por la cabeza de Diego hizo más cruel al señor Sapo con los dos niños. Todos los días tienen que salir por la mañana y regresar con dinero o se ganan un castigo, que propina Luis con un cinto de

cuero que cuelga de un clavo en la pared del hotel. La vida de Wendy ha cambiado. Siguen trayendo niños, pero ya no se quedan más de tres días. Los vendan o no, se van y no regresan. Ella ya no sale con ellos a mendigar, sus tareas se reducen al cuidado del hotel. Hace rendir el dinero que le dan para cocinar. Viste lo que hurta Luis para ella, lo mismo pasa con su calzado y ropa interior.

IX. Segunda Oportunidad.

El 12 de octubre se celebra el regreso de la generala a su casa. Desde la gran Catedral de Guadalajara hasta la Basílica de Zapopan. Miles de personas se dan cita para caminar, atrás o adelante de la imagen. La peregrinación se hace por la avenida Fray Antonio Alcalde hasta la glorieta de la normal y de ahí, por toda la avenida Manuel Ávila Camacho hasta topar con los Arcos de Zapopan. Italia no entiende porqué nunca la han llevado a esa gran celebración, ni siquiera la han llevado a las fiestas de octubre.

No es el mes ni el día, pero Ana Brenda quiere ir a ver a la Virgen a su casa. Invita a Italia para que deje de quejarse que no la llevan a ninguna parte. Carlo prefiere quedarse en su despacho hablando por teléfono, administrando su negocio desde México.

A unos cuantos metros de la plaza Juan Pablo II está la entrada al estacionamiento subterráneo. Hay unos muchachos lavando autos, se acercan a ofrecer sus servicios.

—No, gracias. —dice Ana Brenda de malos modos mientras su hija sonrío a los jóvenes.

Ver a las personas hincarse y arrastrar las rodillas por el pasillo central impresiona a Italia. Ella y su madre caminan y toman lugar en las bancas de adelante. Muy cerca se contempla a la Virgen, rodeada de flores y accesorios de oro, resguardada dentro de una caja de cristal.

—Vamos a rezar un padrenuestro —murmura Ana Brenda.

Italia asiente y las dos se ponen de rodillas, inclinan la cabeza y cierran los ojos.

—Padre nostro, che sei nei cieli, sia santificato il tuo nome...

—¡En español! —la reprende Ana Brenda.

Juntas y en voz baja inician nuevamente la oración. Rezan una avemaría y se persignan antes de salir de la basílica. Fuera del atrio hay vendimias. Se detienen a mirar los rosarios y las imágenes de vírgenes y Santos. También hay relicarios, biblias y oraciones para ocasiones especiales. Sin comprar nada caminan hacia el estacionamiento. Hay agua tirada en el piso, lavaron el auto y Ana Brenda se molesta.

Italia se ríe y dice adiós por el cristal a los lavacoches. Ana Brenda maneja con seriedad, a pesar de haber estado fuera tantos años conoce la ciudad perfectamente. Toma la Avenida Américas, por su lado izquierdo está en *Contry Club*. En diez minutos están en su residencia.

Carlo está en el jardín fumando, usa lentes para leer. Una línea divide su cabello lado a lado, lleva barba bien tupida de candado. Al mirar a su esposa se pone de pie para recibirla con un tierno abrazo y un beso apasionado, ignorando la presencia de su hija. Eso incomoda a Italia y la hace sonrojar.

—Mami, cuéntale a papá lo que paso en el estacionamiento con el auto. — dice Italia y ella misma lo cuenta.

—¿Por qué les tenía que pagar?! —se expresa Ana Brenda—. No les pedí que lo lavaran.

Ana Brenda se sienta en las piernas de Carlo y fuma del mismo cigarro. Él la mira con amor.

—Fue muy gracioso, papi —añade Italia—, debiste ver su cara ¡Es lo más divertido que nos ha pasado desde que llegamos!

Carlo y Ana Brenda se miran a los ojos y se vuelven a besar. Los arrumacos al exceso son mal vistos por la hija de la pareja. Italia va a cumplir once años, pero se cree mayor. Ya le gustan los muchachos y siente que es una maldición haber heredado la baja estatura de su papá. Carlo comparado con sus hermanos es un enano de un metro con setenta centímetros. Todas las compañeras del colegio son más altas que ella y tienen el pelo lacio.

Zapopan y Guadalajara son ciudades hermanas, forman parte del área metropolitana junto con los otros municipios. Otro día las mujeres se preparan para salir, se miran al espejo y acomodan su cabello, pintan sus labios y besan a Carlo al mismo tiempo. Cuelgan sus bolsas en sus respectivos hombros y se despiden; van a ir a la Basílica.

Apenas alcanzan un lugar libre en el estacionamiento. La basílica es la principal atracción pero hay muchas cosas que ver en el centro histórico. Las calles colindantes están llenas de negocios, bancos, la presidencia, un museo, el mercado municipal, el registro civil, en las banquetas hay puestos ambulantes. Ellas compran algunas cosas y regresan al estacionamiento. Los chicos que lavan los autos no piden permiso, trabajan y se acercan a cobrar, pero Ana Brenda no les piensa pagar porque no se los pidió «¿Qué se han creído!», piensa.

Al presenciar nuevamente la escena Italia se muere de risa. En lo que Ana Brenda da la vuelta para entrar al auto, Italia toma la bolsa de su mamá y saca

un billete, no se fija en el valor y ni lo conoce, por la venta lo ofrece a uno de los chicos. Ellos no tienen tanto cambio.

—No importa —dice Italia— quédatelo, quizá vengamos mañana.

Al llegar a la casa Italia le cuenta a su papá. Es una niña muy risueña, le causa gracia las cosas más simples.

Carlo se siente celoso, ellas no paran de hablar de los lavacoches, los imagina jóvenes y apuestos, grandes y fornidos. Menciona en tono de broma que ya no las va a dejar ir solas a ningún lado.

—¡Ay, papi! —exclama Italia—, pero si es divertidísimo ver sus caras. Y también la de mamá. Si nos ven llegar contigo seguro que ni nos voltean a ver.

La entretención de la niña cuando no sale es hablar por teléfono con sus amigas del colegio. Cuando Italia se retira a su cuarto, Ana Brenda le aclara a su esposo que los lavacoches son unos chiquillos. No tiene de que preocuparse. Le recuerda lo mucho que le gusta su nariz y todo lo demás. Coquetea hablándole en doble sentido. El amor que los une es tan grande que se extiende por toda la casa, los besos llenos de pasión y las caricias atrevidas se hacen presentes cuando se encuentran tan cerca uno del otro.

X. Billete grande

Diego necesita unos zapatos, los que trae tienen grandes agujeros y se le mete el agua. Duda si dar el dinero o gastarlo en su necesidad. Al final del día prefiere rendir cuentas. Llegando al hotel miente al decir que robó el billete, se lo muestra al señor Sapo para que lo premie. Se pavonea hasta el sillón de Luis y se recuesta. Levanta los pies para que Wendy le quite los zapatos. Espera a que le pregunte qué quiere para cenar. Nadie le da un masaje. Luis lo quita del lugar, de un aventón lo tira al piso, luego le da una patada en el trasero. Wendy sigue preparando la comida que tenía pensada. El señor Sapo quiere saber de dónde sacó el billete, lo tiene en la mano y lo huele. Betin pone en mal a su hermano al decir que una mujer se lo dio cuando le lavaron el carro.

—¿Quién te da quinientos pesos por una lavada de carro?! —menciona Luis.

—Le debo el cambio —responde Diego y quiere recuperar el billete.

El señor se adueña del dinero y lo guarda entre su ropa, le pide al muchacho que cuando vuelva a ver a esa mujer, le robe la cartera y venga a casa con ella. Cuando sea capaz de hacer algo así, entonces va a estar listo para algo más fuerte y podrá ser el amo de la casa por primera vez.

Diego no quiere hacer eso, es torpe y si lo agarran va a ir a dar a la cárcel. Estará solo pues Wendy no va a poder entrar. No habrá quien lo defienda y se va a morir de tristeza. Wendy termina y sirve la cena, en platos de plástico pone frijoles guisados, en una servilleta envuelve tortillas recalentadas, para beber canela caliente endulzada con azúcar morena. Esta noche no hay huéspedes. Luis apura a Wendy para que limpie la mesa y poder jugar a las cartas. Betin y Diego miran pues no tienen nada que apostar, aprenden de los dos hombres.

Luis le gana al señor Sapo y se levanta de su silla a festejar, se acerca a Wendy y palmea su trasero mientras ella friega los platos. Regresa a la mesa y baraja las cartas, apuesta todo lo que ganó. El señor Sapo ya no quiere jugar. Sabe que Luis es adicto y no puede parar, a veces gana y otras pierde, pero nunca se detiene. Prefiere salir al patio a fumar, poner orden a los negocios, es

la cabeza del hotel, siempre tiene algo en mente.

Al no haber dinero ni jugadores, Luis se va a la cama a esperar a que Wendy termine de limpiar y venga a acostarse con él.

Por la mañana Diego espera a que todos salgan para mostrarle a Wendy los zapatos. Si no hubiese reportado el dinero, ya tendría un buen calzado: nuevo y a su medida. El miedo al cinturón de cuero lo obligó a hablar del billete al señor Sapo.

Entre las cosas de Betin hay unos tenis viejos y muy sucios. Comentó hace unos días que le aprietan. Todo lo que va dejando lo usa su hermano.

—Mídetelos —dice Wendy y le ofrece el calzado—, si no te quedan, vas a tener que andar descalzo hasta que consiga otros zapatos.

—¿Y cómo voy a ir a trabajar?

Eso no le importa al señor Sapo, quiere dinero sin importarle como lo obtenga. Diego agarra los tenis y se sienta en el suelo. Le gustaría estrenar, ha visto los aparadores de las tiendas llenos de zapatos, con dibujos de los personajes de las caricaturas; en el hotel no hay televisión, por eso pasan rato mirando la de los puestos callejeros, conoce todas las series de dibujos animados.

—Wendy —le habla Diego mientras se prueba los tenis— ¿Por qué tenemos que robar si el señor Sapo tiene mucho dinero?

—No empieces —responde Wendy, tantas preguntas la ponen nerviosa.

—Nunca he usado zapatos nuevos —comenta y sigue preguntando aprovechando que Luis no está— ¿Por qué tengo que usar la ropa de Betin? — Los zapatos le van y camina con ellos para amoldarlos a sus pies— ¿Verdad que si eres mi mamá? ¿Por qué no puedo llamarte así?

—Diego, ya cállate —pide Wendy pues no sabe qué contestar.

El chico se mira de arriba abajo, le pregunta si es guapo y ella asiente, eso lo hace sonreír. Diego está creciendo y se siente confundido, no va a la escuela y es demasiado ignorante en muchas cuestiones, antes de irse le hace otra pregunta.

—Wendy, ¿cuántos bebés has tenido?

Ella se espanta con tal pregunta, sin contestar lo apura para que se vaya a trabajar. Cuando se queda sola, llora al recordar que perdió a su bebé, jamás será madre ni podrá mirarse embarazada; su panza no va a crecer hasta querer reventar; sus pechos no van a dar leche, nunca va a escuchar que la llamen «mamá» como quiere llamarla Diego.

Diego llega a la tienda a comprar una bolsa de jabón en polvo. Betin ya

llenó varias cubetas de agua con una manguera. Ayer dejaron estilando las franelas con las que secan los autos después de lavarlos. El señor Sapo les consiguió el trabajo, dijo al dueño que eran sus nietos, que Betin y Diego son hermanos «Uno se parece a la madre y otro al papá». Fue el único día que se paró por ahí. Por lástima se les permitió ofrecer el servicio a los clientes, y para que ayuden a su pobre abuelo.

—De pobre no tiene nada —comenta Betin con su hermano.

Los dos chicos ven como el Señor Sapo recibe billetes y nunca gasta absolutamente nada. Es Luis el que da a Wendy para que haga la comida, para jabón y cosas que se necesitan en el hotel. Es normal que él se gaste el dinero apostando, entonces roba lo que puede, pero todos los días hay comida caliente en el hogar. Betin y Diego lavan los autos que entran, luego se acercan a cobrar, hay personas que se molestan y no pagan «como la vieja presumida».

Unos días regresan al estacionamiento después de la comida, otros ayudan a descargar escombros, siempre tienen trabajo.

Cae la noche y los hermanos dejan de trabajar, regresan al hotel y hay tres huéspedes esperando la cena que Wendy está preparando. El señor Sapo no se encuentra, nadie sabe en donde se queda cuando no llega a dormir. El licor nunca falta y no hay restricciones por cuestiones de la edad; ya sea alcohol en café o con refresco, chicos y grandes beben. A Wendy le afecta más el alcohol que a ningún otro, pues pone música y quiere bailar, jala a Luis de los brazos para que la abrace, se siente melancólica y derrama algunas lágrimas sobre los hombros de él, juntos canta al son del grupo Bronco.

Es media noche y Diego no se puede dormir, después de tantos años no se acostumbra y prefiere tapar sus oídos con fuerza hasta que se duerme o hay silencio. Al contrario Betin mira hasta que se le cierran los ojos de cansancio o de tanto alcohol. La vejiga llena hace que se levante y salga a orinar al patio. Cuando regresa ve a su hermano despierto.

—¿Por qué te gusta mirarlos? —dice Diego—. Son nuestros papás.

Betin se acuesta y se tapa con su cobija.

—La cualquiera de Wendy no es mi madre —añade —, y mucho menos el granuja de Luis, mi papá. No me llaman nada ni a ti tampoco, ya deberías haberte dado cuenta.

—No digas eso de Wendy —la defiende Diego—, es nuestra madre —lo asegura—, y aunque Luis sea el ser más despreciable y nos chingue tanto es nuestro papá.

Betin se ríe de las cosas que se le ocurren a Diego.

—¡Eres tan pendejo! —exclama Betin—, todavía crees que los bebés salen de abajo de la cama cuando terminan de hacerlo. —Se mueve acomodando su cuerpo para dormir mejor— ¡Los niños salen de la panza de las mujeres embarazadas! —le explica a Diego— ¿Alguna vez has visto a Wendy panzona? Ella nunca ha tenido un bebé, así que no es nuestra madre. El señor Sapo no le llama nada a nadie, este no es un hotel de lujo es un lugar de porquería, nosotros no somos hermanos, somos unos desconocidos. Los padres normales no dejan que sus hijos los vean coger, ni se exhiben ante otros y cobran por la función. Me sorprende que viviendo aquí y a tu edad seas tan ingenuo.

A Betin se le va el sueño, le pregunta si no recuerda lo dolorido que le dejó el trasero Luis, cuando repetía sin parar, cierta palabra. Diego dice que Luis le ha pegado por tantas cosas, que la verdad, no se acuerda cuando empezó. Le cuenta del negocio, ellos dos no salieron porque eran niños horribles y nadie los quiso comprar, pedían limosna porque tenían que pagar su hospedaje en el hotel, el señor Sapo los odia porque no le dieron dinero a ganar. Betin sigue hablando, Diego ya está dormido.

Las cosas que dijo Betin anoche dejaron pensativo a Diego. Wendy nunca contesta pero lo escucha y se siente con libertad de preguntarle cualquier cosa.

—Pero, y los bebés, Wendy, ¿dónde están? ¿A dónde los lleva el señor Sapo? Wendy, ¿yo de dónde vengo? Betin me dijo que tú nunca has estado embarazada, que los padres normales no dejan a sus hijos que los vean coger.

Sin esperárselo Diego recibe una cachetada de Wendy, ella le grita que se calle y lo manda a trabajar. Sale sobándose la mejilla extrañado, nunca le había pegado.

Ella espera ansiosa que llegue Luis para contarle, está segura que Betin no está en sus cinco sentidos, habló de más y eso traerá problemas al señor Sapo, a Luis y a todos. Robar niños es algo muy grave, venderlos, hacerles daño. No quiere ni pensar que hacen con ellos cuando no encuentran comprador. Luis llega hambriento, primero quiere comer y luego puede decirle lo que quiera. Wendy habla hasta que los muchachos regresan del trabajo.

Betin no sabe lo que le espera en el hotel, lo adivina cuando mira a Luis con el cinturón en la mano. Sale del rincón después de ser azotado y le dice a Diego que se las va a pagar, ligeras lágrimas escurren de sus ojos. Mientras solloza cubriendo su cara con una sábana, planea como inculpar a su hermano.

Pocos días después roba a Luis un cambio que deja sobre la mesa después

de apostar. Al descubrirlo este se enfada muchísimo y amenaza con azotar al culpable hasta que sepa quién manda allí. Betín aguarda el momento para chivarse, vio a Diego hurgar entre sus cosas y alega que necesitaba el cambio para la mujer que le dio los quinientos pesos por lavar el coche. «No es cierto», alcanza a decir Diego antes de correr al patio pues Luis descuelga el cinto de la pared y va tras él.

Diego llora y soba su trasero. A pesar de sus doce años, es muy infantil, se sonroja con facilidad y es ingenuo.

—Ya no eres mi hermano —dice a Betín.

—Nunca lo hemos sido —contesta él—, todo lo que te dije es cierto, pero allá tú si quieres hacer la vista gorda.

XI. Por la alberca con patines

Zapopan, año 2002.

Una niña de once años no se imagina lo peligroso que es andar en patines alrededor de una alberca. Italia cuenta con todas sus protecciones, se siente segura y lo hace muy rápido, su risa se escucha por todos los pasillos. Canta algo en italiano. Los altavoces a todo volumen. Romina es muy distraída, lleva una bandeja con dos copas para los señores, camina mirando al piso, es vergonzosa, es por eso que no ve a la niña. Italia no se puede detener, la esquiva y cae directa a la alberca, el peso de los patines la empuja hacia el fondo, sabe nadar, pero cayó tan inesperadamente que se asusta y bracea sin éxito.

Carlo y Ana Brenda están besándose en la terraza, mientras ven a su hija deslizarse de un lado a otro con los patines. Escuchan el ruido del agua y ven a Italia hundirse en la alberca. Carlo se lanza a la alberca con ropa y zapatos, se sumerge hasta el fondo y saca a Italia. Ella tose primero y luego se ríe, no parece asustada. Escurriendo se quita los auriculares y el casco, sigue riendo, mira a su padre.

—Hubiera sido más padre, si me hubieras cachado antes de caer hasta el fondo —menciona con alegría.

Carlo no está para bromitas, perdió un hijo y no está dispuesto a perder otro más. Se molesta y castiga a su hija, le prohíbe andar en patines en la casa «No es gracioso lo que acaba de pasar».

Italia hace un puchero y llora, es una niña consentida y mimada por toda la familia. Ana Brenda le dice a Carlo que está siendo muy duro con la niña.

—No estoy siendo duro, cariño —dice Carlos mientras seca su cuerpo con una toalla—. Y usted señorita —dice a su hija—, dele gracias a Dios que no le doy unas buenas nalgadas porque se las merece. ¡Tremendo susto nos acaba de meter!

Romina envuelve a Italia en una toalla y la acompaña hasta su cuarto. Llena la bañera, le avisa a la señorita que el baño está listo. Ella sigue llorando y para castigar a Carlo se encierra en la habitación, se comporta como su madre cuando está enojada: no baja a comer, ni a cenar, se niega a

hablarle.

—¡Qué voy a hacer con dos mujeres igual de caprichudas! —exclama Carlo tras la puerta—. Italia cariño, por favor ábreme la puerta.

—¡No! —contesta ella como suele contestar su madre.

Carlo es un hombre autoritario cuando se lo propone, y cuando no es su mujer la que lo está retando, porque con Ana Brenda él siempre pierde.

—No te lo voy a pedir dos veces —dice Carlo con voz severa—, apenas regresemos a Milán y vas a estar castigada sin salir durante un mes.

—Mamá dijo que nos vamos quedar aquí para siempre —contesta Italia.

—Italia, cariño —insiste Carlo perdiendo los estribos— ¡¿Crees que lo de las nalgadas es broma?! ¡Si no me abres la puerta, vas a descubrir que los padres modernos también saben castigar de esa forma, tan anticuada pero efectiva!

Así lo educaron a él y también a Ana Brenda.

—¡No te voy a abrir! —grita Italia.

Ana Brenda sale de su cuarto y se acerca.

—Déjame a mí, amor— pide a Carlo y recarga su cabeza en la puerta para hablarle a su hija— Italia ¡Abre inmediatamente la puerta! ¡Es una orden!

Italia se levanta y abre la puerta, ellos la reciben con los brazos abiertos y la consuelan, se sientan en la cama. Carlo le explica que lo que paso abajo no se debe repetir, es muy peligroso y debe de ser más consiente.

Después del susto la casa vuelve a la tranquilidad. Italia se entretiene hablando por teléfono con sus amigas. Ana Brenda busca a Carlo, estaban juntos en la recámara, pero él salió a atender su celular, asuntos de trabajo que reclaman constantemente su atención, no es fácil dirigir un negocio en otro país. Pensando que está en el despacho, entra a buscarlo, pero no lo encuentra. Camina mirando los libros, toma uno entre sus manos y lo hojea, las primeras páginas le llaman la atención y decide sentarse un momento. Recuerda que buscaba a Carlo, cierra el libro y sin pensarlo abre el cajón del escritorio. Hay una nota doblada junto a la fotografía de un niño, la desdobra para leerla con calma. La nota cae de sus manos al saber el contenido. De momento no lo comprende, mira detenidamente la imagen y reconoce a Matteo. Todo este tiempo Carlos ha guardado un secreto que no le concernía solo a él. Ahora sabe a qué vino ese hombre: a devolverle a su hijo. Carlo se negó a pagar y ahora Matteo está muerto.

Carlo entra al despacho y la encuentra llorando, reconoce la foto y mira la nota «Ella lo sabe todo». No calla más, se siente libre porque ya no tiene que

esconder sus sentimientos. Pretende explicarle, pero siente la garganta cerrada y apenas puede pronunciar palabra.

—¡Es tu culpa! —sentencia Ana Brenda, su maquillaje se corrió y sus ojos se muestran negros por la pintura—. Si me hubieras dejado hablar con él, no lo hubiese dejado ir. ¡Mataste a nuestro hijo!

Ella se derrumba en un llanto sobrecogedor, abrazando con fuerza la fotografía, le falta aire para respirar, solloza con fuerza. Carlo se equivocó y lamenta no poder hacer nada para remediarlo, se acerca pero no se atreve a tocarla, comprende su dolor pues lo comparte. Inclina su cabeza y llora, sus lágrimas mojan la alfombra.

—Por favor, vete y déjame sola —pide Ana Brenda.

Y no se refiere a que Carlo salga del despacho, quiere que él regrese a Italia, lo quiere fuera de su vida. Él limpia su cara y sale tambaleándose pues se siente mareado de la impresión, camina por el jardín, torpemente enciende un cigarro, se queda de pie mirando hacia la nada.

Ana Brenda llora hasta que ya no tiene fuerzas. Se refugia en la soledad de su recámara. Carlo vuelve a justificar su ausencia con Italia. «Ya sé, papi, le duele la cabeza». La niña se pregunta por qué no va al doctor para que le de unas pastillas.

Pasan los días y Carlo se cansa, él siempre tiene que ser el culpable, el que pida perdón, el que paga los platos rotos. Matteo era su hijo. No está dispuesto a rogarle más, anuncia que se va y se lleva a su hija.

Italia mira a su madre enferma, con ojos hinchados y el cabello seco y enredado. Le dice que la ama, y cuando se sienta mejor, quiere que venga a vivir con ella. Ana Brenda le da la bendición y le promete hablarle todos los días. Italia sabe que sus padres se pelearon, pero se aman y no pueden vivir uno sin el otro. Se va segura de que se van a reconciliar en cualquier momento.

XII. Código fama

Karla es hija del matrimonio que cuida el estacionamiento. Es una chica de doce años que va a la secundaria en el turno de la mañana y por las tardes cobra la cuota a los automovilistas. A Diego le gusta cantar, entona canciones mientras pule los vidrios de los espejos. Wendy le ha dicho que ya va para los trece años, su mes de nacimiento es en octubre, pero ella no se acuerda muy bien del día «Los últimos del mes». Los tres chicos se han hecho muy amigos: Betin, Karla y Diego.

—Mira Diego —dice Karla. Hay una pequeña televisión sobre el escritorio donde se paga la cuota, ella mira un concurso de niños muy famoso —, a ti que te gusta tanto andar danzando.

Karla es morena, tiene el cabello negro, lacio y largo, es delgada y baja de estatura. Diego ha crecido mucho, su rostro tiene forma de triángulo invertido: frente amplia y barbilla en pico. Cuando sonrío deja a la vista dos de sus dientes grandes y perfectamente alineados, el cabello abundante y alborotado. Betin ya se siente adulto para jugar al actor. Tiene dieciséis años y mide exactamente lo mismo que su hermano, su cuerpo es muy diferente. Muestra carne y leve músculo en brazos, espalda y hombros, un rostro atractivo. Los tres chicos bromean. Karla insiste en que Diego tiene madera de cantante y también sabe actuar, es todo lo que necesita para ganar un concurso como el que ven en la televisión.

—Y un buen vestuario —añade la chica—, también te tienes que bañar y cortar el pelo.

Diego se mira, su camisa es parda por la suciedad, el pantalón tieso por el jabón que no se enjuaga, tenis rasgado y el cabello sin forma.

—No tengo ropa para ir ahí —comenta con tristeza—, ni dinero para cortarme el pelo.

—Por eso tienes que ir, menso —dice Karla—, para que te hagas rico

Ella se pregunta qué hacen con el dinero que ganan lavando carros. El horario del estacionamiento es de siete de la mañana y hasta las once de la noche. Hasta las siete de la tarde tienen permiso de ofrecer sus servicios a los clientes que acuden a dejar sus coches, dependiendo del día y la hora es el

trabajo. Generalmente ellos tienen oportunidad de ir a comer y volver más tarde o quedarse a trabajar descargando escombros cerca del hotel. Karla suple a sus padres y toma el lugar en el estacionamiento. Hace la tarea y luego mira la televisión, cuando inicia Código Fama, llama a los hermanos y los tres miran absortos la pantalla. En los cortes comerciales Diego canta y baila y a ella le gusta mirarlo.

El premio es dinero y fama, un papel como estelar en una telenovela infantil, un futuro seguro como cantante y actor.

—Cuando seas famoso ni me vas a hablar —comenta Karla con Diego.

—Si yo soy famoso tú también, pues eres mi representante —dice Diego muy enserio.

Las audiciones son en las instalaciones del canal cuatro. Pasan la dirección y el horario. Ella le presta una lapicera y arranca una hoja de su cuaderno para que Diego anote el lugar.

—Tú anótalo —dice Diego y devuelve el lapicero.

Él es analfabeto, sabe hacer cuentas, sumas y restas con los dedos pero nada más, nunca fue a la escuela. Los padres de Karla regresan a las siete para que ella vaya a casa. Los chicos se acompañan, si hay dinero le invitan una nieve, un churro o un elote con crema y queso.

Luis sale todos los días y da vueltas por el mercado municipal, por la plaza de las Américas, por todo el centro histórico. Roba lo que puede, dinero es lo que prefiere, pero es más fácil tomar un celular, bolsas, carteras que a veces no tienen dinero puros papeles que a Luis no le sirven de nada. El señor Sapo también sale a ver que ve, no siempre ronda por Zapopan, se traslada hasta el centro de Guadalajara, no cuenta lo que hace ni informa a dónde va. Los dos hombres salen juntos de la casa, pero cada uno toma su camino.

En el hotel no hay lujos, Wendy es esclava de la casa, lava a mano toda la ropa, jamás plancha, cocina y friega trastes, barre pero no trapea pues el piso es de cemento. Prepara comida para cinco personas todos los días, vengan o no. Luis siempre se presenta, Diego regresa solo, Betin se quedó por si caía algún auto para lavar, el chico también se dedica a robar.

Pensando en lo que dijo Karla, Diego se quiere bañar. Le pide a Wendy que le ponga agua a calentar. Ella llena una olla de aluminio con agua de la llave. Enciende la llama en la estufa y pone el agua. Luis apaga la estufa, le dice al muchacho que se bañe con agua fría, Wendy vuelve a encender la estufa, pero Luis la apaga nuevamente «Se acaba el gas», dice malhumorado.

Diego agarra una toalla desgastada y sale al patio. Abre la llave que llena

la pila del agua en el lavadero y se va quitando la ropa. Se deja los calzones para no mostrar sus partes íntimas. El agua es tibia, él la siente helada hasta que todo su delgado cuerpo está mojado y se acostumbra. No hay champú, un jabón de barra con el que Wendy lava los trapos, también hay detergente en polvo.

La pareja se asoma al patio a ver qué hace el muchacho, pueden ver claramente que Diego se está bañando.

—A ti también te hace falta un buen baño —comenta Wendy.

Luis se huele las axilas, ella nunca se ha quejado de su mal olor. Wendy se baña cada semana o cuando está en sus días. Luis no se quiere bañar pero no quiere que Wendy le vuelva a decir «mugroso». Imita a Diego y se quita toda la ropa. Se para justo del otro lado del lavadero. Wendy junta la ropa para lavarla, los calzones de Luis tiene unos cuantos agujeros. Del otro lado Diego mira el cuerpo de Luis y luego el propio, es muy diferente, de hecho no se parecen ni en el tono del cabello.

Wendy entra a prepararle la ropa. Diego termina antes que Luis de bañarse. Busca su mejor vestuario. Lo más decente que tiene es un pantalón que le acaba de dejar su hermano y una playera blanca con el nombre de un candidato a gobernador, una prenda que le regalaron y la única que ha estrenado. La ropa está sucia, Wendy espera que se junte más para lavar.

Diego le pide a Wendy que lave su ropa, aunque no se la va a poder poner hoy, pero mañana quiere ir guapo al estacionamiento.

—Wendy no es tu criada. —Se asoma Luis, se está vistiendo—. Anda a lavarla tú.

Diego sale al patio envuelto en la toalla. Wendy junta la ropa interior mojada y lo sigue al lavadero.

—Dame la ropa para lavártela, no le hagas caso a Luis. Entra a ponerte algo o te vas a enfermar.

En cinco minutos la ropa está expuesta al sol en el patio. Diego pide dinero para cortarse el cabello, con las tijeras no queda bien. El señor Sapo les quita todo, los hermanos gastan en cosas pequeñas antes de rendirle cuentas. Wendy abre su monedero y le da unas monedas. Ella no quiere una plaga de piojos otra vez en la casa, se acuerda cuando Luis le cortó todo el cabello «¡Se veía horrible pelona!».

Diego camino varias esquinas hasta la peluquería. De regreso entra a la tienda y con el cambio compra pasta y un cepillo de diente. Estando en el hotel cepilla hasta que siente los dientes suaves y relucientes. Se mira al

espejo de un lado y de otro, le pregunta a Wendy si es guapo y fuerte.

—Eres muy guapo —añade Wendy—, pero pareces un espagueti.

Diego es muy delgado y tiene el cabello rizado. Ella lo enseña a peinarse para disimular los rizos del cabello más largo, en la parte muy corta no hay problema. Le explica que para desarrollar músculo debe hacer ejercicio, levantar cosas pesadas, trabajar duro como Luis.

—Luis lo único que hace es robar —comenta Diego.

—Luis trabaja —dice Wendy—, como todos aquí, trae dinero a la casa.

Y es lo único que le importa al señor Sapo, que todos paguen por el hospedaje. En eso tiene razón Betin, piensa Diego, como sea Wendy o Luis son los padres que le tocaron, una madre buena y un padre brabucón.

Meses después.

El señor Sapo no desperdicia su tiempo, trae un bebé de casi dos años al hotel «Hazte cargo y tenlo listo porque voy a venir por él», dice a Wendy. Entonces vuelve a salir. A ella le gusta guardar la ropa de todos los niños que pasan por ahí, la mayoría es vieja pero caliente el cuerpo. Aunque nunca ha sido madre, sabe cambiar pañales y preparar el biberón. Entre sus brazos mece y canta para calmar el llanto, siempre piensa en el bebé que perdió. Los niños se quedan tan poco tiempo que no alcanza a tomarles cariño. Wendy se desvela atendiéndolo, llora sin parar, balbucea pidiendo a su mamá y se duerme de cansancio muy de madrugada. Al medio día ella pone agua a calentar para darle un baño, cambia su pañal y le da de comer. El señor Sapo regresa por la tarde con ropa nueva para el niño, al fin y al cabo para él son mercancía, cuanto más bonita luzca, mayor será el precio que paguen, no le pesa gastar pues valen cada centavo que invierte.

Sin niño que atender, Wendy aparta la ropa sucia en un rincón y sale al patio a retirar la que lavó ayer. Diego quiere cambiarse, al probarse la ropa se da cuenta que ya lo le queda bien. Ha alcanzado en altura a todos los de la casa incluso a Luis que tiene una estatura promedio, ahora para regañarlo, tiene que mirar hacia arriba. Wendy busca entre la ropa algo que le valga, ya no va a poder usar la ropa que deja Betin.

Cuando Luis llega a comer no le gusta ver a Diego con su camisa, mas para el muchacho es un honor llevar la ropa de su padre. Diego va hacia el espejo y se mira, se cree un hombre mayor, tiene trece años. Los pantalones le quedan cortos de largo y muy grandes de ancho. Improvisa un cinto con un lazo, le pregunta a Wendy si se ve guapo.

—Sí, pero ya deja de mirarte tanto, vas a asustar al espejo.

Wendy puede arreglar el pantalón de ancho con unos buenos zurcidos, de largo la prenda no tiene remedio. Se pregunta qué le dio de comer a Diego para que creciera tanto.

—Espinacas, Wendy —dice Diego sonriendo—, soy Popeye el marino. Wendy ríe y sigue cocinando.

XIII. La tercera es la vencida

Año 2003.

Italia llora todas las noches y no hay nadie que la consuele. Ha pasado mucho tiempo y sus padres no se hablan ni por teléfono. Ella visitó en vacaciones a su madre en México. Volvió a Milán pues Ana Brenda no le prestó atención, su dolor de cabeza se volvió crónico. Sus amigas del colegio le dicen que se prepare, porque el divorcio no tardará en llegar, así empieza. A Carlo le ha dado por beber alcohol a todas horas del día, no le dedica tiempo, la abandona pues no la acompaña en las comidas. No se da cuenta de nada, vive en su despacho a puerta cerrada. La familia Passerini se ha roto, todo a causa de la pérdida de su primer hijo.

Zapopan, Jalisco, México.

Ana Brenda no vive, está muerta porque no quiere aceptar que su hijo se fue. Desapareció y nunca lo volverá a tener en sus brazos, no podrá tocar su rostro ni peinar su cabello. Todos los días le llora a una fotografía. La imagen de Matteo refleja soledad, maltrato y tristeza y eso le parte el corazón. Pierde el apetito y por las noches sus miedos toman fuerza, constantemente despierta gritando, sueña, mira a su hijo en las manos del indigente que lo mató.

Los meses pasan y Ana Brenda siente que es el momento de salir, tiene una deuda pendiente con la Generala, las mandas se pagan, aunque no se haya recibido el favor. Se viste para salir, sujeta su cabello y se pone un sombrero. Conduce hasta el estacionamiento subterráneo. Ignora a los chicos que lavan los autos y sube a la Basílica. Frente al altar llora, muestra la foto de Matteo, es lo único que le queda.

—Aquí tienes a mi hijo madre mía —dice a la Virgen—, tú sabes que mi hijo no puede venir en vida a dar gracias. Ya descansa en tus brazos, dale el amor que yo no le pude dar.

Los feligreses la miran hablando con la imagen, limpiando sus lágrimas, los sollozos resuenan por la Basílica. Ella se persigna y sale del templo, contiene su llanto mientras camina hacia el estacionamiento. Se dirige hasta su auto, saca las llaves para abrir.

—Son veinte pesos, señora.

Diego sonríe, no es posible que la mujer esté enojada todo el tiempo, piensa que quizá hoy esté de buenas y pague por la lavada.

Ana Brenda mira al pordiosero de arriba abajo, sucio y andrajoso de pies a cabeza, como ese hombre que mató a su hijo. Actúa por impulso, zarandea al joven y le reclama cosas de las cuales él no tiene nada que ver.

— Gente como tú no deber a de existir! —dice con asco—. Los maldigo a todos  Por qué no se largan lejos donde no le hagan daño a la gente?! Sal de mi vista si no quieres que le hable a la policía y te acuse de lavarme el auto sin mi consentimiento.

Diego se asusta y se queda paralizado « Ni Wendy se pone así cuando Luis la hace enojar!». Se hace a un lado para que el auto salga.

— Qu e paso? —se acerca Karla a preguntar—  Qu e le hiciste? Diego,  Por qué se enojó?

Diego encoge los hombros para decir que no sabe, el caso es que no le pagó. El chico va por una cubeta y empieza a lavar otro auto.

Cuando Ana Brenda llega a su residencia siente paz, la Virgen le hizo un milagro. Piensa que Matteo puede descansar, era eso lo que ella necesitaba; entregarle a la Virgen el alma de Matteo, para que lo acune por siempre, aunque nunca pueda palpar los restos de su angelito. A partir de ese día sale de su encierro. Sale por las tardes al jardín a leer, después de cenar mira la televisión. Acude a casa de sus padres para comer con ellos. Invita a su madre a ir de compras a un centro comercial. Mientras conduce por las calles, escucha las campanas de la Basílica, no sabe por qué razón se le viene a la mente la escena en el estacionamiento.

— Qu e vergüenza! —se expresa al recordar su comportamiento con el pobre muchacho que nada tuvo que ver.

Los días se van sucediendo y el aislamiento de Ana Brenda fija una rutina, visitar la iglesia y a su amada Virgen. Se arregla para ir a la iglesia, piensa en pasar por su mamá, es devota de la virgen. Decide ir sola por la hora, pasan de las dos de la tarde, en casa de sus padres van a empezar a comer. Deja el auto estacionado y sube. Los lugares frente al altar est n ocupados, se sienta casi al final muy cerca de la puerta, de reojo mira como las personas mojan sus dedos de agua bendita y se persignan. Regresa al estacionamiento y pregunta por los lavacoche a la chica que cobra la cuota.

Karla tiene una mala impresión de Ana Brenda, tratando de ayudar a sus amigos, dice que no vinieron a trabajar, que ya no van a venir. Inoportuno

Betin se acerca con una cubeta llena de agua. No lavó el auto por qué la mujer no paga y se gasta el jabón. Ana Brenda es muy guapa, distinguida, educada «fina». Betin la escudriña y piensa en el dinero que seguro ha de tener «¡Millones!». Solo tiene que mirar el auto que posee. Piensa en hurtar la cartera, hace mucho que no es el rey de la casa y se le antojan unas enchiladas para comer.

Ana Brenda cree que debido al desplante que tuvo con el muchacho, lo corrieron y perdió su empleo, no podría perdonarse algo así, se muestra afligida, quiere pedirle una disculpa.

Betin acepta un billete a cambio de algunas indicaciones. Le hace una advertencia: no debe mencionar su nombre; que diga que una muchacha le dijo dónde encontrarlo. La casa está ubicada después de la zona industrial, por el camino al cementerio, debe dar vuelta y tomar la avenida Industria Textil, exactamente a espaldas de la unidad deportiva hay una calle que tiene un letrero azul que dice «Calle cerrada. No hay paso solo tránsito local» el empedrado se termina, ella debe seguir derecho hasta que vea una finca en medio de la nada.

En la periferia de la colonia Altagracia en Zapopan, hay un cementerio. Justo a un costado de un canal que alguna vez alimentó a la Barranca de Huentitán. En ese sitio no hay mausoleos, cruces, cúpulas, ni alguna otra escultura de granito como en el resto de los panteones de Guadalajara. Está rodeado por dos cotos habitacionales, la Secundaria N° 116, una unidad deportiva y fábricas de la Zona Industrial Zapopan Norte. Su extensión es de una hectárea. Es más barato que muchos otros en la Zona Metropolitana; esto se refleja en la afluencia de adquirentes de lotes, que se traduce en más diez mil espacios que se han ocupado desde noviembre de 1993 cuando abrió sus puertas.

El cielo está negro, va a llover. Ana Brenda cierra bien su auto y mira alrededor con desconfianza. Contó tres casas en toda la calle, un portón de metal enorme estaba abierto, los demás lugares parecen garajes, todo luce solo y abandonado. Al caminar sus tacones se hunden en la tierra. Camiones de carga con escombros van y vienen por la angosta calle. A lo lejos se divisa la construcción de la que le habló el muchacho. Tiene que ser esa pues no hay nada más alrededor.

Aunque es de mala educación asomarse Ana Brenda echa un vistazo al patio y se percata que alguien lavó ropa, está tendida en unas cuerdas gastadas. El lavacoche tiene un hermano pequeño, o dos, o muchos más, por

la cantidad de prendas de niños que hay prendida. Las familias de escasos recursos no tienen para usar métodos anticonceptivos, algunas mujeres se embarazan para complacer al marido. Ana Brenda deja de criticar y toca la puerta, ya siente el aire helado de la tormenta que se acerca. Un hombre joven abre la puerta, trae puesta una gorra que tapa la mitad de su rostro. Después de mirarla de una forma indecente y lujuriosa, le pregunta «¿Qué quiere?».

Ana Brenda busca a Diego, así le dijeron que se llamaba el muchacho.

Luis mira las joyas de la dama y también lo hermosa que es. La tela fina del vestido, el cabello arreglado en algún salón de belleza. Da un paso hacia fuera y empareja la puerta para que ella no mire hacia adentro. Finge ser un padre preocupado.

Ana Brenda le aclara que no viene a delatar al muchacho, quiere pedirle una disculpa. También analiza a Luis, empezando por las botas de trabajo sucias, pantalón de mezclilla deslavado, un suéter tieso de jerga bajo la chamarra de piel, despeinado. Su aspecto nada tiene que ver con su rostro. Es un hombre guapo.

Diego está comiendo, Betin se quedó para no perder clientes. Quedaron en rolar el horario para salir, por eso no estaba en el estacionamiento. Wendy de pie junto a la estufa, no atendió la puerta pues se le quemaban las tortillas.

Con un grito, Luis llama a Diego y este sale con un taco en la mano. Se sorprende de ver a Ana Brenda. Ella quiere saber si el hombre que abrió es el padre del muchacho. Luis pone la mano sobre el hombro de Diego y le dice que sí sonriendo «Es mi muchacho», menciona orgulloso.

Ana Brenda se disculpa, abre su bolso y saca un puñado de billetes ofreciéndoselos al chico.

Diego no quiere aceptar el dinero, da un paso hacia atrás para rechazarlo. Luis toma los billetes y los hace una bola con la mano, los mete en su pantalón rápido y le pasa el brazo por el hombro a Diego. Ana Brenda se fija en el gesto de cariño del hombre hacia su hijo. Un trueno sonoro anuncia la llegada de la lluvia. Los tres se sobresaltan. Wendy sale apurada al patio por la ropa, empieza a diluviar.

En un segundo todo cambia para Ana Brenda. La ropa pequeña que la mujer acaba de descolgar, es idéntica a la que llevaba puesta Matteo cuando desapareció. La familia venía de Milán, en toda Guadalajara no debería haber otra igual. La camisita con el moño negro, la etiqueta con el nombre de la marca exclusiva italiana. Su corazón empieza a palpar con intensidad y su cuerpo se baña en un sudor helado. Inesperadamente se despide, agradece y se

aleja «¡Dios mío, dame fuerzas!», murmura.

Al regresar a la mesa Luis interroga al muchacho.

—¿Qué hiciste para que esa vieja viniera hasta acá para pedir una maldita disculpa?

Diego no quiere contestar, también lo ignora, solo le lavó el auto, se arrepiente de haberlo hecho.

—¿Le robaste? —pregunta Luis—. ¿Dónde está lo que hurtaste?, quieres pasarte de listo. —Señala a Diego con el dedo—. Ya sabes que lo que se roba se entrega intacto al señor Sapo. Va a cortarte las manos, en la segunda vez que lo retas, ya verás cuando regrese.

El señor Sapo regresa por la noche y escucha atento a Luis. No cree capaz a Diego de robar nada de valor, le entra el miedo pero lo disimula. Ordena a Luis que azote a Diego, pero no por robar, sino por dar la ubicación de su escondite. Recalca que le dé una lección para que nadie vuelva a buscarlo «Haz que no se pueda sentar en un mes», «A ver si aprende a cerrar la boca».

Mientras es azotado con el cinto más grueso, Diego piensa que es la segunda vez que Luis afirma que es su papá. Ya no tiene ninguna duda, Wendy es su mamá, el señor Sapo el abuelo y Betin el hermano celoso.

XIV. Vivo o muerto.

Romina contempla a Ana Brenda salir del auto muerta de miedo, completamente mojada, aún sigue lloviendo. Se acerca a preguntarle si necesita ayuda, le ofrece una toalla.

—¿Crees en los milagros? —pregunta Ana Brenda.

—Sí señora —contesta Romina y pone la toalla en la espalda de su patrona.

Caminan juntas hasta la sala de estar. Ana Brenda se queda absorta en sus pensamientos, mientras Romina trata de quitar la humedad con la toalla.

—Déjalo así —pronuncia Ana Brenda —ven, siéntate, quiero contarte algo.

Romina es católica, cuando obtuvo el trabajo en casa de los Passerini, se le advirtió sobre el tema del niño que se perdió el día de la Virgen de Zapopan. Nada de hacer preguntas, ni murmurar «Las mujeres calladitas se ven más bonita», le dijo la persona que la contrató. Ana Brenda dice que necesita su ayuda, ambas tienen que ser valientes y encomendarse a Jesús, lo que pretenden hacer es muy peligroso pero la señora está decidida. Dos días se toma Ana Brenda para prepararlo todo y volver a casa de los lavacoches por la tarde.

—¡Usted otra vez aquí! —Se sorprende Luis.

Ana Brenda quiere hablar con el señor Sapo, se refiere a él como el hombre mayor. Luis dice estar a cargo, ya sospecha, abre la puerta y ella entra sola, Romina se queda afuera esperando.

Luis camina hasta su sillón y se deja caer, quita la gorra de su cabeza. Wendy se le acerca y se queda de pie por un lado, mira extrañada a Ana Brenda.

Ana Brenda no quiere fijar su mirada en nada en especial, el lugar le causa repugnancia, del patio se viene un olor a orines. Sin dar rodeos al asunto, empieza a hablar con miedo.

—¿Cuánto quiere por devolverme a mi hijo?

Desconoce si Matteo vive o murió, de lo que está completamente segura es que en ese lugar estuvo y si lo mataron quiere saber dónde está el cuerpo. Luis

supone que la dama es la mujer del italiano, es bonita y huele a perfume. Wendy hace presencia sin opinar nada, para todos es una sorpresa inesperada.

—¿De qué habla? —Luis se hace el desentendido.

—No finja más —menciona Ana Brenda—, devuélvame a mi hijo.

Luis desgasta con la vista a la dama una y otra vez. Deja de fingir como pide ella.

—¿Cuánto está dispuesta a pagar por el muchacho?

«¡Está vivo!», piensa Ana Brenda y agradece. Matteo es uno de los dos lavacoches, por la edad tiene que ser Diego.

—Lo que me pida —contesta—, no me voy a ir sin mi hijo.

Wendy mira a Luis, empieza a entenderlo todo. La dama es la mamá de Diego. Sigue de pie esperando lo que diga Luis.

—Se cree usted muy valiente, señora —expresa Luis—, viene a este lugar sola. Aquí nadie la va a oír si grita, podría sacar un arma y dispararle.

Ana Brenda tiene miedo pero su hijo le da valentía.

—No estoy sola —añade—, si me dispara no va a obtener mi dinero y estoy segura que eso es lo que realmente le interesa.

Luis piensa en la policía, en la cárcel, tiene un arma cargada lista para desenfundar. Ana Brenda ve el miedo en el hombre y habla para tranquilizarlo.

—Nadie va a venir —dice con seguridad—, no quiero intermediarios que arruinen nuestro negocio.

Ana Brenda abre su bolsa de mano y saca su chequera. Nerviosa no sabe dónde apoyarse para llenar el cheque. Daría todo lo que tiene por recuperar a su hijo. Con el bolígrafo en la mano pregunta la cantidad.

—¿Dígame cuanto quiere? Estoy dispuesta a pagar lo que sea por mi hijo.

—¿Lo que sea? —repite Luis en doble sentido.

—Sí —afirma Ana Brenda—, lo que sea. —Insiste ansiosa. Quiere firmar el cheque entregarlo y salir de ahí con su hijo y jamás regresar.

—No quiero su cheque —menciona Luis y se pone de pie, alisa su grasiento cabello—, quiero efectivo —Pide—, todo el efectivo que tenga.

Ana Brenda guarda su chequera, informa la cantidad que trae en efectivo, exactamente el dinero de la recompensa, quizá unos miles más.

—Todo lo que traiga —exige Luis.

Ana Brenda quiere ver a su hijo antes de mostrar el dinero.

—Primero el dinero, señora —dice Luis.

Ella sale y habla con su acompañante en voz muy baja. Romina va al auto y trae un maletín repleto de billetes, se lo entrega a Ana Brenda.

—Cuéntelo y deme a mi hijo. —Pide desesperada, si está un minuto más se va a desmayar.

Luis pone el maletín sobre la mesa y lo abre, palpa los fajos de billetes, Wendy solo mira.

—¿Y si le digo que quiero algo más?! —añade Luis y cierra el maletín, Ana Brenda cree que al tipo le parece poco—. Dijo que estaba dispuesta a pagar lo que sea por recuperar a su hijo.

Luis le pide a Wendy que se salga, que ande a buscar al muchacho. Ella no ha dicho ni una sola palabra, pero parece de acuerdo y aunque no lo estuviera, él nunca la deja participar. Ana Brenda espera, puede ir al banco y pedir más efectivo, o hacer un cheque y acompañar a quién sea a cambiarlo, no pretende engañar a nadie, quiere a su hijo. Cuando Wendy desaparece de la puerta Luis habla.

—La quiero a usted. ¿Está dispuesta a pagar ese precio?

El hotel se llena de silencio. Lo que Luis pide no estaba en los planes de Ana Brenda

—Traiga a mi hijo —insiste con angustia—, si quiere más dinero dígame cuanto y se voy a dar, solo ¡Por favor, entrégueme a mi hijo!

Luis la rodea para mirarla «¡es hermosa!», le gusta desde que vino el otro día. Ana Brenda lleva un vestido a la rodilla con tacones altos. Luis nunca ha tenido una mujer así en su cama «elegante». Las mujeres que se encuentra por las calles siempre lo miran, no sabe si por su sucio aspecto o porque les parece atractivo. Él cubre su rostro con una gorra y suele caminar mirando el piso ignorando a los demás.

Wendy camina hasta el portón donde los camiones entran y salen a descargar. Se asoma buscando a alguno de los dos muchachos, mira a Betin y le hace señas. Con mímica informa que busca a Diego. Creyendo que es importante Betin deja el trabajo y se acerca al portón. Diego no está, como es el más chico de edad lo mandan a los recados, le encargan cigarros, botana y cervezas, vulgarmente es el «mandadero».

Es Luis el que lo necesita, informa Wendy, no dice para que lo quiere, y ella lo sabe; lo va a vender a su verdadera madre. Betin deja dicho con el encargado que cuando llegue su hermano lo mande a la casa. Él ya se va, allá lo espera.

—¡Órale! —exclama Betin—, vámonos a ver qué quiere Luis.

Wendy se muestra dudosa de regresar con Betin, de involucrarlo en lo que está pasando en ausencia del señor Sapo. A ella no le gustó dejar solo a Luis

con la mujer. Él la echó a la calle como si le estorbara, la corrió para que no escuchara, para que no viera dónde iba a esconder el dinero, como si lo fuera a robar. La recompensa es del señor Sapo, todo lo que hay en el hotel es de él. Luis no va a poder engañarlo.

—¿Y esa? —pregunta Betin refiriéndose a Romina.

Wendy encoge los hombros para decir que no sabe. Los dos siguen caminando y entran a la casa. El espacio que utilizan como sala comedor está vacío no hay rastro de Luis ni de Ana Brenda. Betin es el primero en escuchar el rechinar del viejo colchón, la cortina está corrida. Wendy se acerca a mirar, hay dos personas desnudas en la cama, una es Luis y la otra la mamá de Diego.

—Hay que esperar a Diego fuera —dice Wendy y sin esperar a Betin sale casi corriendo.

Diego aparece a los diez minutos viene comiendo papas doradas que le compraron por hacer el mandado.

—Ahí se ven, —Se despide Betin y le quita la bolsa de botana a su hermano—, al rato le caigo.

Wendy le hace una seña a Diego para que entre, siente un nudo en la garganta que no le permite hablar, se queda parada en la puerta.

Diego entra y le pregunta a Luis que quiere, se percató de la presencia de Ana Brenda, temeroso piensa que cuando ella se vaya Luis le va a volver a pegar por esa la mira con malos ojos.

—Juntas tus chivas —ordena Luis, en su nariz sigue el perfume de Ana Brenda—, te vas a ir a trabajar con esta mujer.

Diego mira a Ana Brenda extrañado, no entiende nada. Le habla a Wendy, pero ella no quiere entrar en la casa.

Ana Brenda está consternada, tiene en su presencia a su hijo, tan solo a unos cuantos metros de distancia, contiene la emoción que siente, endurece su cuerpo para no lanzarse sobre él y llenarlo de besos, decirle que lo ama, nunca perdió la esperanza, fue la Virgen la que los puso en el mismo camino.

Al ver que Diego no responde Luis le habla más fuerte.

—¿Qué esperas?! —Lo intimida con la mirada.

El intercambio está hecho, el dinero sigue dentro del maletín, bien escondido. Luis ya obtuvo lo que quiso se siente satisfecho. Piensa cómo lo va a hacer para quedarse con la recompensa sin darle nada al señor Sapo. Tiene de su lado a Wendy, es para los dos, una parte la va a apostar en el juego y la otra es para irse lejos.

Las pertenencias de Diego son un cepillo de dientes, un peine, pasta dental, dos playeras viejas, una sudadera azul marino que Wendy le quitó a Luis para dársela al él y el pantalón zurcido. Empaca todo en una bolsa de plástico.

Ana Brenda respira con alivio, se va alejando paso a paso para que Matteo la siga, la angustia no terminará del todo hasta que se vayan de ahí.

Diego arrastra los pies siguiendo a Ana Brenda, cuando pasa cerca de Wendy la abraza, le llora, no se quiere ir y con llanto expresa su tristeza.

—¡No dejes que me lleven! —le dice—, yo me quiero quedar aquí.

La mujer que espera en la puerta es la verdadera madre de Diego, piensa Wendy, la señora del italiano. Luis aparta a Diego, lo saca de la casa y cierra la puerta. Le urge que se vaya, el señor Sapo puede regresar en cualquier momento y que explicación le va a dar.

Romina espera con angustia fuera de la casa a ver a su patrona y al niño, no es un buen barrio. Se adelanta a abrir la puerta del auto de ambos lados, tiene las llaves listas en la mano para meterlas y arrancar.

Ana Brenda anda con paso ligero, por el rabillo del ojo vigila a Matteo que camina dubitativo tras ella, teme que Luis saque el arma que dijo tener y dispare, para evitar que se lleve al muchacho, que lo mate o a ambos para no dejar testigos del trato, pero también tendría que matar a Romina y está bastante retirada, fácilmente podría huir y traer a la policía.

Diego regresa para lanzarse a los pies de Wendy otra vez, llora porque cree que Luis lo está vendiendo, y que ella no está de acuerdo en vender a su propio hijo.

Wendy abraza a Diego por última vez, le acaricia la cabeza con ternura, saca fuerzas para articular palabras; le dice que ande con la mujer, que no haga enojar a Luis.

Ana Brenda llega hasta su auto, no quiere mirar atrás, espera de espaldas hasta que siente la presencia de Matteo, entonces asiente para darle la señal a Romina. Suben al auto y aseguran las puertas, el motor se enciende y huyen a toda velocidad.

XV. El engaño

Días después...

El señor Sapo regresa y pide la recaudación de los días, todos acuden menos Diego. Le llama a voces, pero no hace presencia.

—Ese bueno para nada, no regresó —menciona Luis—, no sirve para robar, nadie lo necesita.

—Sabe demasiado —dice el señor Sapo. La información es una herramienta muy peligrosa y debe estar atento—. Mañana te levantas y me lo traes, ha de andar cerca, es un pendejo. Vivo o muerto, pero tráelo.

Luis está preocupado, esa noche no hubo ni cartas ni bebida, tiene la cabeza en el lío en el que se ha metido. Por nada en el mundo le va a dar la recompensa. Wendy se marcha a la cama molesta, sabe que corren un gran peligro como descubra que escondió el dinero para huir, fue un gran error. Luis tiene que resolver el problema antes de que amanezca.

—¿A dónde vas? —le pregunta Wendy pues lo siente moverse.

—A buscar al pendejo ese —anuncia fuerte Luis para que lo escuche el señor Sapo.

Wendy sabe que no lo va a encontrar. Calla y no se levanta de la cama, escucha cuando Luis cierra la puerta. Más tarde prepara el almuerzo. Betin aprovecha que Luis no está para contarle al señor Sapo lo que vio esa tarde, espera gratitud por la fidelidad. Wendy está dolida y se siente engañada, con lágrimas acusa a Luis, describe la escena de la cama con la mujer del italiano, pero eso no le interesa al señor Sapo «el dinero», quiere saber dónde lo escondió.

Luis regresa con una coartada para excusar la ausencia de Diego. El señor Sapo no lo deja hablar, entre sus manos tiene la fusta. Castiga a Luis hasta que le saca la verdad.

Más tarde, Luis despierta dolorido y con el cuerpo marcado. Llama a Wendy, pero ella no está, nadie responde, él continúa hablándole. Lloro porque nadie atiende a su llamada, el señor Sapo se llevó todo el dinero, le rasgo la piel con la fusta y Wendy lo abandonó.

Esa misma noche Betin ronda por el hotel, sabe con seguridad que Luis

está dentro, estará enojada y furioso, si entra en ese momento descargará con él la ira que tiene, y sin Wendy que cuide de ellos, la paliza puede ser tremenda. No sabe qué hacer. Se frota los brazos con fuerza, la noche es más fría que otras, se está congelando. El señor Sapo se fue y no se llevó a nadie con él.

Mientras en otro punto de la ciudad, Ana Brenda no puede creer que recuperó a su hijo, piensa que es un sueño, una ilusión. Cansada de dar vueltas en la cama se levanta, camina descalza por el pasillo que la conduce a la habitación de huéspedes. Con mucho cuidado abre la puerta para no despertarlo. Se acerca sigilosa a la cama «¡Matteo se parece tanto a Carlo!».

Diego se siente extraño pues durante muchos años durmió en un catre de yute, el mueble no es más cómodo que dormir en un petate en el suelo. La casa le pareció enorme para que viva una sola persona «¡hay muchos empleados!».

Se mueve porque no encuentra su lugar, sin abrir los ojos tira las almohadas al suelo y se siente más cómodo, empieza a dormitar hasta que agarra el sueño.

Apenas amanece, Ana Brenda da la bienvenida. Le dice a Matteo que esa es su casa aunque no estarán por mucho tiempo, pero puede andar libremente por los jardines o mirar la televisión, leer un buen libro, jugar, hacer lo que quiera. Ella se dedica a hablar con muchos abogados, pide asesoría para arreglar los papeles de su hijo y sacarlo del país. Conserva el acta de nacimiento, nunca se notificó la muerte del niño. En pocos días consigue el pasaporte y la visa, entonces habla con Matteo sobre el viaje que harán juntos «Te va a encantar Milán».

A la mañana siguiente toman un vuelo directo a Italia. En el viaje él se muestra nervioso y confundido, ella lo mira con amor, quiere protegerlo, tomar su mano y calmarlo, decirle que todo está bien, el despegue es turbulento. Sin planes se hospedan en un hotel, desde ahí empieza a buscar un departamento pequeño para ella y su hijo. Mira uno libre en un anuncio y decide rentarlo por un mes. Una vez bien instalados avisa a su hija que está en la ciudad y puede venir a verla.

Una mañana Ana Brenda prepara el desayuno para su hijo; guisa huevos con cebolla y jitomate, en lugar de tortillas de maíz, ofrece pan para acompañar, es lo más difícil de estar lejos de su país, se extraña mucho la comida.

—Tomate tu tiempo —dice a Matteo— voy a traer algunas cosas para empezar.

¿Empezar qué?, se pregunta, Diego, la comida no sabe igual sin tortillas,

todo sabe diferente. Ana Brenda regresa a la cocina con un par de libretas y lapiceras, descubrió al poco de estar con él que no sabe casi leer y escribir, su nombre y poco más.

—No sé cómo empezar —dice, ella quiere personalmente enseñar a su hijo a leer y a escribir. —, aunque estamos en Italia, vamos comenzar con el español.

Escribe un nombre para que él haga repeticiones hasta que se rellene la hoja por las dos caras.

—¿Aquí dice Diego? —pregunta el muchacho, señalando la palabra que la señora escribió, Ana Brenda se da cuenta del error, puso «Matteo».

Ana Brenda borra todo y escribe «Diego» es el nombre que le dieron sus secuestradores. Comprende que su hijo tiene que asimilar muchas cosas y no pretende presionarlo.

—Ahora sí, por favor repítela, luego vas a hacer una plana de las vocales, después aprenderás el abecedario.

Diego inicia ilusionado, luego se cansa y empieza a renegar, Ana Brenda lo deja solo en la cocina pues le avisan que tiene una visita.

—¡¡Mamma!! —exclama Italia y abraza a Ana Brenda—. Te extrañe, mami, ¿ya no te duele la cabeza?

—Ya no, cariño, nunca más me va a doler. Le pedí a la Virgen mi alivio y me lo mando.

—¿Qué bueno! ¿Puedo ver el departamento?

—Sí, anda y mira para todos lados.

Ella camina por todos los rincones, entra a los cuartos y regresa a la sala «¿le falta mirar la cocina!».

—¿Tú qué haces aquí!? —cuestiona a Matteo.

Diego cierra rápido su cuaderno, no quiere que la niña sepa que está aprendiendo a escribir.

—Aquí vivo —contesta.

—¿Pero cómo llegaste hasta acá?

—¿Pues en avión!

La risa de Italia retumba en la cocina y contagia a su hermano.

—¡Ya lo sé, tonto! —menciona con risa—, me refiero a que digas, ¿quién te trajo desde Guadalajara?

Ana Brenda irrumpe en la cocina y se lleva a Italia para que deje estudiar a Matteo. En la sala de estar le explica que no secuestro a Diego, que es un acto de caridad, el chico estaba solo y necesitado, quiso ayudarlo.

—Me gustaría que lo vieras como a un hermano, ya es parte de la familia.

Afuera se escucha el claxon, si Italia llega tarde Carlo se va a preocupar y llamará la atención del empleado, porque la aprecia la llevó hasta el departamento sin pedir autorización del señor. La señorita dijo que iba a ver a su madre, el chofer comprobó que fuera verdad antes de dejarla bajar.

En casa Italia no se aguanta las ganas de contarle a su papá la novedad.

—¡Puedes creerlo, papi! —exclama en español y eso sorprende a Carlo—. Mi mamá se robó al lavacoches. Lo trajo desde Guadalajara ¡Desde la perla tapatía!

Carlo recuerda que Ana Brenda comentó que los lavacoches eran unos chiquillos, pero Italia asegura que el muchacho es más alto que él y no es tan joven «está un poco tonto, pero es muy simpático».

Carlo y Ana Brenda no han hablado ni una sola vez, mucho menos se han visto, ella ni siquiera le avisó que estaba en la ciudad, pero resulta que salió de su encierro y está en Milán.

Todas las tardes Ana Brenda le dedica unas horas a Matteo, ya sabe escribir su nombre «las vocales son para niños del kínder», el abecedario se aprende repitiéndolo, lo difícil es estudiar las silabas con cada bocal.

—La M y la a ma, la M y la e me, la M y la i mí, la M y la o mo, la M y la u mu —explica Ana Brenda.

—¡Qué difícil! —se queja Diego—, mejor ya no quiero aprender ¿Para qué se necesita estudiar? señora.

Ella explica que el estudio es muy importante, le pregunta qué quiere ser más adelante: doctor, abogado, contador, ingeniero, astrónomo.

—Quiero ser un famoso cantante —informa Diego.

—¿De ópera?! —se sorprende Ana Brenda.

—Sí —afirma Diego—, de lo que sea.

A ella le parece curioso que le guste cantar. Suspira y toma asiento, le fascina mirarlo, no quiere perderse un minuto de su tiempo, quiere vivir a su lado cada segundo.

—Conocí a Carlo en un paseo en góndola —menciona—, él me cantó una canción.

—¿Quién es Carlo?

—Es mi esposo. —Ana Brenda no cree prudente hablarle más sobre Carlo por el momento—. Me gusta tu corte de cabello.

—Wendy me dio dinero para cortármelo, pero ya me creció —contesta Diego.

«Wendy», la mujer que se hacía pasar por su mamá, piensa Ana Brenda. Quisiera que olvidara a todos, que nunca los mencione, es difícil abordar el tema del secuestro. Diego repite las sílabas y las escribe. El sonido del timbre interrumpe la clase.

Hoy Italia no viste con uniforme, sonríe y besa las mejillas de su mamá, anuncia que tiene permiso y puede quedarse más tiempo, el chofer va a regresar por ella cuando le llame. Se va directo a la cocina y sorprende a Matteo. Quiere saber qué tanto escribe, piensa que es una carta de amor para Ana Brenda.

—Mi mamá es una mujer casada —menciona con enojo—. A mi papi no le parece que estés aquí, no eres parte de la familia ¿A qué viniste?

Diego no está ahí por gusto, quiere decirle a la chiquilla, pero Ana Brenda contesta.

—Diego está aquí porque yo lo traje, es parte de mi familia.

—¡Qué se vaya y vuelva a su casa! No tiene por qué estar aquí —dice Italia.

—Basta —dice Ana Brenda—. Si no te comportas será mejor que te vayas.

Italia llora y se va muy molesta. Al llegar a su casa se queja con su papá; su mamá la echó porque discutió con el hombre que trajo desde Guadalajara, lo prefiere, le escribe cartas de amor y las esconde. Carlo no quiere ir a reclamarle a su mujer, no la quiere ver, no han firmado el divorcio y Ana Brenda ya vive con otro hombre.

Ana Brenda necesita hablarle a Diego de Matteo. Le pide al muchacho que deje el cuaderno y la acompañe a la sala de estar. Sirve café con *amaretti*. Narra que perdió a su hijo un 12 de octubre de 1991 en la romería, Matteo tenía dos años, su fotografía rondó por televisión y periódicos durante años, nunca lo pudieron encontrar.

Diego siente mucho la pérdida del hijo de la señora, piensa que Wendy está en la misma situación, la extraña. Dice quiere regresar con su familia.

—Creo que no me has entendido —explica Ana Brenda—, esa mujer tenía en sus manos la ropa de mi Matteo, la misma que llevaba mi bebé cuando se perdió.

—Se equivoca, señora —dice Diego—, yo no soy su hijo, Wendy es mi madre y Luis es mi papá, su hijo tiene que ser otro.

Molesto se niega a creer la historia de la señora. Ana Brenda perdió a su hijo y por eso lo compró. Luis no lo quiere porque Wendy lo prefiere y está

celoso, lo vendió por el dinero y porque así tiene a Wendy para él. Las madres nunca olvidan a sus hijos. Diego tiene la esperanza de que un día la suya lo encuentre y entonces poder regresar.

Con el paso de los días, Ana Brenda encuentra un lugar estable donde Matteo pueda empezar su nueva vida; una casa mediana con personal de servicio; un jardín con rosas y diferentes flores, árboles frutales, alberca y una cancha de basquetbol.

Maestros particulares para regularizar la educación del muchacho empiezan a presentarse a entrevista con Ana Brenda; idiomas, arte, música, natación.

Italia pide disculpas por teléfono, le intriga saber más sobre Diego. Cuelga y le pide al chofer que la lleve a casa de su mamá. Se presenta ante Ana Brenda y dice que quiere conocer la casa. Mientras camina mide los espacios para poder patinar, entra a la cocina y sale al exterior, hay un jardín mediano y una alberca. Matteo no sabe nadar, trata en vano de flotar en la alberca, pero chapotea como una cría de pato, esto hace reír a Italia que se acerca, se quita los zapatos y mete los pies al agua. Él es flaquísimo y muy alto, el agua de la alberca le llega al pecho, así nunca va a aprender.

—Tienes que sumergirte —indica Italia—, no seas cobarde, métete más al fondo.

—Gracias por el consejo, pero no me quiero ahogar.

—¡Tonto! Cómo te vas a ahogar si mides más que lo hondo de la alberca.

—Deja de decirme tonto —pide Matteo.

Italia patalea y moja a su hermano, luego se echa a reír. Los jóvenes empiezan a jugar mojándose hasta que ella termina empapada flotando en medio de la alberca.

—Me llamo Italia —se presenta.

—Italia —repite Diego—, que nombre tan chistoso. ¿Por qué te pusieron así?

—Porque nací aquí.

—Entonces yo me debería de llamar México.

—Mucho gusto señor México —bromea Italia y ofrece su mano para presentarse formalmente.

—Encantado de conocerla señora Italia —saluda Diego siguiéndole el juego.

—«Señorita», tonto —corrige Italia—, señora es mi mamá.

—Señora o señorita —afirma Diego—, ¿cuál es la diferencia?

—¿Que no fuiste a la escuela?! —alega risueña.

—No —confiesa Diego.

—¿Y cómo aprendiste a leer?

—No sé hacerlo.

—Jajaja, eres muy chistoso.

Ana Brenda está sentada esperando a su hija para ofrecerle una taza de té, la vio salir al área de la alberca, al mirar que no regresa, sale, pues se imagina que se encontró con Matteo y puede que estén discutiendo. Se sorprende de encontrarlos juntos riendo. Se muestra molesta con Italia pues no trae la ropa indicada para la alberca, en el fondo se alegra de ver que se lleven mejor y ya no pelean. La chica del servicio se acerca con una toalla para la señorita. Ana Brenda la envuelve y la acompaña a la habitación. Luego de un buen baño con agua tibia. Italia avisa a su papá por teléfono que se va a quedar a dormir en casa de su madre.

XVI. La pareja Feliz

Wendy busca a su madre en el Vigía pero ya no vive ahí. Los vecinos le cuentan que luego del escándalo la estuvo buscando pero nadie le dio razón. El señor Sapo no regresó a jugar a las cartas por eso no lo pudo interrogar. La vecina platica que se dejaron hace años pero viene a visitarla de vez en cuando.

—Vive bien cerquita, hija, aquí en Santa Margarita. Se juntó con un hombre bueno que no toma ni le pega, no como ese desgraciado.

Wendy sigue las indicaciones de la comadre de su mamá. La casa está muy cerca del periférico, por fuera ella la mira de buen tamaño. Antes de tocar rectifica el número, es de noche y si no la recibe va a dormir en la calle.

Su madre la reconoce inmediatamente.

—¡Mira nada más cómo te tenía viviendo ese hombre! —Se lamenta la mujer.

El cabello de Wendy luce enmarañado como si fuera un nido, la cara con manchas de mugre, la ceja bella que presumía no tiene forma; la dejó crecer y se ve gruesa y dispareja. Es mayor de edad pero sigue siendo delgada y baja de estatura.

La madre recibe a su hija con la condición de que no regrese con Luis. Aunque no tuvo la oportunidad de conocer a su yerno (lo vio dos o tres veces cuando jugaban a las cartas), le basta con mirar a Wendy para saber la vida que llevaba. Le advierte que la quiere ver limpia y bien peinada. El esposo le va a conseguir un trabajo y debe verse presentable.

Wendy tiene miedo de que se repita el acoso que la obligó a huir. Que su padrastro la miré de forma maliciosa, se ve buena persona, pero no puede leerle el pensamiento. Temerosa acepta la cama que le ofrecen. Su madre ya no trabaja, se dedica al hogar. Wendy puede ver con el paso del tiempo que el marido la respeta y no le presta mucha atención. Después de quince días le consigue trabajo como vendedora de piso en una tienda de discos en el centro histórico de Zapopan. Pagan poco pero es su primer empleo y necesita agarrar experiencia.

Wendy vuelve a lucir su ceja gruesa bien delineada, su cabello limpio y su ropa con aroma a *suavitel*. En lugar de vestido viste pantalón de mezclilla, tenis tipo *Vans* en marca pirata y una bolsa de mano sencilla.

Luis camina como un indigente por las calles buscándola, las heridas sanaron con muchos días de descanso tirado en la cama sin hacer nada. El cabello grasiento es lo suficientemente largo para agarrarlo en una pequeña cola; sin embargo lo lleva suelto, gran parte del pelo cubierto por un gorro de invierno, el pantalón rasgado y tieso, suéter de franela y la chamarra de mezclilla más vieja vista en una persona. La mirada al piso con el cuerpo encorvado, el olfato amaestrado para localizar ese olor que caracteriza a cada mujer. Sus paseos inician por la mañana. Almuerza en un puesto de menudo o de tortas ahogadas. Cuando arrecia el calor se toma un tejuino y para cenar mendiga en los puestos callejeros, le regalan sobras de tacos o panes de hamburguesa o *hot dogs*.

El hotel cerró sus puertas a los malvivientes y las abrió a los bichos que buscan un lugar caliente y sucio para comer; ratones y cucarachas hay por toda la casa. Un perro acompaña en la cama al único huésped del lugar.

Wendy sale de la tienda a las ocho de la noche, con mucho cuidado cruza la avenida. Dos manzanas adelante pasa el transporte público. Siente que alguien la sigue y teme voltear, se detiene en la esquina para esperar el siga.

—Traidora —menciona Luis a sus espaldas. Wendy se queda paralizada al reconocer la voz—. El dinero era para nosotros, no lo íbamos a compartir con nadie.

La molestia de Wendy es porque Luis se acostó con otra mujer en el mismo lecho que compartía con ella. Eso rompió la relación de la pareja. La escena de Luis desnudo sobre la mujer, acariciando el cuerpo de la mamá de Diego, es algo que Wendy no puede olvidar y se lo reprocha.

—La tomé para asustarla y no nos fuera a denunciar —se justifica Luis, niega que Ana Brenda le gusta y la desea. Fue la mejor oportunidad para tenerla, también a él nunca se le va a olvidar.

Wendy sabe que Luis miente. La mamá de Diego es una mujer hermosa. Llamó la atención de Luis desde que entró a la casa. Se niega a regresar con él. La hora no es la adecuada para forzarla y llevarla obligada hasta el hotel, en la esquina hay personas esperando la ruta.

Luis idea un plan para poder raptarla, para llevarla de alguna forma hasta el hotel. Piensa que será algo muy parecido como cuando roba un bebé; obligándolo a dormir para transportarla sin que llame la atención por la calle.

Wendy no dice nada a su madre. Prometió no volver con Luis por mucho que lo ame. Se crea la ilusión de que con el tiempo quizá conozca a un joven que la trate mejor, como le pasó a su mamá.

Luis acecha a Wendy por la noche después de que sale de trabajar, espera el momento para atraparla y drogarla. Cuando ella cae desmayada, la recuesta en una banca, mientras, pide un taxi. La sube en brazos y la deposita en el asiento de atrás, dice al taxista que Wendy está embarazada y se desmaya en cualquier lugar.

—Debería llevarla a un hospital —sugiere el chófer del auto de alquiler—, no se le vaya a morir la criatura.

—Mi mujer está bien —informa Luis—, mejor la llevo a la casa y le doy algo de comer.

La apariencia de Luis da miedo, el chófer lo mira con desconfianza. El taxi se detiene en la entrada de la calle, desde ahí Luis carga a Wendy hasta el hotel. Patea al perro para quitarlo y poder acostarla.

Wendy despierta atada, Luis salió a robar para traerle de comer. El perro ladra pues la desconoce, ella ha tomado el lugar que le pertenecía al animal. Luis regresa con sobras que le regalaron en un puesto de comida: tacos dorados de papa y frijol, agua de Jamaica en un envase de refresco, el postre está envuelto en un pedazo de periódico. Consiguió todo gracias al cuento de la mujer embarazada, los churros con azúcar y canela son para el antojo «ninguna mujer debe quedar con ganas de nada cuando lleva en su cuerpo un bebé».

Wendy no quiere comer, rechaza todo lo que le ofrece. Luis la golpea en la cara «robe para ti y para el bebé», le grita. Ella no está embarazada y nunca lo va a estar.

Wendy soba su rostro y trata de huir pidiendo ayuda con gritos desesperados. Por seguridad, Luis la vuelve a amarrar, le tapa la boca para que nadie la oiga.

Dos días dura Wendy atada, sin comida ni bebida, desesperada porque quiere orinar. El perro custodia la cama hasta que llega Luis y la desata. Al sentirse libre sale corriendo al patio a orinar; moja sus piernas del líquido amarillento y oloroso por la falta de agua en el cuerpo. Hambrienta devora las sobras que trajo Luis, hoy no hay churros para el bebé.

Por la mañana Luis sale y cierra con llave la propiedad que fue adquirida hace mucho tiempo por el señor Sapo, y que le pertenece. Ella anda por la casa libre en compañía del perro. La barda del patio es relativamente baja,

podría brincarla para huir y volver con su mamá. Le parece tonto pensar que podría encontrar a alguien más. Es joven pero no puede tener hijos, qué hombre quiere a una mujer así.

Luis sabe dónde acudir cuando no consigue dinero, él y Wendy necesitan alimento. Los tacos dorados que le ofrece una mujer viuda, dueña de un puesto de pollos rostizados, son del día anterior. Sin ponerle peros los acepta y regresa al hotel para ofrecerlos a Wendy. Están comiendo cuando escuchan muy cerca el sonido de una sirena. No pasa mucho tiempo cuando tocan a la puerta con desesperación. Al abrir Luis ve a la madre de Wendy junto con un policía.

—Desgraciado, ¿qué le hiciste a mi hija?!

Wendy viste exactamente como el día que desapareció, no ha cepillado su cabello y huele mal. Su madre se echa encima de Luis; lo golpea con furia, pero apenas puede lastimarlo. El oficial que la acompaña pone orden y separa a la mujer. Ha ido para investigar si Wendy está con Luis contra su voluntad.

—¿Qué va a estarlo! Si este mal nacido se trajo a la fuerza. Mírela usted oficial.

Es triste para la madre de Wendy ver en qué situación está su hija; comen sobras y viven entre suciedad, el perro que ladra hace sus necesidades en cualquier lado, lame los platos, también está muerto de hambre.

El aspecto físico de Wendy ni del lugar es suficiente para el policía, quiere escuchar de su propia voz que nadie la retiene.

Wendy es mayor de edad, aunque aparenta ser una niña por su delgadez y pequeña estatura. Decide quedarse, sorda a cualquier suplica de su madre «este es mi hogar», dice, y Luis es el hombre que ama.

—Ya la escuchó usted, señora —dice el oficial—, sin delito que perseguir...

XVII. Amor eterno.

Carlo Passerini es dueño de una flotilla de góndolas en Venecia. Siendo remero en una de ellas es como conoció a Ana Brenda, cuando ella estaba de viaje. Un paseo de treinta y cinco minutos con serenata incluida culminó en un beso entre la pareja, justamente en ese momento pasaban bajo el puente de los suspiros, augurando para los dos un eterno amor. Una vez casados, Carlo compró una propiedad en Milán y la convirtió en su hogar.

Ana Brenda pone empeño en que Matteo aprenda las formas correctas de dar la bienvenida y saludar de una manera respetuosa, su idea es estar algún tiempo en Italia. Yendo al colegio tendrá que relacionarse con jóvenes de su edad. *Buongiorno* y otros términos son considerados la manera más formal de saludar a alguien. *Piacere di conoscerte* significa encantado de conocerte. *Benvenuto* se utiliza para decir bienvenido. Estas y más expresiones son adecuadas para que Matteo las ponga en práctica en la cena a la que acudirán por la noche. Ana Brenda mira el vestuario que adquirió para su hijo, la fiesta a la que han sido invitados es de carácter informal, pero quiere que cause buena impresión. Es la presentación oficial de Matteo y debe cuidar hasta el último de los detalles. Elige unos pantalones de cuero, una camisa gris manga corta cuello redondo, zapatos negros. Su corte de cabello es moderno y se le acomoda muy bien. Ella se decide por un fino traje de dos piezas con *blazer*, corte *slim* con tres botones, pantalón recto color café Dijon, tacones altos y el cabello recogido, pendientes y gargantilla a juego.

Es el cumpleaños de Italia, la reunión es en su honor. Sabe tocar el piano y piensa deleitar a todos con una canción. A sus trece años todavía se ilusiona al recibir regalos. Los primeros en llegar a la residencia son sus abuelos. Conocen de sobra los gustos de su querida nieta, la hacen feliz obsequiándole un par de patines, ya tiene tres pares.

Carlo Passerini luce una barba de candado larga, pantalón y saco en color oscuro, en lugar de sombrero usa una boina en la cabeza.

—¡Ahí viene! —grita Italia y quiere correr a recibirla, lo correcto es que espere a que entre y sea anunciada.

Ana Brenda no viene sola y todos los invitados se preguntan «¿Quién es el hombre que la acompaña?»». Los murmullos llaman la atención de Carlo que se dirige hasta la puerta.

—¡Esto es inconcebible! —exclama con enojo—, cómo se atreve a traerlo a esta casa.

Desde el auto Ana Brenda se da cuenta que algo está sucediendo, le pide a Matteo que no salga, que por favor la espere y camina a encontrarse con su esposo.

—Sácalo de aquí, por favor —pide Carlo sin permitir que ella se explique, sacando conclusiones—. ¡Qué falta de respeto!

Italia está muy cerca en compañía de sus abuelos, no ha visto a Diego, pero se imagina que es la persona que espera en el auto de su mamá.

—No peleen, déjenlo entrar—pide Italia.

—Si entra él, me voy yo —anuncia Carlo en un momento de desesperación.

Su padre le pide que deje hablar a Ana Brenda, seguro ella tiene una explicación. Carlo no puede tranquilizarse a sabiendas que ella trajo a su amante, pretende presentarlo a la familia, se le olvida que aún siguen casados.

—Vamos a cenar, por favor —dice el padre de Carlo. Ambos abuelos abrazan a Italia y la conducen al comedor, dando privacidad a la pareja.

Ana Brenda no ha dicho nada, él no la dejó entrar a la casa, la recibió molesto y así es como continúa.

—Que pronto dejaste de amarme —menciona Carlo con tristeza—, me has olvidado.

—¡Ven conmigo! —suplica Ana Brenda—, míralo.

Carlo niega y evita mirar al auto, su matrimonio se acabó, es momento de dar el siguiente paso, le duele tanto que ni siquiera puede mencionarlo.

—Por favor vete —pide destrozado.

Ana Brenda siente que es el momento de aclarar, no quiere perder a Carlo, todo lo contrario, quiere compartir su dicha.

—El joven que me acompaña es el hijo que hace muchos años perdimos —añade Ana Brenda—, voy a pedirle que salga del auto.

—¡Basta! —grita Carlo—, te estás volviendo loca, Ana Brenda. Matteo está muerto

Carlo está cansado, el fantasma de Matteo no los deja seguir con su vida.

—¡Deja de vivir de su recuerdo! —exige a su mujer—. ¡Devuélvenos los años que más te hemos necesitado! La familia está compuesta por más

integrantes que tú y nuestro hijo Matteo.

Es suficiente para Ana Brenda, se va con la frente en alto, orgullosa y herida por las palabras de Carlo. Se aleja sin darle un abrazo a su hija, ni el presente que le traía por su cumpleaños.

Diego no salió del auto, sabe que hubo una fuerte discusión, un mal entendido entre Ana Brenda y su esposo; el papá de Italia es celoso, ya la niña se lo había dicho. Esta era la noche en que lo iban a presentar, como un protegido de Ana Brenda. El hombre ni siquiera les dio la oportunidad y Diego no pudo ver a Italia ni felicitarla por su cumpleaños.

Avergonzada y nerviosa Ana Brenda conduce de regreso a casa en silencio, reprimiendo el llanto por lo ocurrido.

—Lo siento —dice ella, se acaban de bajar del auto—, debí hablarlo primero con él, por favor discúlpame por tratarte así.

—No se preocupe, señora —dice Diego—, usted vuelva con su esposo y me regreso con mi familia, aunque no creo que Luis le regrese su dinero.

—¡Nadie me va a volver a separar de ti! —exclama Ana Brenda. Las lágrimas le arruinaron el maquillaje, Carlo no quiso escucharla, ella piensa que quizá seguir separados es lo mejor para ambos—. Ve a descansar, más tarde puedes bajar a cenar.

—Sí —dice Diego y sube las escaleras.

Ana Brenda entra a la cocina a pedirle a su empleada que prepare algo ligero para cenar, ella no tiene hambre pero puede acompañar a su hijo. Sube a su cuarto a desmaquillarse. Después de unos minutos le avisan que tiene una visita.

Carlo Passerini viene a pedirle el divorcio, destrozado porque ella tiene un nuevo amor y no puede soportarlo.

—Solo quiero pedirte una cosa —dice Ana Brenda—, mira el rostro del hombre que nos está separando.

—No sigas con esto, por favor —se niega Carlo y pretende irse antes de que el amante de su mujer baje, ya la empleada fue a dar el recado.

Diego baja sin ganas, todo aquello se podría evitar si Ana Brenda le regresa a su casa con Wendy. Se enfrenta a la mirada de Carlo con el mismo interés que lo hace él.

—*Ciao* —saluda en italiano. Diego no sabe realmente si esa expresión es correcta dada la situación.

Estando junto a Carlo le ofrece la mano.

—*Incantato*.

Carlo tiene que mirar hacia arriba porque Diego es un joven alto. El pantalón untado le llega a la pantorrilla, así es el corte de la prenda y eso lo hace ver largo, también calza un número grande.

Diego se alegra de saber que Carlo habla español, ya dijo todo lo que aprendió, es muy pronto para que sostenga una conversación. Se siente mejor hablando en su idioma.

—Yo no vine a quitarle a su esposa —dice a Carlo—. Tengo quince años y me gustan las mujeres más jóvenes. Sin ofender, señora —dice a Ana Brenda.

Ana Brenda sonríe, Matteo lo ha hecho muy bien, se siente orgullosa. Carlo se ha quedado sin palabras al contemplarlo, es muy joven para Ana Brenda y le acaba de aclarar que no es su amante. Hay algo en él que no logra descifrar, le es demasiado familiar.

Ana Brenda le pide a Diego que entre en la cocina, le están preparando la cena, y que le permita estar a solas con Carlo.

—Es él —asegura Ana Brenda cuando Matteo se Aleja—, lo traje con nosotros. —Llora de la emoción que siente—. Te amo Carlo nunca te olvidé.

Carlo retira la boina de su cabeza, se muestra confundido e incrédulo, es imposible que sea Matteo pues está muerto.

—No murió, eso fue lo que nos hicieron creer —dice Ana Brenda—, siéntate, amor, déjame contarte todo.

Ella le cuenta paso por paso los hechos de la forma que los vivió. Una pareja tenía al chico viviendo como si fuera su hijo, tal como comentó el hombre que reclamó la recompensa. El lugar donde lo encontró era nauseabundo y Matteo vestía como un andrajoso. «¡Vivía a unos cuantos kilómetros de Providencia, siempre estuvo tan cerca y no lo podía encontrar!».

—Es él, amor —repite Ana Brenda—, nuestro Matteo, la Virgen me hizo el milagro.

Para Carlo el siguiente paso es hablar con la policía, dar aviso de la recuperación del niño e informar de la ubicación de los delincuentes. Ella no piensa igual, para Ana Brenda lo más importante es que recuperó a su hijo.

—Jamás quiero volver a ese lugar, que Dios perdone el daño que nos hicieron.

XVIII. Un invitado especial

Zapopan, año 2005.

Wendy no es la misma joven que Luis conoció, su rostro refleja cansancio y tristeza, tiene una herida en su corazón que no sana con el paso de los días. Él roba y apuesta, invita mal vivientes al hotel, pretende hacer lo que hacían antes; cobrar por un techo, por comida y por la exhibición. Cuando ella está sobria no accede a ningún capricho. El señor Sapo se fue y no hay nadie que la defienda de los maltratos que recibe de parte de su pareja. Ahora que están solos viven de lo que roba Luis, de lo que gana apostando, del dinero que dejan los pocos huéspedes que caen en el hotel.

Luis piensa que Wendy necesita un niño para salir a mendigar en las iglesias, eso la va a distraer. Cambiar pañales y preparar biberones la tendrán ocupada todo el día «los mocosos no hacen más que llorar y hacer del baño». Traerán dinero y harán negocios con el pequeño.

Luis sale temprano con esos pensamientos, ronda por las calles a paso lento, analiza y planea, come en un puesto callejero.

Wendy se queda a preparar la comida con los escasos alimentos que trae. Lo más socorrido es preparar una sopa de fideo con unos cuantos jitomates, un trozo de cebolla, ajo y sal. Come sola pues Luis no llega y la sopa se enfría. Se asoma para ver si a lo lejos lo divisa, él no suele faltar a comer.

Cuando el reloj marca las ocho de la noche Luis regresa al hotel. Trae consigo un costal lleno de cosas. Pone sobre la mesa un gabán, luego una bolsa con tacos al vapor, col, salsa; en otra bolsa hay una pieza de pollo rostizado, sopa de arroz, tortillas envueltas en papel aluminio, para tomar trae agua de horchata, el postre es pan que no se vendió en el día y se lo regalaron en la panadería.

Wendy come tacos al vapor y Luis la pieza de pollo, los huesos se los come el perro, después de quitarles el jugo sale al patio a enterrarlos.

Con las manos llenas de grasa, Luis dice que hay más en el fondo del costal. Saca dos vestidos que tomó de un puesto de segunda en el suelo de un tianguis, unas zapatillas que quizá no le queden, un cepillo y un espejo de

mano para que Wendy se mire todos los días.

Nada de lo que Luis trae hace sonreír a Wendy, lo escucha, pero no muestra ninguna emoción, muy cerca de ella está el gabán, hay algo envuelto que se empieza a mover. Es un bebé de meses que Luis robó a una mujer indigente «le hago un favor», pensó cuando lo hurtó.

—Cuando crezca lo suficiente puedes enseñarlo a mendigar.

Su plan es hacerlo pasar como su hijo, salir juntos los tres y pedir caridad en las Iglesias. Mentir sobre alguna enfermedad, pedir dinero o lo que les den para mantener a la familia.

Wendy toma al niño en brazos y lo mece para que deje de llorar. Los bebés toman leche del pecho de sus madres, ella no tiene nada que ofrecerle. Mete su dedo en la boca del infante para que lo tome como si fuera un chupón, deduce que tiene hambre. Lo acuesta en la cama mientras calienta leche para ofrecerle en un biberón, es muy poca, pero de momento se le quitará el hambre.

—Mañana salgo y le traigo una vaca —bromea Luis.

Se siente poderoso pues atinó con el niño e hizo feliz a Wendy, piensa que al principio le va a costar mantener una boca extra pero a la larga puede recuperar mandando al chico a trabajar, sus pensamientos son muy similares a los del señor Sapo. Se va dormir sin esperar a Wendy, tremendo desvelo le espera esta y las siguientes noches.

El perro ladra y despierta a Luis. Busca a Wendy pero no está en la cama, ya amaneció y ella no se ve en la cocina. Sale de la cama y la llama, el perro sigue ladrando.

Wendy entra cubriendo su cabeza con un chal, se descubre y sin perder tiempo, saca huevos del refrigerador, reutiliza el aceite para guisarlos. Cuando él pregunta que hizo con el niño, ella confiesa la verdad; lo dejó para que alguien lo tomara y lo devolviera con su madre o lo llevara a la policía. Se aseguró que lo escucharan llorar, entonces se regresó a la casa.

Luis se molesta y la tacha de malagradecida, arriesgó su libertad para complacerla, pues si lo agarran robando ira a prisión. Le dio el hijo que tanto desea y ¿qué hizo ella? No todos días le dan comida, las personas quieren ver al crío al que según está alimentando, a la mujer parida. Lleno de ira levanta la mano para golpearla.

«Si no consigo nada mañana, vamos a comer basura». Sin alcohol no hay baile, ni vueltas abrazados, besos ardientes, risas, algunas noches hay sexo pero no dan función. Wendy se niega a exhibirse a unos desconocidos.

Amanece y almuerzan un vaso de canela caliente. Luis sale a buscar pan

para alimentarse, camina hasta el centro histórico, da una vuelta por el mercado municipal, al no conseguir nada entonces va para con la viuda. La mujer del puesto de pollos siempre tiene sobras que regalarle, esta «sola» y se siente «necesitada», lo obliga a escucharla y luego le regala la comida. Luis piensa que si fuera joven y bonita, aunque gorda le haría el favor; sin embargo no lo es y prefiere ignorarla o darle la vuelta. Regresa al hotel y comparte lo que consiguió, después de comer vuelve a salir. El vicio de las cartas requiere dinero para apostar, aunque no coman, da prioridad a los juegos de azar.

Otro día Luis gana y da dinero a Wendy para que compre víveres y tenga la cena lista y caliente. Por la tarde reciben dos huéspedes. Ella se da a la tarea de lavar todas las cobijas y de asear todo el lugar. Consiguen gatos para espantar las ratas. Las cucarachas son difíciles de exterminar, pero se esconden durante el día y hacen fiesta de madrugada.

Después de una semana de abrir las puertas del hotel reciben un huésped especial, un muy querido amigo. Por unas horas, Wendy se olvida de que Luis la engañó, toma y fuma toda la noche con su anfitrión. Es Betin que viene a proponer un negocio a la pareja. Al contemplarlo a ella le recuerda a Diego, lo extraña, es lo más cercano a un hijo, lo crio desde los dos años, se pregunta qué habrá sido del chico.

Betin se enteró que el hotel estaba en servicio nuevamente. En el lugar nunca falta el licor y la comida, hay un techo seguro y muchos catres para dormir. Los tres recuerdan viejos tiempos entre risas y baile. Wendy luce uno de los vestidos robados, los zapatos no le quedaron y calza tenis, hay música y ella da vueltas en los brazos de ambos como una pirinola, ya más noche solo baila con Luis; embriagado se pone celoso y no quiere que nadie la toque.

Betin cabecea, se arrulla con los ruidos que hace la pareja en la cama, no se da cuenta en qué momento se queda dormido hasta que es de mañana.

Luis madruga y acude con la viuda. El puesto está cerrado así que toca la puerta de la casa pues la mujer vive a un lado. Ella se sorprende y lo deja pasar, antes de cerrar la puerta se asoma para ver si alguien los está mirando. Segura de que nadie los vio cierra y camina por delante de Luis, lo lleva a su habitación. Hace quince años que murió el esposo y ella se siente sola y necesitada de amor. Se acaba de cambiar para prepararse a abrir el puesto de pollos. Vuelve a quitarse la ropa y pone sobre su cuerpo un camisón que usa para dormir. Se mira en el espejo y peina su cabello, pasa de los cincuenta años, es obesa y su cabello ya es blanco. «¡Por fin Dios me escuchó!»,

piensa. Ella le ofrece el baño a Luis para que se ponga cómodo, le gusta mucho, es joven y tiene un rostro muy atractivo.

Luis asiente y mira la habitación, entra al baño y cierra la puerta, necesita dinero para jugar y para mostrarle a Betin que todo sigue igual desde que el señor Sapo se fue. Que nadie necesita al viejo gordo y oloroso. «¡No es el único que sabe hacer negocios!»». Sale del baño igual como entró, se acerca por la espalda a la viuda. De entre su ropa saca una navaja y la pone en el cuello para amenazarla.

Luis sale con dinero y joyas. «¡Que coman basura los cerdos!»», exclama. De regreso al hotel compra tacos de barbacoa, jugo natural de naranja y una rosca completa de churro caliente espolvoreado en una mezcla de canela y azúcar. Presume a Betin diciendo que todos los días comen como reyes. Las joyas las piensa empeñar en el monte de piedad, con el dinero va a apostar en las cartas.

Betin saborea cada trozo de churro, con la boca llena, habla a la pareja sobre el negocio que trae entre manos; el señor Sapo vive solo en una casa vieja por el centro, en el barrio de Analco. Del lado de la iglesia que es muy concurrida en semana santa por la procesión del silencio. Ahí tiene escondido el viejo mucho dinero, toda la recompensa por la cabeza de Diego más todo el dinero que ha juntado en muchos años, de los negocios a los que se dedica. El plan es ir a darle un buen susto y sacarle toda la plata. No tiene familia a quien le interese, la gente todavía no lo ubica bien porque sale muy poco, es un viejo sucio y amargado que piensa llevarse a la tumba toda su fortuna pero parte de ella le corresponde a Luis y él ya sabe por qué.

Betin le pregunta a la pareja si está dispuesta a recuperar su dinero con su ayuda, la fortuna será repartida por partes iguales.

Wendy hace lo que Luis dice, lo mira temerosa. Él dice que sí, aún conserva el revólver con el que amenazó a la mujer del italiano. Lo va a necesitar para enfrentarse al señor Sapo. Los caballeros estrechan las manos con fuerza. Betin no confía en Luis, ha vivido en la calle y ya no quiere ser un indigente «¡el que no arriesga no gana!»», piensa y planean la forma en la que van a realizar el robo.

Por la noche cierran las puertas a los huéspedes. Con el dinero que aún conserva Luis compran cerveza y cigarros. Wendy enciende el radio y pone música, se preparan para su nueva vida.

Luis es el primero en caer rendido en su sillón preferido, bebió de más y no puede mantener los ojos abiertos, balbucea hasta que empieza a roncar.

Wendy está en sus brazos pero no duerme.

Betin ha tomado poco pero tiene el estómago bien lleno de la cena que la muchacha preparo, ya nunca más va a pasar hambre. Ha vivido en la calle desde que el señor Sapo se fue con el dinero. Le cuenta a Wendy lo que descubrió: vagando por el centro de Guadalajara se topó con el señor Sapo, por supuesto que lo reconoció. «¡Ay por el hospicio Cabañas!», caía la noche y se fueron caminando hasta el barrio de Analco. El viejo lo dejó pasar a su casa, no lo invitó a cenar, más le regaló un vaso con refresco y alcohol que Betin estuvo mareando dando pequeños tragos. Sin planearlo logró emborrachar al señor Sapo.

«Aquí viene lo interesante», dice frotándose las palmas de las manos. Wendy calla atenta.

Luis fue un niño robado como Betin, como Diego y muchos otros niños que tuvieron la mala suerte de caer en las manos del señor Sapo. Su madre es una mujer hermosa «la más bella criatura nacida sobre la tierra». El viejo le hizo un favor arrebatándole al niño, ella lo despreciaba por ser producto de una violación. El señor Sapo se lleva a Luis de siete años y nadie sabe a ciencia cierta la verdadera razón por la cual lo conserva. Pocas veces lo tiene que azotar para que lo obedezca, lo enseña a mendigar y son compañeros en las iglesias. Cuando es más mayor roba lo que se puede, luego se centra solo en los objetos de valor. A los diez años es instruido para empezar a desaparecer niños de las manos de sus madres, o de cualquier familiar que lo tenga sujeto, y si no está sujeto que mejor. Hace su primer asalto a los trece; toma a un bebé con todo y carriola y corre con él varias cuadras hasta que se pierden entre las calles. A partir de esa noche se vuelven socios. Hay una foto escondida dentro de la tapa de un reloj de cadena de oro que guarda con recelo el señor Sapo, «su más grande tesoro». La mujer de la foto es su musa, y también es la madre de Luis. Wendy está borracha pero comprende lo que Betin le cuenta, la sangre del señor Sapo corre por las venas de Luis.

XIX. Presentación en sociedad.

Milán, diciembre año 2005.

Ana Brenda y su hijo mudan sus cosas a la mansión de los Passerini. Ya toda la familia está enterada que el niño perdido fue recuperado. Matteo va ser presentado en sociedad como lo que es, el primogénito del matrimonio.

—*Benvenuto!* —exclama Italia en la recepción de la residencia. Hace una reverencia y se echa a reír—. ¿En serio eres mi hermano?

Diego no sabe qué contestar, es lo que empiezan a decir todos. Ella se ofrece a acompañar a su hermano hasta la habitación que le asignaron. Estando dentro le hace un regalo, un disco de un cantante Italiano que también canta en español, famoso en México y en todo el mundo.

—Abres la caja —indica Italia—, sacas el disco y lo metes al reproductor.

—No soy tonto —comenta Diego, el disco se empieza a reproducir.

—Está en italiano —dice desilusionado.

—¡Pues para que aprendas a hablarlo!

Italia se despide con dos besos en las mejillas de su hermano. Para Diego escuchar lo que sea en español es muy importante, los maestros, el chófer, la cocinera, todos en la casa hablan italiano. La televisión, la radio. En Milán no hay tortillas, ni frijoles, tejuino, tortas, elotes, las chicas italianas son bonitas pero Diego prefiere las latinas, morenas como su amiga Karla, como la señora Ana Brenda. Añora a Wendy por sobre todas las cosas, el amor y el cariño con el que siempre lo protegía, arriesgándose a que Luis le pegara «solo una madre hace eso», piensa y sigue escuchando la música en el reproductor.

La estadía de Diego se hace menos pesada gracias a la compañía de su hermana. Todos los días ella toca a su puerta y lo invita a patinar, «es mi cosa preferida», dice a su hermano y le pregunta cuál es la suya. «Cantar», menciona Diego, también sabe bailar y dar vueltas de carro.

—Pues entonces vamos abajo.

Bajan corriendo por las escaleras, salen al jardín y hacen piruetas, cantan y bailan entre carcajadas hasta que la chica del servicio sale a pedirle a Diego que entre, el profesor de español acaba de llegar a darle su lección.

Diego tiene que aprender muchas cosas pues es hijo de una familia de

dinero, hablar tres idiomas: español por la madre, italiano por el padre e inglés por la importancia del idioma. Matemáticas, música, literatura, un poco de pintura y sobre todo cultura general. Modales y deportes a su gusto. El objetivo de los profesores es poner al corriente la educación para que muy pronto sea inscrito en un colegio. Diego entra arrastrando los pies hasta el despacho, ahí lo espera su profesor para iniciar con la lección. Toma asiento y abre su libreta, estuvo por semanas escribiendo su nombre y ahora tiene que aprender a escribirlo diferente, con todo y apellidos. «Matteo Passerini», es un nombre largo y difícil. Todo lo que está viviendo es incomprensible. Sigue creyendo fielmente que los secuestrados son sus padres. Que la familia Passerini lo quiere hacer pasar por el hijo perdido, por el «Matteo» por el cual todos los llaman así. Fastidiado de tantas clases y de palabras que no entiende, ignora las palabras del profesor y sube al segundo piso. Cierra la puerta con fuerza y cambia su ropa de marca por el pantalón zurcido de los lados y una sudadera con agujeros. Luego va en busca de Ana Brenda y le dice que quiere volver con su familia, que lo regrese a México.

Ella deja su costura y lo atiende.

—Tu nombre real es Matteo y eres mi hijo, ya te conté lo que sucedió hace años.

—No señora, yo no soy su hijo, mi madre es Wendy y Luis es mi papá.

Diego añora la horrible vida que tenía, sabe que Wendy está sufriendo por su ausencia. Exige que lo devuelvan a su país. Acusa a Ana Brenda diciéndole que lo compró como si fuera un objeto para remplazar al hijo que perdió. «Ni la quiero ni la voy a querer nunca» se expresa ante ella.

Carlo viaja constantemente a Venecia por cuestiones de trabajo. Viene entrando a la casa, buscando a su esposa para besarla y decirle que la ama, entonces escucha la discusión. No le parece correcto que Matteo se dirija de forma grosera ante Ana Brenda, que le haga daño con sus palabras, no sabe cuánto ha llorado, el dolor la mataba cada hora que pasaba sin saber de su hijo. Años de suplicar a la Virgen un milagro y ahora que sucedió, no es justo que el chico la haga sufrir.

—Amor —dice a su esposa—, déjame hablar con él. Es momento de que entienda cuál es su lugar y aprenda a guardar respeto.

Ana Brenda se lamenta porque Carlo los sorprendió en un mal momento, si no se rindió cuando las esperanzas se esfumaban, ahora que tiene la pieza que le falta a su vida no se va a dar por vencida, es cuestión de tener paciencia y comprensión. Suspira y se aleja para que Carlo hable con Matteo.

Una vez que padre e hijo están de frente sin la presencia de Ana Brenda, Carlo toma la palabra.

—Tu verdadera familia somos nosotros. Te guste o no. Esa no es la forma de hablar a mi esposa. Sea o no tu madre merece respeto. No voy a tolerar que le grites otra vez.

Diego agacha la cabeza y se mantiene quieto, lo que escucha suena como un severo regaño, la voz y la postura de Carlo le hace pensar que en cualquier momento se va a quitar el cinto y le va a pegar como lo hacía Luis, sin oportunidad de defenderse. Carlo termina con el sermón castigándolo una semana sin bajar a cenar. «Me hace un favor, ¿quién quiere bajar y estar con ellos?», rebelde piensa Diego y acata al pie de la letra el castigo.

Carlo luce como un héroe ante Ana Brenda, explica que el castigo incluye prohibirle utilizar el reproductor de discos, «quiere vivir en el exilio y es lo que va a tener», «y no digas que estoy siendo duro con él».

Ana Brenda se queda con la palabra en la boca, pretendía defender a su hijo por su comportamiento, pero en gran parte Carlo tiene razón, lo hace sentir importante cuando calla.

Para la hora de la cena, Italia pregunta por su hermano, a lo que Carlo contesta que Matteo está castigado. Ella se suelta a reír.

—Papi, tu eres el peor castigador del mundo. ¿Qué hizo Matteito?

Es la forma en que ella lo llama de cariño, también se siente confusa pues lo conoció con el nombre de Diego y resulta que es Matteo y es su hermano mayor.

—No importa lo que haya hecho —dice Ana Brenda—. Está castigado. Vamos a cenar.

La persona de servicio se acerca a servir y la familia Passerini come en completo silencio.

Antes de acostarse a dormir Italia toca a la puerta de su hermano pero el chico no le abre.

Para Diego no es un castigo quedarse sin cenar. Había días que la comida era un vaso de canela caliente, o de café de olla con un pedazo de birote duro. Lo que más extraña aparte de a Wendy es la comida. Realmente se siente aburrido, se niega a continuar con sus lecciones, su castigo es estar encerrado en la habitación, durmiendo y añorando su querido Jalisco.

Tres días es el tiempo que aguanta Ana Brenda sin interceder por su hijo. Salieron fuera con unos amigos y todo el tiempo ella estuvo pensando en el tema, le pareció imprudente mencionarlo. No era el momento pero ahora están

en su recámara. Comenta con su esposo que ya es mucho tiempo y no puede privar a Matteo de una buena cena «¡es inhumano!». Quiere que en cuanto amanezca se reúnan los tres y hablen, la mayoría de las cosas tienen solución.

Carlo dice estar de acuerdo, toma asiento en la cama y se quita los zapatos. El castigo ya fue suficiente y está seguro que Matteo comprendió, le va a pedir de buenas maneras que pida una disculpa a Ana Brenda. Se habló con el chico sobre el secuestro y se le confesó su verdadera procedencia.

—Para todos es difícil, cariño —menciona Carlo ayudando a su esposa a bajar el cierre de su vestido.

Ella se encarga de la corbata de su marido, luego, con delicadeza desabotona la camisa mientras él la mira sin parpadear como si fuese una inalcanzable estrella «la más brillante», menciona Carlo.

—Te amo —dice Ana Brenda.

Se siente cansada y bosteza, la cena con los amigos se alargó y en unos minutos será media noche. Carlo entra primero entre las sábanas y acomoda el espacio para recibir a Ana Brenda. Se están besando cuando del pasillo se escucha una melodía. Alguien canta en voz alta una ópera.

*«Musica è
Guardare più lontano e perdersi in se stessi
La luce che rinasce e coglierne i riflessi
Su pianure azzurre si aprono
Su più su i miei pensieri spaziano
Ed io mi accorgo che
Che tutto è intorno a me, a me».*

Italia cree que está soñando, alucina, se mira en un concierto, ella hasta el frente ovacionando con las manos. ¡Hasta en los sueños se ríe sin control! Despierta y sigue la melodía, canta desde su habitación, piensa que es muy divertido no dejar dormir.

Ana Brenda opina que esa canción se escucha hermosa en la voz de Matteo, aparte le ayuda en la pronunciación. Carlo dice que esas no son horas para un concierto y sale de la cama molesto. Camina por el pasillo, se detiene justo en la puerta de la recámara de Matteo, toca y espera.

El reproductor se detiene y los hermanos guardan silencio. Carlo regresa a la cama triunfante, se acomoda al lado de su esposa y se besan, las caricias empiezan a subir de tono cuando la música vuelve a reproducirse, a los segundos Matteo e Italia entonan la canción como si estuvieran en un concierto «a todo pulmón».

*«Io sento ancora
Le voci della strada dove son nato
Mia madre quante volte mi avrà chiamato
Ma era più forte il grido di libertà».*

Compositores: Adelio Cogliati / Eros Ramazzotti / Pierangelo Cassano. Letra de Musica Es (Musica E') ©
Universal Music Publishing Group.

No es Carlo el que hace callar al dueto, es la señora de la casa. Ana Brenda primero pone en su lugar a su hija y luego va al cuarto de Matteo, usa palabras fuertes y muy firmes, le hacen daño a ella misma más que a su hijo, pero hay silencio otra vez en la casa.

Los Passerini amanecen desvelados y con mala cara. Carlo y Ana Brenda concuerdan en llevar a Matteo al psicólogo, que sea un profesional el que le explique y comprenda los cambios que está teniendo en su vida.

Como acto de rebeldía Diego se niega a salir de su encierro y de su castigo. La semana sin cena terminó, sin embargo el plato servido todas las noches es devuelto como lo recibe. Habla solo con su hermana y lo hace en español. Bromean sobre lo que sucedió por la noche.

Italia quiere saber por qué Matteo no quiere formar parte de la familia. Carlo es un hombre respetable, tienen buena posición económica, todos son bellos y carismáticos. Ella se considera una enana, pero Matteo tiene la suerte de ser alto y delgado, el cabello explotado que tienen los dos, es herencia de Ana Brenda.

Diego le explica a Italia que no son hermanos, no se llaman nada, son unos desconocidos. El hijo perdido de los Passerini es uno de los bebés que llevaron al hotel, pero desaparecían al siguiente día, nunca supo que hacían con ellos.

—Mi nombre es Diego y mis padres son Luis y Wendy. Tengo un hermano mayor que se llama Betin, a mi abuelo le dicen el señor Sapo.

—¿Y cuáles son tus apellidos? —pregunta Italia.

—¡Qué importa eso!

—No te entiendo, Mateito ¿De verdad quieres volver a ser un lava autos?

Diego se hace la misma pregunta. ¿Está dispuesto a regresar a la vida que tenía antes? Andar sucio y andrajoso todos los días, a soportar las palizas de Luis, a robar a los demás para darle gusto al abuelo. ¿Qué va a pasar con la ropa? Cómoda y moderna, pareciera hecha a su medida. Está limpio y huele bien, duerme en una cama con almohadas llenas de plumas, come a sus horas aunque la comida no le gusta mucho. Puede estudiar lo que desee, hasta música y canto que tanto le apasionan. Tiene una hermana que se ríe de todo, le

agrada. Ana Brenda es buena, cariñosa y se desvive en complacerlo. Tiene una habitación para él solo, discos, televisión, libros. ¿Y el señor Passerini?, a él no le encuentra nada bueno, es celoso con Ana Brenda, no lo ve como a un hijo, lo mira como un rival.

XX. Barrio de Analco

Zapopan, año 2006.

Analco es uno de los tres asentamientos fundacionales de Jalisco, de los más tradicionales, distinguiéndose por su dinámica particular y fuerte carga histórica. Cerca del monumento a las víctimas de las explosiones de Guadalajara en 1992, se encuentra la casa del señor Sapo. De madrugada las calles lucen desiertas, Betin puede abrir la cerradura con facilidad.

El señor Sapo tiene un revolver bajo su almohada que no lo alcanza a sacar pues Luis ya le está apuntando en la cabeza. Asombrado y tembloroso mira a Wendy esperando compasión, ella nunca toma ninguna decisión por propia voluntad. Le exigen el dinero y lo quieren ahora. Wendy toma la pistola mientras Betin y Luis buscan por toda la casa. Destrozan los muebles sin encontrar nada. Betin asegura que el dinero está en la propiedad, el señor Sapo se lo dijo cuando estaba borracho. Luis tiene poca paciencia, arrebatada el arma a Wendy y escupe una bala en la pierna del señor Sapo.

—Yo hice el trato con la mujer, el dinero me pertenece. Hice lo que usted nunca pudo en años.

Con la herida en su pierna el señor Sapo pide clemencia, se dirige a Wendy, la defendió, le dio a Luis una lección tras otra por ella.

—¿Por qué le guardas tanta fidelidad al hombre que te engañó en tus narices con otra mujer?

Luis no quiere escuchar más, apunta a la otra pierna y dispara, el próximo tiro está destinado a los testículos de su progenitor, lo amenaza y entonces el señor Sapo habla, siente que se está muriendo, le llegó su hora.

El dinero está bajo tierra en un cofre de metal, sellado con una cerradura difícil de allanar. La llave está en el más preciado tesoro, detrás de la foto de una mujer, de la única que ha amado y que lo rechazó. Wendy sigue apuntándole como si el señor Sapo tuviera sus piernas sanas y pudiera correr.

Sin contar el dinero lo reparten en tres, billetes bien apilados, unidos con ligas en pacas de una suma desconocida. Están listos para salir y dejar morir al viejo desangrándose en la cama. Wendy no quiere su parte, quiere quedarse

y ver morir a su suegro, y después morir ella, las palabras del señor Sapo acaban de revivir la herida que tanto daño le hace, quiere sentarse a llorar hasta que se quede seca.

Betin le dice a Luis que no la deje, Wendy puede salvar al señor Sapo y entonces van a estar en verdaderos problemas. Los tres deben salir juntos tal y como entraron. Luis aprieta a Wendy contra su pecho para obligarla a caminar, ella niega con la cabeza, aturdida, endurece su cuerpo para que no la mueva, Luis es fuerte y logra sacarla a la fuerza.

Estando ya en la calle los tres, Luis regresa a la casa, entra y se acerca a su padre.

—Cría cuervos y te sacaran los ojos —le dice al oído y le arrebató el reloj de oro que aprieta con fuerza el señor Sapo.

Meses después...

—Wendy está loca —anuncia Luis—, la hubiera dejado con el señor Sapo.

—Entonces ya nos habría encontrado —comenta Betin, suponiendo que el viejo está vivo, lo más probable es que muriera desangrado—. Ella no necesita un doctor —opina el muchacho. Fuma de una pipa costosa que compró para darse el lujo—, lávale el cerebro, dile que la quieres, es lo que les gusta escuchar a todas las mujeres. Hazme caso y ella se va a curar.

Betin se sienta como todo un señor, sus zapatos lucen lustrosos y nuevos, el calcetín negro de algodón alcanza a verlos por la posición de sus piernas. Ya sabe leer y escribir, compró un título universitario.

Luis sigue el consejo que acaba de recibir. En lugar de regalarle a Wendy cosas materiales le dice al oído que la quiere, que van a estar juntos hasta el final, que la defendió del padrastro porque se enamoró de ella en cuanto la vio, que es bonita y ninguna mujer huele como ella. La sorprende y la abraza por la espalda, mordisquea sus orejas y olfatea su cabello. Decide darle una sorpresa y contrata a esteticistas que la darán un masaje, una limpieza de cutis, la manicura y pedicura, teñirán su pelo, transformándola en una señora; ya no es la mugrienta que todos evitan, es una mujer hermosa.

Wendy se mira en el espejo y vuelve a sonreír, a beber por las noches cuando él le invita a una copa. Juntos vacían la botella del licor más caro que consiguen y bailan entre carcajadas. Ella olvida con los días que una tarde sorprendió a Luis con otra mujer en la cama que muchas noches compartieron juntos.

XXI. Matteo Passerini

Zapopan, mismo año.

Matteo no puede contener las lágrimas al mirar desde lo alto su tierra, avergonzado limpia su cara y espera con ansia que el avión aterrice para aspirar el olor a tierra mojada. Carlo y su hijo viajan en primera clase sin la compañía de Ana Brenda.

El aeropuerto de Guadalajara está por la carretera a Chapala. Con maleta en mano Carlo pide un taxi que los traslada hasta Providencia, de ahí toman el auto y van directo a la Zona Industrial. Hubo un problema familiar muy grande. Diego agotó su paciencia y en contra de los deseos de Ana Brenda, se trajo consigo a muchacho para que encuentre su camino, o junto a ellos o con los que cree sus verdaderos padres). Sabe que cuando regrese a Milán, ella le va a cerrar las puertas de la recámara, de la casa y de su vida para siempre, pero está dispuesto a correr el riesgo, por el bien de Diego y de ellos mismo.

Diego guía al señor Passerini hasta el hotel, le hace indicaciones hasta que entran en la calle angosta. Después de un año y todo luce intacto. Al detener el auto, se baja y camina, Carlo le sigue, mirando a su alrededor, allí estuvo retenido su hijo durante muchos años, el lugar le produce asco y rechazo.

Diego no esperaba que Carlo lo llevara hasta la puerta de la casa. Por fin está en su hogar, quizá extrañe muchas cosas materiales que tenía en Milán, todo eso se le va a olvidar cuando vea a Wendy. Da las gracias y espera que Carlo se dé la vuelta, que regresé al auto.

Cansado de tocar y no recibir respuesta, Diego brinca la barda del patio, le es muy fácil porque tiene mucha estatura. Adentro todo parece estar en su lugar. Tan solo al abrir el refrigerador se desprende un olor acedo, hay lama en los alimentos. La cama luce destendida y hay un catre en el que pudo dormir Betin o el señor Sapo. El sillón de Luis lo llama a sentarse y Diego se recuesta y cierra los ojos, piensa que en cualquier momento Wendy va a entrar por la puerta cargando una bolsa de plástico con las cosas que compró o le fiaron, para hacer la cena. Espera hasta que anochece y enciende la luz. Diego observa con detenimiento todos los detalles, le resultan familiar: las botellas

vacías que están en el suelo y que patea distraído, las bolsas negras donde Wendy guarda la ropa de los niños pequeños. Piensa en las palabras de Ana Brenda, en la historia del niño perdido, mira la bolsa caída con las prendas desgastadas, no duda que ese niño estuviera ahí, pero no es él.

Después de varias horas se da cuenta que nadie va a venir, se lamenta pues regresó muy tarde, el lugar está abandonado, nadie vive allí. Diego siente una terrible tristeza, desilusionado camina hasta el rincón y sin correr la cortina se acuesta en la única cama que hay. La última vez que lloró fue cuando se despidió de Wendy, Ana Brenda lo esperaba en el auto para alejarlo de su hogar. Cierra los ojos con la intención de dormir y soñar que todos vienen a casa, pero tocan.

Decepción es lo que siente Diego al ver a la señora Passerini del otro lado de la puerta, llorando, suplicando que regrese. Ella no está dispuesta a perder a su hijo, si Carlo no lo tolera lo mejor será que cada quien haga su vida, está dispuesta a soportar los desprecios de Matteo con tal de permanecer a su lado, lo ama con todo el corazón, sin él se siente muerta, lo necesita, lo quiere proteger y cueste lo que le cueste, jamás va a permitir que le hagan daño, nadie va a separarla, ni siquiera Carlo.

—Viviremos con mis padres en lo que buscamos un lugar para nosotros dos —le promete—, por favor, «Diego», ven conmigo.

Lo llamará como prefiera, es solo un nombre, no más regaños o ridículos castigos.

—Por favor, cariño, ven conmigo.

La puerta está abierta, pero ella no quiere entrar, juró no regresar, olvidarse de todo, borrar de su memoria esas horas tan terribles; las escenas que vivió le vienen a la mente y le producen asco, le revuelven el estómago.

Diego está callado y triste, no sale, la obliga a entrar. El lugar huele a humedad y a encierro, un ligero olor a podredumbre emana del refrigerador. Ana Brenda centra su mirada en la ropa pequeña que hay sobre una bolsa negra de plástico, a pesar de los años la tela conserva el color. Temerosa se atreve a tomarla entre sus manos, llora, es la prueba de que Diego es su hijo. El sonido de un auto llama la atención de ambos, el golpe al cerrar la puerta y los pasos acercándose con desesperación.

Carlo viene siguiendo a Ana Brenda, trató de detenerla, advirtiéndole del peligro que corren todos en ese lugar, se arrepiente de dejar a Matteo en esa casa a merced de los delincuentes. Dispuesto a pedir perdón y recuperar a los dos, quiere regresar a casa e intentarlo de nuevo, ser más tolerante con el

muchacho, esperar a que Matteo se dé cuenta que son su familia y lo aman. Recuperar el tiempo perdido. Carlo se acerca a Ana Brenda y ella le muestra la ropa a la que se aferra con fuerza.

Diego comprende que el hijo de los señores estuvo ahí, que es el motivo del llanto, pero él no es su hijo perdido, necesita recuperar a su familia, a Luis y Wendy, a Betin y al señor Sapo, no hay rastro de ellos entre aquellas paredes sucias y polvorientas. Se siente solo y no tiene a dónde ir.

—No soy su hijo, señora —dice—. Aun así, ¿quiere llevarme a vivir a su casa?

—Eres nuestro hijo, Matteo —afirma Carlo mientras limpia las lágrimas de Ana Brenda—, busca las pruebas que necesites y regresa con tu verdadera familia.

—Yo le juro que cuando encuentre a Wendy, juntos le vamos a devolver su dinero y todo lo que ha gastado en mí. Se lo prometo, voy a cantar a los camiones, voy a lavar miles de autos para juntar su dinero.

—Nada nos debes —añade Ana Brenda—, soy yo la que te promete ayudar a encontrar a esa mujer que quieres como una madre.

Diego se despide del que fue su hogar, accede a volver a la casa que los Passerini tienen en providencia, sube al auto de Ana Brenda con la esperanza de que ella cumpla su palabra y le ayude a encontrar a Wendy, delante de ellos va Carlo en otro de los autos.

Días después...

La única que lo llama «Mateito» es Italia. Ana Brenda lo llama Diego y Carlo casi no le habla, se dirige siempre a las mujeres, trata de ignorarlo, ni siquiera le llama la atención. Después de la cena, se calzan los patines, ponen la música a todo volumen y compiten en velocidad y destreza por toda la finca menos cerca de la alberca, da igual si llevan o no las protecciones, Ana Brenda lo prohibió.

—El que caiga primero hasta el fondo gana —lo reta Italia y se adelanta a su hermano.

Corren en dirección a la piscina, caen al mismo tiempo y flotan hasta la superficie.

—Gané —dice Italia riendo, inestable bracea para sostenerse, Diego le ayuda a salir.

—Sí, lo que tú digas, eres una mala perdedora.

—Deberíamos de secarnos, si mi papá llega, nos pone como camotes.

Ambos salen escurriendo de la piscina y suben a su recámara a secarse.

Ociosos entran al despacho del señor Passerini, sus padres salieron a cenar y la casa es toda para ellos. Esculcan todos los cajones, Italia no para de reír, le toca vigilar la puerta, se comporta como el pastorcito mentiroso, que decía que venía el lobo y no era cierto.

—¿Y esto? —pregunta Diego mostrando a Italia lo que encontró.

—Guárdala ahí vienen —dice ella divertida.

Por supuesto él no le cree, pero resulta que esta vez, sí es cierto. Los chicos buscan donde esconderse deprisa.

Al pasar por el despacho, Carlo ve la luz encendida, piensa que a los empleados se les olvidó apagarla después de limpiar, conduce a Ana Brenda hacia allá. Ella ríe ligera, bebió durante la cena más que su esposo y esta algo alegre, había mucho que celebrar, se siente plena estando bien con Carlo y teniendo a sus hijos juntos, viviendo como una familia en Jalisco su amada tierra.

—Apaguemos la luz y vamos a dormir —dice Carlo.

—¡Quién quiere dormir! —añade Ana Brenda antes de besar apasionadamente a su esposo.

Pensando que se encuentran solos, Carlo desliza su mano por debajo del vestido de ella, le hace una caricia que la hace gemir.

—Los padres normales no cogen delante de sus hijos.

—¡Qué dices! —se sorprende Ana Brenda, Carlo saca su mano del vestido.

—No fui yo, cariño —menciona Carlo y le pide a Matteo que salga de su escondite pues reconoce su voz.

Matteo pensaba en voz alta y repitió. Sin ser consciente de ellos, las palabras de Betin. Ambos hermanos salen de sus respectivos escondites, por la hora deberían de estar en la cama sin embargo jugaban despreocupados. «¡Estas no son horas, señorita!», empieza Ana Brenda y todo el regaño es para Italia. La chica sale llorando directa a su habitación, el castigo es el confinamiento, sin televisión ni música. Nunca se le va a reprender a nadie sin cenar.

Diego espera su turno, pero nadie dice nada. Agacha la cabeza muy avergonzado hasta que Carlo le pide que suba a dormir, para él no hubo ni una palabra más alta que otra, ni le privaron de ninguna actividad. No le parece justo y lo expresa, no quiere que lo traten como un desconocido. Le dice a Carlo que se quite el cinto y le pegue, inclinan su cuerpo sobre el escritorio, se agarra con fuerza al borde y cierra los ojos.

Los señores Passerini se quedan sin palabras. Nadie le va a pegar a Matteo ni hoy ni nunca, esos tiempos terminaron. No va a recibir ni un maltrato más, no de parte de ellos.

Diego se sosiega y abre el cajón de donde extrae la foto de un niño con el pelo rapado, es él, les dice sorprendido, recuerda cuando lo fotografiaron en la farmacia de Guadalajara, lloró porque Luis le amenazó, dijo que si seguía llorando le iba a pegar. Quiere saber más de cuando era pequeño, todos los detalles del día que desapareció, ya no duda, es Matteo Passerini; un niño robado en la romería de Zapopan.

Sin importar la hora, Ana Brenda y Carlo se encierran en el despacho y hablan con Matteo, narran todo lo que sucedió esa madrugada; asaltaron a Carlo mientras Matteo orinaba, cuando consiguió regresar por su hijo ya no estaba, fueron incontables las veces que acudieron a la policía, a los periódicos, a la televisión, intentos fallidos hubo muchos, decepciones y falsas esperanzas. Pasaron años hasta que Ana Brenda vio la ropa tendida en el patio y supo que había encontrado a su hijo.

—Pero ¿así, nada más? —pregunta Diego confuso, tan solo por la ropa— ¿Y si no soy él? —Piensa que Matteo puede ser Betin u cualquier otro niño.

Ana Brenda explica que hay pruebas de la consanguinidad, no dudó ni un segundo, pero necesitaba probarle al mundo que recuperó a su hijo. Obtuvo muestras de saliva y de sangre cuando lo llevó a la clínica para que le hicieran análisis, cuando lo preparaba para sacarlo del país.

Vaya salto más demoledor. Rompes con el punto álgido de la historia.

Otro día cuando se encuentran solos, comenta sobre la escena que contemplaron en el despacho.

—Lo que hicieron, fue lo más asqueroso que he visto en mi vida —dice Italia, ya no está castigada y compiten patinando, lejos del área de la alberca.

Matteo ha escuchado y visto cosas que ni se imagina su hermana. Se siente afortunado de ser él, el que fue robado y no Italia, el sentimiento hacia ella es de protección.

Año 2007.

Matteo es presentado en sociedad como el primogénito de Carlo Passerini. Padre e hijo visten parecido la noche del evento, moño, tirantes y sombrero copa corta, Matteo en color tinto y Carlo en negro, los dos llevan el mismo corte de cabello. Madre e hija un vestido de noche y peinado de salón, Ana

Brenda elegante y seria, Italia sonriendo a todos los invitados. La familia Passerini decide permanecer en México para darle gusto al muchacho. Carlo quiere encontrar a los hombres que tuvieron a su hijo secuestrado y es la mejor manera, quedándose un tiempo en la ciudad.

Matteo ya no es un iletrado, sabe leer y escribir en español y habla el italiano a la perfección. En casa los hermanos se hablan en italiano cuando no está presente alguno de sus padres. A Carlo le molesta que estando en México no hablen el idioma.

Una mañana acuden a la policía, Matteo da los nombres y detalles de cada una de las personas que lo tuvieron secuestrado. No está seguro si los apodosos son los nombres reales, no menciona a Betin pues lo considera una víctima como él, no forma parte de la banda. Pide piedad para la mujer que lo trató siempre como a un hijo, a los demás los quiere dentro de la cárcel, donde no vuelvan a robar a más niños.

En la casa se respira un aire de seguridad, Ana Brenda quiere reponer el tiempo que le debe a su esposo, es el mejor momento para dedicarse uno al otro. Después de cenar propone un viaje de segunda luna de miel, solos como si fueran jóvenes, guapos y solteros.

—Seguimos siendo jóvenes, amor —comenta Carlo.

—Y guapos —dice Ana Brenda—, sobre todo tú mi vida.

Compran un viaje en un crucero especialmente para parejas, en plan romántico, con cenas y diversas actividades «sin niños». Encargan a sus hijos a los abuelos maternos y se van a navegar durante tres semanas.

Regresan justo para asistir a una inauguración el día 1 de septiembre, la ceremonia amenizada por el tenor Placido Domingo en El auditorio Telmex; un espacio para espectáculos, parte del proyecto cultural más ambicioso y trascendente de la Universidad de Guadalajara.

El edificio fue diseñado por el mexicano José de Arimatea Moyao, y se encuentra ubicada en la avenida Parres Arias. En su exterior, el Auditorio cuenta con un estacionamiento para tres mil quinientos autos y atención personalizada para orientar a los conductores al lugar disponible más cercano. Ana Brenda y su hijo hacen pareja para entrar al lugar, debidamente vestidos de gala. Carlo lleva del brazo a su hija, Italia luce un vestido de noche de lentejuelas con abertura en el muslo, sin manga, tacones muy altos, su cabello rizado en su estado natural.

La visibilidad hacia el escenario es inigualable desde cualquier punto de la sala, gozando de una cercanía única en su género, la familia se deleita

escuchando al cantante de ópera español y a la orquesta filarmónica. Al término del concierto los Passerini entran a los camerinos y saludan al tenor.

—Algún día me gustaría ser tan grande como usted, señor —comenta Matteo con admiración.

XXII Fiestas de octubre

Zapopan, año 2007.

Las Fiestas de Octubre surgieron el 1965. El lugar sede fue el Parque Agua Azul, ya en la década de los ochentas (1984) cambió su sede actual al Auditorio Benito Juárez, en el municipio de Zapopan. Comienzan el primer viernes de octubre hasta el primer lunes de noviembre, se consideran una de las expresiones culturales más tradicionales en el estado.

Durante todo el mes se presentan diferentes expresiones artísticas como conciertos de artistas de renombre nacional e internacional, muestras de danza, jornadas de cine, exhibiciones de pintura, ballet, talleres y el tradicional palenque, donde además de los conciertos se pueden apreciar las peleas de gallos. Los juegos mecánicos, los antojitos mexicanos, venta de productos artesanales e industriales. Exposición Ganadera y actividades deportivas son otras de las cosas que se pueden encontrar. Buscan incentivar la cultura y el turismo de Guadalajara. El evento se inicia con el tradicional desfile de carros alegóricos a lo largo de la Avenida 16 de Septiembre-Alcalde, de Niños Héroes a la Glorieta de la Normal en la ciudad de Guadalajara. Desde 1991, se designa un motivo específico sobre el cual gira entorno toda la feria. Este año el tema es «los colores de Jalisco, diversión sin adicción».

Karla está mirando el cartel de los artistas que se van a presentar en las fiestas cuando un joven entra al estacionamiento en un auto último modelo tipo deportivo. Al bajar, ella mira la ropa fina y las joyas llamativas que brillan en sus dedos y muñecas. Es un rostro conocido, cuando él se le acerca ella se siente intimidada al ver tanta elegancia, lo reconoce enseguida. Se limita a expedir el *ticket* que señala la hora de entrada, él le agarra la mano cuando le entrega el boleto.

—¿Ya no me conoces?

—¿No puedo creer que seas tú?! —dice Karla.

Él quiere saber si ella ya tiene novio, le gusta, comenta que es muy bonita, Karla contesta que no tiene novio, pero se siente poca cosa para alguien tan fino.

—¡Pero si sigo siendo el mismo mugroso que conociste aquí!

Tiene que mentir un poco sobre su situación económica, antes no tenía ni para invitarla a salir, ahora la puede llevar a las fiestas de octubre.

En la residencia de los Passerini se mencionan dichas fiestas. El auditorio Benito Juárez abre sus puertas apenas sale el sol, todo el día hay actividades. Italia tiene quince años, se siente lo suficientemente adulta para salir sin chaperón. Su cumpleaños acaba de pasar hace un mes, ella quiere celebrarlo en familia.

—Salir de fiesta con tus amigas no es una celebración familiar —dice Ana Brenda.

—¡Papi! —exclama Italia pidiendo ayuda a su papá—. Las chicas en Milán son más liberales.

—Pero estás en México —señala Ana Brenda.

Carlo dice que está bien, él mismo la va a llevar hasta el auditorio y se va a cerciorar que la chica entre al lugar en buena compañía. Emocionada Italia sube a su cuarto, se tira en la cama y toma el teléfono, avisa a sus amigas que tiene permiso de ir «sola» a las fiestas de octubre. Queda con ellas en la entrada a las seis de la tarde para comprar los boletos en la taquilla.

Hay que hacer fila para ingresar, los accesos lucen repletos de gente de todas las edades. Carlo da algunas indicaciones a su hija; no debe abandonar el lugar hasta que regrese a la hora acordada. Puede beber un par de cervezas enlatadas, prefiere que ella no fume, pues es un mal hábito que él no se puede quitar.

—Divierte, cariño y cualquier cosa utiliza el celular.

Carlo se despide besando ambas mejillas de Italia, desde el lugar que pagó para estacionar la mira unirse a sus amigas, hace señas con la mano cuando ella voltea. Mira el reloj y sube a su auto. Se espera hasta que Italia pasa las barreras para acceder al auditorio. El plan es irse y regresar pero decide quedarse en el estacionamiento «total, ¡qué son algunas horas!». Dentro del auto recuesta el asiento, baja el vidrio y enciende un cigarro.

Hay tanto que mirar en las fiestas de octubre y tantas personas queriendo entrar. El primer espectáculo que miran las chicas está a unos pasos del acceso, un ritual o invocación de la lluvia y el maíz, en pocas palabras, a la fertilidad. Los hombres-pájaro ascienden al tronco de un árbol de pino, normalmente de veinticinco metros de altura. Hacen una especie de danza seduciendo a los cuatro puntos cardinales (la danza se lleva a cabo por cuatro hombres, cada uno apuntando hacia un punto cardinal), con el fin de que venga

la lluvia.

Luego las chicas se dirigen al área de juegos mecánicos, suben al Voyager, luego al Spider, hay un carrusel de dos pisos, una pista de hielo, un museo de cera y la Canica Azul. La visita obligada es entrar a la casa del terror, caminando en fila india por un angosto pasillo con miles de sorpresas para espantar a los visitantes.

—Con tanto grito me dio hambre —comenta Italia y las chicas se dirigen al área de comida.

Hay puestos de huaraches de carne asada, adobada, chorizo, verdura picada y muchas salsas. *Hotdogs*, hamburguesas y parrilladas de diferentes cortes en lugares más formales. Pagando la entrada se tiene derecho al concierto que da inicio a las ocho de la noche, un refresco y un pase de cortesía a Selva Mágica.

Entre un grupo de jóvenes se mueve Simón, un joven simpático de buena clase, coincide con ellas en un puesto de bebidas. Se fija en Italia por su agradable sonrisa, por las sonoras carcajadas y por su aparente torpeza al caminar. Ella provoca que Simón derrame la bebida sobre su ropa. Italia pide una disculpa y trata de limpiar el desastre. Él no se molesta, la mira de cerca, algo en ella le llama la atención, reconoce el acento extranjero. Limpia la camisa con papel higiénico y dice que no hay problema, viene con amigos que se perdieron entre tanta gente. El concierto inicia y los gritos no se hacen esperar, se vuelve imposible mantener una conversación. Con ayuda de Simón las chicas se escurren entre el gentío y salen del área. A simple vista se nota la química entre Italia y Simón por eso las amigas de ella se alejan dándoles privacidad, caminan varios pasos por delante. Él se presenta formalmente, es hijo único de un matrimonio acomodado, cuenta que sus padres son dueños de algunas franquicias y de un casino de juegos. Vive en Tlaquepaque, exactamente en Residencial Tapatío. Ella nunca ha ido para allá, Zapopan y Guadalajara es todo lo que conoce de la zona metropolitana.

—Pues con mucho gusto yo te puedo dar un tour el día que gustes —dice Simón, caminan hacia el área de juegos mecánicos.

—¡Ay que lindo! —exclama Italia—, gracias.

—Aunque, ¿sabes? —añade Simón—, me gusta más Zapopan, le tengo un cariño especial.

—Yo vivo en Zapopan —presume Italia.

—¿En qué parte?

—En Providencia.

«Providencia», una de las zonas más lujosas y comerciales de la zona metropolitana de Guadalajara, profusa en parques urbanos, no faltan los bares y discotecas de moda.

—Hay un casino por ahí —comenta Simón—, de juegos.

—Creo que sí, —No está segura Italia—, en Punto San Paulo.

Simón juega a los dardos para ganar un premio para Italia. Apuestan en las carreras de caballos. Pronto se hace la hora en la que ella quedó en salir para que la recoja su papá. Simón pide el número de la casa, ella prefiere dar el número de su celular.

—El día que quieras nos podemos ver para enseñarte la ciudad, o podemos canjear nuestros pases en Selva Mágica. —Se despide Simón.

Italia sale confusa, saca su celular y le marca a su padre. Carlo le dice que está estacionado exactamente en el mismo lugar, tardan varios minutos en encontrarse. Ella le pregunta si se fue, ¿o cómo hizo?

—¡No me digas que te quedaste en el auto todo el rato! —exclama Italia.

—Claro que no, cariño. Fui y vine a la casa, —Miente Carlo, estira su cuerpo para relajarlo—, ¿cómo te la pasaste? —le pregunta mientras le abre la puerta.

—¡Súper, papi! —exclama Italia y se sienta en el lugar del copiloto—. Me dieron una entrada a Selva Mágica. —Muestra el boleto—. Por cierto ¿qué es eso?

—No lo sé, cariño, preguntémosle a mamá, o quizá Matteo también nos pueda decir.

Al llega a la casa Italia le dice a Ana Brenda que mañana quiere ir a Selva Mágica. Madre e hijo acaban de regresar de un concierto de ópera. Matteo nunca ha ido a ese parque de diversiones, ha escuchado que está ubicado a un lado del Zoológico y de ahí se ve la barranca de Huentitán. Ana Brenda sugiere que los hermanos vayan juntos, Matteo es mayor de edad y tiene su licencia. Menciona que buscará tiempo y si Carlo está en casa pueden ir todos juntos.

Con esa idea se acuesta Italia, pensando en Simón, imaginándose con él en ese lugar que no conoce.

Ana Brenda hizo una promesa ante el altar de la Virgen, la fecha está fijada, hoy es 12 de octubre, la romería inició en la madrugada. La Basílica está construida en el centro histórico de la ciudad, la plaza Juan Pablo II (o plaza de las Américas) fue nombrada así por la visita de su santidad, en enero de 1979, el Papa hizo el mismo recorrido que se hace el día de la romería;

viajó por la calle Alcalde, subió por Ávila Camacho hasta llegar a la Basílica, ahí se encontró con la Virgen de la expectación, la Generala, la Virgen de Zapopan.

Autos nuevos y viejos entran y salen en el estacionamiento subterráneo. Una camioneta del año entra, del vehículo desciende una familia y de entre ellos hay una persona que Karla reconoce. Se limita a hacer su trabajo, ella expide el boleto y sonrío, él toma el papel con seriedad, sin devolver la sonrisa le da la espalda y sigue su camino junto a la familia.

Estando en presencia de María, Matteo da las gracias porque recuperó a su familia, muchas veces estuvo en el atrio con Wendy y nunca entró a presenciar a la Virgen. Lleva en sus manos un ramo de flores para la Generala, todos los espacios están llenos, el arreglo floral queda a los pies del altar, madre e hijo se persignan y rezan un padrenuestro especialmente para ella, como agradecimiento por el milagro recibido.

Afuera en la plaza de las Américas, Carlo y su hija esperan en medio de las danzas, Italia no para de reír, Carlo imita a uno de los danzantes, le da la mano a su hija y le coloca un penacho, los dos bailan a ritmo del tambor. Hay colores brillantes por todos lados, miles de danzantes, vendimias de artesanías, collares y artículos religiosos, huele a pan de feria por todo el lugar.

La familia Passerini se reúne y van a pasar la tarde al bosque, en medio de caballos y de mujeres hermosas, con botas de charro y camisas cuadradas, nunca faltan las tejanas.

Van a dar las seis de la tarde cuando Karla ve entrar a la familia al estacionamiento a por su coche. Cobra la cuota al señor elegante que toma el volante, la mujer que viene de copiloto paga, en la parte de atrás viene una chica risueña que seguro el joven está haciendo reír con sus ocurrencias.

Hace una semana que Italia conoció a Simón y desde entonces llaman al celular. Italia menciona las ganas que tiene de conocer el parque de diversiones, aún conserva su pase y no ha querido ir con su hermano porque le gustaría ir con otra persona.

—No tengo ningún problema en que lleves a tu hermano. Si es la única forma en que te den permiso... estoy dispuesto a compartir tu atención con él —menciona Simón—, después de todo va a ser mi cuñado. —Bromea para hacerla reír.

Ella se muere por verlo de nuevo, le da la dirección del colegio y se miran a la hora de la salida. Le gusta, aunque se ve que Simón le lleva algunos años,

ella lo analiza y él demuestra madurez, viste muy bien y parece que hace ejercicio, es lindo, y la hace suspirar cuando le habla.

En el salón de clases ella se informa con sus amigas y le cuentan que el parque no es un lugar para papás, es exclusivo para jóvenes, hay juegos mecánicos extremos, si pretende ir en familia será al Zoológico. Emocionada ella confiesa que el chico que conoció en las fiestas la invitó a salir. No se atreve a mentirles a sus padres, pero si dice la verdad obviamente no la dejarán ir sola con su amigo.

Matteo estudia la preparatoria abierta, en ese sistema puede obtener su certificado en menor tiempo y recuperar los años perdidos, se prepara para ingresar a la Universidad. Por las mañanas suele visitar escuelas para informarse sobre las carreras. Se mueve en su auto por las calles, todos los días pasa por su hermana y la recoge para llevarla a casa. La ve platicando con un joven que le da la espalda, no usa uniforme como los demás.

Italia mira su reloj y voltea al estacionamiento, Matteo ya la está esperando, se despide de Simón y acude a la llamada de su hermano.

—¿Con quién estabas hablando? —le pregunta Matteo, le hubiera gustado salir y ver de cerca al muchacho.

Italia es mujer, joven e ingenua, a Matteo le preocupa que jueguen con ella o traten de hacerle daño.

—Con nadie, solo platicaba con mis compañeros.

—¿Te estaba molestando? —Matteo conoce a todos los compañeros de su hermana.

—Claro que no, tonto, es mi amigo.

Él piensa que ella platicaba con alguno de sus profesores. Enciende el auto y menciona que se va a acercar para mirarlo y que sepa que ella no está sola.

—No seas tonto. Vámonos ya. —Se molesta Italia —. Si haces eso me voy a bajar del auto.

—Solo quiero saber con quién hablabas.

—Qué te importa, yo puedo hablar con quién yo quiera. ¿Ya nos vamos?

Matteo se aleja y conduce directo a la residencia, enciende el estéreo y le sube la música, tararea, a los dos les gusta cantar. Italia está molesta, no acompaña a su hermano en la canción. Apenas se estacionan y ella se baja del auto, «¡ja veces eres insoportable!», murmura.

—¡Soy insoportable porque me preocupo por ti! —dice Matteo.

Italia no sabe quién es más celoso, su papá o su hermano. En los escasos minutos que estuvieron platicando fuera del colegio, hubo una declaración de

amor, Italia le dio el «sí» a Simón, a los pocos días de conocerlo. Prefiere no mencionarlo con los hombres de la familia. En cambio, se lo comenta a su madre cuando se encuentran solas.

—Simón López —pronuncia Ana Brenda— ¿Cuál es su otro apelativo?

—No sé, mami —contesta Italia—, pero tienes que conocerlo pues es ¡guapísimo!

—No deberías decir eso delante de Carlo —opina Ana Brenda—, se va a poner muy celoso.

—Mi papi solo se pone celoso cuando alguien se fija en ti —comenta Italia—, y también está celoso de Matteo.

Incómoda Ana Brenda cambia el tema de conversación. Más tarde reflexiona, no es su intención que el amor que siente por Matteo se compare con el amor que siente por Carlo. Le duele que los demás lo vean de esa forma, ama con el amor de madre, no es algo que pueda controlar, le nace querer compartir sus días con su hijo, sobreprotegerlo o tenerle un poco de preferencia. También piensa en el muchacho que mencionó Italia, López es un apellido muy común en México. Considera que Italia es muy joven para apasionarse por un muchacho, le pide que lo conozca como amigo antes de iniciar una relación, que lo invite a la casa o que salgan en compañía de Matteo.

Simón López tiene veintiún años cumplidos, es lo que detiene a Italia para presentárselo a su hermano, dirá que es muy mayor, y lo más seguro es que no esté de acuerdo con su relación. Por eso prefiere andar a escondidas, verlo a la entrada del colegio pues a la salida los pueden descubrir.

—¿Cómo se dice cuando no entras a clases? —le pregunta ella a su novio.

—Se dice hacerse la pinta —contesta Simón.

—¿Quieres hacerte la pinta conmigo?

Simón asiente y se besan, la ayuda con la mochila y le abre la puerta del auto. Van a Selva Mágica, como no traen sus pases de cortesía pagan la entrada. Suben a la montaña rusa dos veces, luego a la rueda de la fortuna, hacen una fila eterna para conducir un auto chocón. Simón está al pendiente de la hora, para subir a otra atracción hay que hacer fila, sugiere entrar al Zoológico, hay un acceso libre por el cual pueden pasar sin pagar.

—¿Y no es un delito hacer eso? —pregunta Italia.

—No —contesta Simón— pero si quieres podemos ir a rodear hasta las taquillas, hacer fila para comprar el boleto y otra para entrar.

—Solo quiero estar contigo hasta que tenga que regresar al colegio.

—Entonces confía en mí —menciona Simón presionando la mano de su novia.

Mirando el bello paisaje de la barranca, Simón muestra sus sentimientos, quiere una relación formal con Italia, le cuenta sus más íntimos secretos, le abre su corazón y ella confiesa estar completamente enamorada.

El tiempo permite a Simón e Italia caminar unos cuantos metros más y dar la vuelta de regreso hasta el estacionamiento.

Muy cerca del parque mirador de Huentitán, se ubica El Centro Universitario de Arte, Arquitectura y diseño. Matteo está ahí pidiendo informes sobre todas las licenciaturas que hay en demanda académica. Carlo y Ana Brenda dieron total libertad para que él elija la carrera que más le convenga, que le guste y desee estudiar. Siente que esa es su escuela y su carrera la licenciatura en artes escénicas. Seguro de su decisión Matteo sale de la escuela con los folletos informativos, sube a su auto y conduce por la calzada independencia, se detiene en el alto, debe retornar para agarrar el periférico.

Esperando el cambio a verde en el semáforo Matteo cree ver a su hermana de copiloto en uno de los autos que transitan. Italia está en la escuela, verla platicando con ese tipo lo dejó preocupado. Checa la hora, tiene el tiempo suficiente para ir a Basílica a visitar a la Virgen.

El mismo joven en un auto diferente entra al estacionamiento, viene solo sin la familia que le acompañaba la vez anterior. Toma el *ticket* y sube a la plaza. Karla atiende el negocio, mientras su madre limpia la casa y cuida de sus hermanos más pequeños. Ya no estudia, terminó la secundaria y no pudo continuar por falta de recursos económicos. Después de cuarenta minutos, Matteo regresa al estacionamiento, sube a su auto y paga desde la ventanilla con un billete grande, Karla no tiene tanto cambio, hay un letrero que dice que deben de pagar con suelto, se lo señala, él no lo lee, ella levanta la barra para que el auto pueda pasar.

—Quédate con el cambio —dice Matteo sin dedicarle una mirada.

XXIII. San Pedro Tlaquepaque

Tlaquepaque es el tercer municipio de la zona metropolitana de Guadalajara, está localizado al sur-oriente de la Perla Tapatía. El punto más alto es el cerro del cuatro; una montaña que se ve desde cualquier punto de la zona y se identifica por poseer faros y antenas de telecomunicación.

Ana Brenda hizo un espacio en su agenda para que Matteo acompañara a su hermana a una reunión con algunas de sus compañeras. La cita es en el Parían; antigua plaza techada en donde se disfruta de un ambiente de fiesta mexicana a cualquier hora del día, con musical en vivo, mariachi y espectáculos de ballet folclórico. Se sirve birria, tortas ahogadas, cerveza, tequila. Matteo y su hermana esperan a Simón en el centro histórico de Tlaquepaque, sentados en una banca de metal. Ella está muy nerviosa pues será la primera vez que los chicos se van a encontrar. Carlo no puso peros porque Matteo la va acompañando, tampoco dijeron que se verían con el novio.

—¡Ahí viene, ahí viene!—dice ella emocionada al ver a su novio.

Italia corre a su encuentro, a unos cuantos pasos del encuentro ella salta y entonces se besan. Matteo mira la pantalla de su celular, no levanta la vista hasta que la pareja se acerca.

—Simón López—se presenta el joven y extiende la mano.

Matteo rehúsa la mano de Simón, no da crédito a lo que está viendo, es Betin, más elegante y refinado en sus modos. Conociendo sus orígenes, seguro todo es robado.

—¡Cómo has cambiado! —exclama Simón.

Han pasado algunos años y los dos parecen personas diferentes. Matteo mide un metro con ochenta y tres centímetros, es igual de delgado que cuando vivía en el hotel. Mantiene su cabello muy corto de nuca y lateral, mediano de la parte de arriba, algo de pelo delgado adorna el rostro triangular en la barbilla y bigote, una sudadera en color gris claro, pantalón de mezclilla, tenis de la marca converse. Betin viste de forma más formal, es más ancho y más bajó de estatura.

—Tú también estas diferente —menciona Matteo—, no eres para nada el

mismo raterillo de «mierda» que eras antes. Ahora eres un ratero con clase y pretendes envolver a mi hermana en tu porquería, pero yo no te lo voy a permitir.

Italia ya sabe que ellos se conocen, que se criaron como hermanos, víctimas de las personas que tenían a Matteo secuestrado, Simón la engañó con una historia falsa de su familia y sus propiedades, pero todo eso no le importa porque le ama.

—Estamos enamorados —anuncia Italia sin soltar la mano de Simón—, y nadie nos va a separar.

—¿Qué es esto?! —protesta Matteo al ver la actitud de Italia.

—Pretendíamos que tu estuvieras de nuestro lado —dice Simón—, acaso no éramos como hermanos.

Matteo quiere saber de los demás, es su oportunidad para encontrarlos, para dar aviso a la policía y que tanto el señor Sapo como Luis sean juzgados. Simón prefiere no hablar de eso frente a Italia. Le da las llaves y le pide que lo espere en el auto, ellos tienen mucho que hablar, recordar viejos tiempos. Cuando Italia se aleja, Betin le cuenta a Matteo que el señor Sapo está muerto, Luis y Wendy desaparecieron con el dinero de la recompensa. Una pareja lo adoptó, por lástima lo recogieron de la calle, le dieron estudios y el hogar que siempre quiso tener, no importa el pasado es un hombre decente y quiere a Italia de verdad.

—Pretendes que me crea esa gran mentira —dice Matteo—, nadie se hace rico de la noche a la mañana. Te vi muchas veces llegar con bolsas y carteras robadas.

Karla le habló a Betin sobre Diego, dijo que se cree superior, el dinero le subió el ego hasta el cielo, la despreció, fingió que no la conocía que jamás en su vida la había visto.

—Tu y yo somos iguales «Diego» —añade Betin con desprecio.

—No me llames así, mi nombre es Matteo.

—Sí ya me sé tú historia —comenta con aburrimiento Betin—. Por cierto, ni sé si lo sabes, pero el italiano se negó a pagarle al señor Sapo el dinero de la recompensa por tu cabeza.

Betin también le confiesa a Matteo el precio que pagó la elegante mujer por recuperar a su querido hijo.

—¡Eso no es cierto! —exclama Matteo creyendo que Betin miente, que la vida fue cruel con él y sigue sintiendo envidia.

Matteo saca su celular y marca el número de Carlo para informar del

riesgo que corre Italia. Betin le arrebató el aparato y lo lanza por los aires muy lejos.

—Dile adiós a tu hermana —dice a Matteo—, no la van a volver a ver.

Simón da un puñetazo a Matteo, que este no espera, el golpe es tan fuerte que lo hace caer, pierde el conocimiento, momento que aprovecha la pareja para huir.

Matteo se levanta confundido, escucha voces a su alrededor, gente que se acercó a auxiliarlo al verlo tendido en el piso. Con desesperación busca a Italia, suplica que alguien le deje un celular para llamar a su casa.

Carlo levanta el teléfono y escucha la voz de su hijo angustiada.

—«Papá» —Es la primera vez que lo llama así—. Se la llevó —pronuncia Matteo al teléfono —, Betin se llevó a mi hermana, Italia ha sido secuestrada.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó? —Se preocupa Carlo.

Carlo le pide a Matteo que le dé la ubicación, va para allá inmediatamente.

—No vengas, se fue, se la llevó, tenemos que ir a la policía.

Matteo vuelve a su auto y conduce hasta la residencia, Carlo lo está esperando muy preocupado. Reprimiendo el llanto cuenta lo que pasó, nervioso porque perdió a su hermana y se espera lo peor.

Carlo no quiere perder el tiempo, sin embargo, conduce a Matteo adentro para curar el golpe que trae en el rostro. Con mucho cuidado limpia la sangre que se asoma de la nariz y revisa que sea algo leve y no vaya a necesitar sutura. Pide nuevamente que le cuente, ahora que se ve más tranquilo.

Para todos Betin es un desconocido que apareció de la nada, Matteo lo conoce muy bien y sabe el peligro que corre su hermana. Cuenta todo lo que dijo sobre los secuestradores, hace énfasis respecto al dinero de la recompensa que Carlo no quiso pagar y añade lo del precio que Ana Brenda pagó a Luis por recuperarlo.

Ana Brenda se entera de la desaparición de su hija pues Carlo acude a ella para encararla. Quiere toda la verdad sobre ese día que recuperaron a Matteo ¿Por qué negarlo? Fue un precio muy alto, pero recuperó a su hijo.

—¿Cómo pudiste rebajarte a tanto! — exclama Carlo moviéndose con enfado de un lado a otro— ¡Yo nunca te lo hubiera permitido! ¿¿Pensabas guardar para siempre el secreto?!

—No me arrepiento —dice orgullosa Ana Brenda—, lo hice por amor y lo volvería a hacer cuantas veces fuera necesario por mi hijo.

—Cállate Ana Brenda —pide Carlo—, no quiero escuchar más ¡No puedo

creer que te prestaras a algo tan asqueroso!

Ofrecer su cuerpo con tal de llevarse al muchacho con ella, sin importarle dañar su dignidad, rebajarse a venderse como una prostituta, como una mujer de la calle, piensa Carlo de Ana Brenda. Duda que ella haya pagado con dinero, que disfrazara las palabras para justificar la recuperación de Matteo.

Las horas pasan e Italia sigue desaparecida, la familia se dirige a la policía. Lo que hizo Italia fue fugarse con el novio, no es un secuestro «pasa hasta en las mejores familias», matiza el oficial una vez que escucha lo sucedido. Matteo explica que ella fue engañada, Betin es un hábil ladrón que supo convencer a su hermana hablándole de amor, haciéndose llamar Simón López, está seguro que ese no es su nombre real. No han pasado veinticuatro horas, hasta que no pasen cuarenta y ocho horas no iniciaran la búsqueda de Italia, les informa el oficial.

Ana Brenda no le dio importancia al asunto cuando Italia confesó que estaba enamorada, que tenía novio y que todo era muy enserio, no puede creer lo que está sucediendo

«¡Por qué, Dios mío! ¡Qué hicimos para merecer esto!».

Nadie duerme cuando un miembro de la familia desaparece, la pesadilla se repite para los Passerini, pero ahora con su hija de quince años.

XXIV. Tonalá

Wendoline de Sevilla y Luis Alfonso Sevilla son los nombres reales de la pareja. Wendy no tiene que cocinar ni lavar ni un solo trapo. Sigue siendo una mujer sencilla con un rostro agradable. Limpio y bien vestido, Luis es un hombre mucho más atractivo que cuando era un mendigo. Tiene muchas admiradoras, mujeres con clase dispuestas a todo: viudas, solteras y casadas. Caminan juntos del brazo, se mezclan con la clase alta como si nunca hubieran mendigado limosna en las iglesias de la zona metropolitana. Dan donativos enormes en las casas de caridad, viven de las ganancias de las franquicias adquiridas con el dinero sucio de todos los crímenes cometidos por la pandilla que antes formaban. Nadie sabe qué fue del señor Sapo.

Tonalá es reconocido a nivel nacional e internacional como un gran centro artesanal. El centro histórico es el punto más importante de este municipio, ahí se encuentran todos los centros artesanales y el famoso tianguis que cada jueves y domingo se tapiza de puestos y locales de artesanía.

En la cima del Cerro de la Reina se ubica la Capilla de la Virgen de Guadalupe y el histórico monumento a la monarca Cihualpilli.

Es exactamente en donde se encuentran Italia y Simón. Luego de abandonar a Matteo, los novios subieron el cerro para visitar la iglesia. Todo el lugar es de piedra natural y ladrillo, ramos de flores cuelgan de las paredes, al fondo un pequeño altar, en lo alto Jesús en la cruz, al centro la Virgen Guadalupana.

—¿Aquí también es Tlaquepaque? —quiere saber Italia.

—Sí —miente Simón.

—Es que vi unos letreros que decían Tonalá o algo así.

La visita es para pedir perdón por golpear al hermano de Italia, Simón es devoto de la Virgen de Zapopan como muchos católicos que viven en la zona metropolitana de Guadalajara, la Virgen de Guadalupe es la reina de todos los mexicanos y es tan querida que muchos lugares la toman como patrona.

Trasladarse de un lado a otro les lleva más de una hora. Italia mira por la ventana del auto el lugar al que se dirigen. Simón mencionó cuando lo conoció que vivía en una zona residencial en Tlaquepaque, y es verdad que ahí los señores Sevilla tenían su hogar y fingían ser personas honorables.

Betin se dirige hacia la colonia San Gaspar de las Flores ubicada el municipio de Tonalá, la cual también es conocida como Privada Los Olvidados, y no podría ser más acertado el nombre. El lugar sufre precisamente del abandono de las autoridades, carecen de servicios básicos como alumbrado público, y en el temporal de lluvias las calles se convierten en ríos, situación que pone en peligro a las personas que viven ahí. Las acumulaciones de lodo, piedras, y tuberías expuestas hacen imposible el paso de vehículos particulares.

Bajan del auto. Betin le da la mano a Italia para caminar con mucho cuidado por las calles, cae la noche y el lugar se muestra algo abandonado, el ladrido de varios perros asusta a Italia, incluso hay canes que se lanzan a las piernas de la pareja, Betin la protege asustando a los animales, amenazando con una gran piedra.

—Vamos —dice Simón—. Ya casi llegamos.

En casa les espera una fiesta, Luis y Wendy saben que Italia es hermana de Diego, por eso Betin fue muy cuidadoso en su relación, se ha vuelto un experto en engañar a las personas, sobre todo a las mujeres. Fue casualidad que se encontraran en las fiestas de octubre, todo lo demás fue planeado por Luis. La vida de ricos es tan aburrida que bostezan todo el tiempo y necesitan un poco de diversión.

Italia se da cuenta que algo está mal, y no es lo humilde de la vivienda, la vestimenta de la familia no concuerda con la finca, tampoco la cena que le están ofreciendo. Siente miedo, no reconoce a Simón, él se está portando diferente, es más que obvio que le mintió en muchas cosas. Después de la cena los novios van juntos a uno de los cuartos de la vivienda.

—Ya me quiero ir —dice ella.

—¿Por qué? —pregunta Simón—, no te gusta lo que vez.

—No es eso, por favor llévame a mi casa.

—Sí es eso, te da asco estar aquí, yo te doy asco.

—No digas eso, Simón.

—No me quieres, me desprecias porque conoces mi historia, la historia de un pobretón. No soy hijo de un hombre rico como tu hermano.

—Te quiero, Simón, por favor no digas eso.

—Quédate y demuéstrelame.

Italia ama a Simón y aunque no se siente lista para estar con él, accede, se entrega con miedo. Luego cierra los ojos y duerme, despierta angustiada y sola en la cama, busca su bolsa, pero no está donde ella la dejó. Sale del cuarto a

buscarlo, necesita su teléfono para marcar a su casa, avisar o pedir perdón por fugarse.

Al salir del cuarto Italia contempla a Simón tomando, sentado sobre una cubeta.

—¡He aquí a la hija del Italiano! —anuncia triunfante él—, yo la desfloré.

Llama al hombre y a la mujer por su nombre con familiaridad. Italia regresa a la habitación angustiada, llora, no entiende que está pasando.

Betin toma y fuma a la vez que Luis y Wendy, muy borracho entra a la recámara con la intención de poseerla, pero ella no se deja, suplica que la libere, que abra la puerta y le permita salir.

—Las llaves las tiene Luis —informa Betin—, y él no hace nada a cambio de algo.

Italia logra salir al patio, grita con desesperación pidiendo ayuda hasta que Simón sale por ella y le tapa la boca, la obliga a entrar a la casa.

—No hagas tonterías que obliguen a Luis a golpearte.

—Simón ayúdame, déjame salir —pide ella mientras él la arrastra del brazo hacia el cuarto.

Después de aventarla hacia la cama, Betin sale a la sala y se une a la fiesta que tiene la pareja. Italia duerme de cansancio, al amanecer despierta sola, nadie la obliga a salir así que no lo hace, se aguanta el hambre y la sed durante el día, el baño se encuentra en el patio, sale con miedo y regresa

En la cocina huele a comida, se acerca y mira cómo comen sobre las rodillas sin usar cubiertos, se embarran las manos de grasa y las limpian con su propia ropa. Italia se muere de hambre, se acerca y Simón le hace un espacio en su asiento. Ella toma un pedazo de birote y lo come con desesperación, para beber hay cerveza. Muerta de sed toma la botella y da un trago grande. Cenar frijoles guisados con huevo y birote. Una botella tras otra hasta que Italia se siente mareada. Luis y Wendy bailan al son de un grupo norteño. Italia se fija en la forma que él toca a su esposa, tal como hace tiempo ella y su hermano sorprendieron a sus papás. Simón quiere bailar y hacerle compañía a la pareja. Mareada e inestable Italia da vueltas en los brazos de su novio, hay más licor, pero ya no quiere tomar. Lo peor llega de madrugada cuando Wendy está totalmente perdida en alcohol, entonces es desnudada y Luis la posee ahí, frente a los dos jóvenes, en el suelo frío del lugar. Italia está atrapada en los brazos de Simón, quiere huir a la recámara y tapar sus oídos para evitar escuchar los gemidos.

—La función termina cuando Luis, acaba de joder a Wendy —informa

Simón al oído de su novia.

Por más que ella se resiste no es libre hasta que hay silencio en el lugar, cuando los cuerpos desnudos descansan uno sobre el otro en el suelo. Inmediatamente ella se retira, al entrar al cuarto cierra la puerta, no hay pasador ni seguro. Italia cubre sus oídos y se tapa el cuerpo con una cobija, se queda así hasta que se duerme.

Desvelados se levantan después de las diez de la mañana. Wendy se encarga de la cocina, es callada y no le platica nada a Italia. Luis es el único que entra y sale de la casa, provee el alimento, trae licor y cigarros. La mayor parte del día juegan cartas y dominó. Para beber solo hay cerveza y sin falta por la noche hay música para bailar abrazados, besos ardientes y sexo entre Luis y Wendy. Italia observa desde su lugar haciendo compañía a Simón, esperando la oportunidad para escapar, atenta a la puerta y a las llaves que guarda Luis en su pantalón. Trata de mantenerse sobria dando pequeños tragos a su bebida, Simón no la escucha, se molesta y se aleja cuando ella suplica que le deje salir. Piensa en que sus padres estarán molestos, una chica de tan buena familia y se fue con su novio, esa no era su intención.

—¡No entiendo cómo puedes verlos hacer eso! —Italia está asqueada de presenciar la escena.

—El único que disfruta la función es Luis —informa Simón.

—¿Y entonces por qué lo soportas? ¿Por qué sigues aquí?

La vida es una mierda y Betin no tiene a nadie en el mundo, alguna vez tuvo una madre y hermanos, puede asegurarlo, fue un niño robado.

—Ya no me importa mi origen —se expresa sin esperanza—, esto es lo que soy, es en lo que me han convertido.

—¿De verdad te llamas Simón?

—Adalberto —confiesa— no me acuerdo de mis apellidos, pero todos me llaman Betin.

Italia trata de convencerlo de dejar el martirio de contemplar a la pareja teniendo sexo. Propone huir lejos, tienen dinero pues no trabajan y viven bien.

—Juntos podemos ir a pedirle a la Virgen que encuentres a tu familia.

—La Virgen no ayuda a gente como nosotros.

—Es madre y quiere a todos sus hijos por igual.

Italia deja la cerveza en el suelo y se retira al cuarto, todo fue una mentira que ella creyó. Simón no la ama. Se arrepiente y llora, reza con la esperanza de que la oración llegué al cielo y un milagro la ayude a escapar.

Después de una semana Italia pierde las esperanzas de escapar, siempre

hay alguien en la casa acompañándola o cuidando que no pretenda huir, se siente vulnerable en ese entorno que ahora la rodea. Cuando llega la noche y le ofrecen licor lo toma, baila y hasta acede a los caprichos de Betin de llevarla a la cama. En los momentos de sobriedad, nota que hay noches que Wendy no se embriaga hasta hartarse con los demás. Esos días tampoco quiere exhibirse y él la obliga golpeándola. Mira en ella su futuro al lado de Betin y se lamenta, si tan siquiera supiera dónde está escondida su bolsa, adentro esta su celular, si se encuentra apagado conserva batería para realizar una llamada a su hermano, o a cualquier miembro de su familia, no sabe dónde está, pero puede pedir ayudar para que la empiecen a buscar.

XXV. A un paso

Un milagro es lo que necesita Ana Brenda para localizar a su hija, la Virgen le devolvió a Matteo con vida, ruega que Italia también lo esté, que nadie le haga daño y que muy pronto puedan localizarla. Desde esa tarde que la perdieron, todos los días ella y Matteo acuden a rezar a la basílica. Carlo vive apartado en la misma casa, se siente inseguro, engañado, y si no se ha regresado a Milán es por la desaparición de Italia, porque cuando la recupere quiere llevársela con él. Está seguro que Matteo se queda en México con Ana Brenda. Madre e hijo acaban de salir, Carlo los está mirando desde su despacho.

Ya Karla está acostumbrada a ver entrar el auto o la camioneta de la familia Passerini. Por el nerviosismo de Ana Brenda, Matteo toma el volante y es el que paga el estacionamiento. Ana Brenda se adelanta unos pasos y Matteo aprovecha para hablar con Karla.

—Perdón —dice Matteo— ¿Eres Karla? ¿No es así?

Ella prefiere no contestar, limitarse a hacer su trabajo. Es una chica humilde, limpia y sencilla, se entretiene llenando crucigramas, leyendo revistas de telenovelas.

—¿Alguna vez te dije que eres hermosa? —menciona Matteo.

—No —contesta ella sin prestarle mucha atención, hay una televisión, por un lado, pero está apagada.

—¡Pues que estúpido! —se dice a sí mismo Matteo—. La verdad creía que era muy poca cosa para ti.

—Y ahora crees que eres demasiado —dice ella.

Matteo es encantador, siempre lo fue, alegre, simpático, preguntón e inocente, así lo recuerda Karla, humilde y sencillo como ella.

—Discúlpame por ser un arrogante, por negarte esa sonrisa hermosa que me regalaste cuando nos volvimos a ver.

Karla lo voltea a ver, luego vuelve su vista a su revista.

—¿Te hiciste famoso? —le pregunta en tono amistoso.

—No —niega Matteo —, aun quiero serlo.

—¿Para qué? si tienes mucho dinero.

—Me gusta cantar y hacer piruetas.

—El circo se acaba de instalar frente al parque Ávila Camacho.

Los dos sueltan la carcajada al mismo tiempo.

—La verdad sigo siendo el mismo —añade Matteo.

—¡Qué casualidad! — exclama Karla— Eso mismo dijo él.

—¿Quién?

—Betin.

Después de varios minutos Matteo sube a la basílica, su mamá lo está esperando. Se persigna en la entrada y moja sus dedos de la pila de agua bendita, camina muy despacio buscándola, la encuentra en las bancas de a medias. Ana Brenda se espera hasta que salen para preguntarle qué tanto hacía.

Matteo cuenta que se quedó platicando con Karla, fueron amigos cuando lavaba coches y lo siguen siendo, si es que ella ya lo perdono.

—¿Que le hiciste? —pregunta Ana Brenda.

Matteo calla pues van bajando las escaleras del estacionamiento. Le dedica una sonrisa a Karla mientras le abre la puerta a su mamá. Antes de subir y tomar el volante, paga y se despide.

De regreso a su residencia Ana Brenda le pregunta a Matteo si la jovencita que cuida el estacionamiento es la misma de hace años.

—La misma que viste y calza —afirma Matteo sonriendo —, se llama Karla.

Ana Brenda la recuerda y también al otro muchacho, no es casualidad que Italia lo conociera de la nada, los secuestrados tienen un plan para hacerles daño. No fue suficiente con el dinero, se da cuenta que existe la maldad, se angustia y reza, pide con devoción, está dispuesta a lo que sea con tal de ver devuelta a su hija, Carlo no lo entiende, la juzga, Ana Brenda sabe muy bien cuál es su molestia. Estando en la casa, la evita y no le dirige la palabra, por una parte, ha dado lugar a que padre e hijo se acerquen, que hablen e investiguen por su cuenta el paradero de Italia, la autoridad no ha hecho nada.

Otro día Matteo y Ana Brenda regresan al estacionamiento, él le pide que suba, en un momento la alcanza, quiere saludar a Karla.

—No te tardes —, pide Ana Brenda y se retira.

Karla quiere saber más sobre la historia de Diego, le parece increíble lo que contó el otro día sobre su verdadero nombre y familia, Diego es italiano y su nombre verdadero es Matteo Passerini, como un galán de telenovela.

—¿Oye y por qué vienen tanto? —pregunta ella.

Esa chica risueña con la que Matteo platicaba en la parte de atrás de la camioneta, el día de la romería, es su hermana y se llama «Italia» como el país. Diego cuenta que está secuestrada, vienen a rezar para que la Generala los ayude a localizarla.

Karla es amiga de Betin, confiesa apenada que la pretende, una sola vez salieron y tuvo que mentir a sus papás, la llevó a su casa. Hace poco la invitó a las fiestas de octubre, pero sus papás no la dejaron ir sola con el muchacho, querían que cargara con los hermanos y prefirió rechazar la invitación, lo dejó vestido y alborotado. Cuenta lo poco que sabe sobre él. Betin vive en una zona residencial en Tlaquepaque, sus padres adoptivos son las personas más raras que Karla conoce, el señor Sevilla es joven y muy guapo «¡tiene unos ojos...!»), la señora es morena y delgada, una mujer muy callada.

—Luis y Wendy —la interrumpe Matteo.

Karla lo confirma así se llaman entre ellos.

Matteo se siente a un paso de encontrar a Italia, se une a su madre en la basílica y da las gracias, no le cuenta nada hasta que están en la casa, frente a Carlo, en ese momento llaman a la policía y dan toda la información, la respuesta de la autoridad siempre es esperar.

Carlo teme que, al acudir a la mansión, Italia se niegue a regresar a casa, ya pasó más de un mes y al parecer ella se pronunció enamorada. Matteo no quiere esperar, sabe la dirección y quiere ir a recuperar a su hermana, personalmente sin la intervención de la policía. Ana Brenda menciona que eso es lo mejor, ya no puede con la angustia, apoya a su hijo.

Carlo no piensa igual, se dirige a Matteo como una orden, le pide a su hijo que deje a la policía actuar como es debido, que no se quiera hacer el héroe, no quiere volverlo a perder, Y lo mismo va para Ana Brenda, pareciera que no conoce a su mujer ¿Cuándo le ha hecho caso?

—No me voy a quedar sentada esperando a que me digan que mi hija está muerta —dice Ana Brenda.

«¡Pero qué mujer tan terca!»), piensa Carlo sobre Ana Brenda, la va a retener a como dé lugar, porque lo que pasó no se va a volver a repetir.

—Te lo prohíbo —ordena Carlo autoritario—, si sales por esa puerta. —dice señalando la entrada—, olvídate de mí para siempre, y hablo en serio, Ana Brenda, una vez que recuperemos a nuestra hija, esto se acabó.

Ella lo ama y le duele que él piense que lo engañó.

—Me violó —confiesa—, ese hombre que ahora tiene a nuestra hija, me tomó a la fuerza porque yo estaba dispuesta a todo por recuperar a nuestro hijo

¡No te imaginas el asco y repugnancia que sentí cuando estuve con él! ¡Es un ser despreciable! He tratado de borrarlo de mi mente y de mi cuerpo, hago de cuenta que eso nunca pasó, que fui a ese lugar y pagué con dinero por recupera a mi hijo.

—La realidad es que pagaste con tu dignidad —dice Carlo —, esos hombres no necesitaban nuestro dinero. Placer es lo único que quería de ti y es lo que obtuvo. Pero no va a volver a pasar otra vez, no más, Ana Brenda.

—No quiero perderte, Carlo. —Se derrumba en llanto ella—. ¡Te amo, pero por favor no me pidas que me quede aquí sin hacer nada!

Él se acerca a abrazarla, le cree porque la ama, toma su rostro con las manos, limpia sus lágrimas con su pañuelo.

—Amor, tú ya has hecho demasiado, recuperaste a nuestro hijo, deja que la policía haga su trabajo ¡Por favor mi vida, no vayas a buscarla!

La policía visita la casa de los señores Sevilla para investigar, los vecinos dicen que los Sevilla se mudaron, no hay fotografías de los señores ni del hijo del matrimonio en toda la casa, hace muy poco que adquirieron la propiedad, gente muy extraña.

XXVI. Desenlace

Días después...

Luis no puede vivir sin el juego, empieza a invitar mal vivientes a la casa; conocidos a los que les gusta apostar. Betin sale porque está harto de estar encerrado, se cansó del plan para hacerles daño a la familia de Diego. Quiere salir y caminar por las calles, libre.

Con la puerta sin llave, Italia tiene oportunidad de intentar escapar, de hacerse la borracha y permanecer despierta contemplando a la pareja. La casa no cumple los requisitos para fungir como hostel para nadie, el lugar es pequeño y apenas caben los cuatro. Los jugadores se van felices porque ganaron o molestos porque perdieron. Luis apuesta por gusto no necesita dinero. Cae rendido en el colchón atascado de vino, Italia espera unos minutos que le parecen una eternidad, luego silenciosamente camina de puntas y abre la puerta, el rechinado del metal oxidado despierta a Luis, ella corre y logra salir de la finca pero él alcanza, sin consideración la arrastra del cabello de regreso a la casa, entonces cierra la puerta con llave. Italia grita, pide ayuda a quien sea que pudiera escucharla, él trata de callarla tapándose la boca. Luis recibe una mordida en la mano como agresión, libre Italia corre nuevamente a la puerta y golpea con pies y manos.

—Me estás hartando —comenta Luis con enfado.

Vuelve a agarrar el cabello de Italia y la lleva hasta el cuarto. Mirándola con detenimiento le encuentra un parecido a Ana Brenda. Wendy duerme ahogada en alcohol en el otro cuarto, no se va a dar cuenta de nada. Luis se le echa encima a Italia con mala intención, mete las manos bajo el vestido para acariciarle las piernas

—Hueles como ella —le sutura al oído —, espero que sepas igual.

Los gritos aterradores de Italia despiertan a Wendy, Luis no logra su cometido por temor de ser descubierto por su pareja. Sale e inmediatamente se deja caer en el colchón al lado de Wendy, la abraza y no la deja levantar.

Karla madruga para abrir el estacionamiento, almuerza y mira unas horas televisión. Está mirando una revista cuando un auto conocido entra al estacionamiento. Él sonrío y le hace un regalo, menciona que estuvo muy

ocupado encargándose de los negocios de su papá adoptivo, por eso no había venido, las fiestas de octubre se terminaron pero puede invitarla a otro lado. Si todo lo que dijo Matteo es verdad Betin miente, piensa, Karla.

Betin deja su auto y sube a la plaza, entra a la basílica y piensa en lo que dijo Italia sobre la Virgen

Se persigna frente el altar y sale. Camina por el centro histórico, hace algunas compras. Regresa al estacionamiento por su auto, le hace una nueva invitación a Karla pero ella lo rechaza. Se muestra incómoda y un poco nerviosa, como si le molestaran los halagos.

Betin llega a la casa y muestra todo lo que compró a Wendy; cerveza y cigarros, pequeños encargos que le hizo, algunos vestidos para Italia, al no mirarla entra al cuarto y la encuentra llorando en un rincón.

—¡Por favor! —suplica Italia—, déjame salir, estoy embarazada.

Betin la ayuda a levantarse y le ofrece uno de los vestidos que le compró, le dice que se cambie de ropa, él va a hablar con Luis sobre el bebé.

—No —menciona Italia—, vámonos antes que venga, ya no quiero estar aquí.

—Primero tengo que hablar con él —dice Betin—, cámbiate.

Él sale a decirle a Wendy, un hijo, sí un hijo, sin planearlo va a ser papá. Wendy dice que Luis salió temprano después de almorzar, no tarda en llegar a comer. El incidente entre Luis e Italia la hace pensar mal, por supuesto que la escuchó, el bebé que espera Italia podría ser de Luis. Wendy no puede consevir pero al parecer Luis si puede embarazar a cualquier mujer, e Italia no es cualquiera, es la hija de Ana Brenda, la mujer por la que Luis perdió la cabeza.

A escasos metros de la finca Matteo y Carlo esperan el momento correcto para entrar. Fue gracias a Karla que dieron con el lugar, siguiendo a Betin desde el estacionamiento.

—Hay que entrar —dice Carlo, desesperado por ver el estado físico en que podría encontrarse su hija.

—No —dice Matteo—, hay que esperar, Luis es el que debe pagar, el que me hizo daño y ahora se lo está haciendo a mi hermana.

—Todos son culpables, Matteo — menciona Carlo—. De esa gente no hay que tener ninguna compasión. Yo voy a entrar, tú quédate, háblale a la policía, pide ayuda, aléjate del lugar.

—Sin armas lo único que vamos a lograr es que nos maten a todos, yo conozco a la gente, viví con ellos y se lo que podemos esperar al entrar.

Todos los años que Matteo estuvo viviendo con la pareja y ningún día Luis faltó a comer exactamente a las dos de la tarde. Mira la hora en su reloj, luego pide una patrulla, da la dirección y trata de ubicar a los oficiales para que den con la finca.

Luis se traslada en el transporte público, no sabe manejar. Viste pantalón de mezclilla, botas y una simple playera, la falta de limpieza en toda su persona ya se da a notar, el cabello cortado con tijeras, mechones en diferentes tamaños, ha dejado de usar gorra, sigue caminando con la mirada al piso, ocultado el rostro que le gusta tanto a las mujeres. Son varias cuerdas que anda a pie, unos pasos antes saca las llaves de su pantalón para abrir la puerta.

—Disculpe —le habla un hombre—. Estoy buscando a una persona, quizá usted me pueda ayudar.

—¿Quién rayos es usted?— pregunta sorprendido.

Carlo deja de fingir y se lanza encima de Luis, pretende asfixiarlo con ambas manos, las llaves caen al piso y son recogidas por Matteo quien inmediatamente abre la puerta para no perder el tiempo. Suplica que dentro esté Italia viva y sana.

Betin continúa de pie junto a Wendy, hablaban del bebé que espera Italia, la puerta se abre y entra Matteo.

—¡Jamás te voy a perdonar si le hiciste algo a mi hermana! —exclama antes de lanzarse sobre Betin.

Mientras forcejean, Betin menciona que le hizo un bebé, no debe estar molesto más bien debería felicitarlo oficialmente son familia.

Luis y Carlo ruedan por el suelo, terminan dentro de la propiedad, Luis sangra un poco de la comisura de la boca. Carlo quiere acabar con el hombre que violó a Ana Brenda, secuestró a Matteo y ahora tiene a Italia.

—Muérete desgraciado —expresa su rechazo, por más que golpea y presiona el cuello, Luis no se rinde.

Es Wendy quien pone fin a las dos peleas, retiene a Italia apuntándole a la cabeza con el revólver de Luis. Lo ama sobre todas las cosas y no va a permitir que nadie le quite a su hombre. Está lista para apretar el gatillo y matarla. Alguien le habla y el tiempo se detiene, es justo lo que en ese momento necesitan Carlo y Matteo, la policía ya viene en camino y quizá no alcance a detener el homicidio.

—No lo hagas —suplica Matteo, conoce a Wendy, es buena no se puede comparar con los demás. Trata de acercarse a ella—, tú no eres como ellos, fuiste una madre para mí, eres otra víctima, por favor, Wendy.

—¡Mátala! —ordena Luis desde el suelo, las manos de Carlo no han podido terminar con su vida.

—Wendy —dice Betin—, Italia lleva a mi hijo en su vientre.

Piensa en que todo puede cambiar, quiere formar una familia como la que perdió.

—¡Qué estas esperando! —exige Luis— ¡Mátala! — ordena.

Italia llora, tiembla de miedo, siente terror pues va a morir a manos de los mismos hombres que dañaron a su hermano, que lo secuestraron por años, mintiéndole, haciéndole creer que era su hijo.

Wendy ha tratado de olvidar que escuchó como Luis estaba con otra mujer, el recuerdo le duele. Mira a Diego y ve a la señora Passerini, luego mira a Italia, aún sigue apuntándole con la pistola. Luis jamás había deseado estar con ninguna otra mujer, pero la señora Passerini despertó el deseo en él y ahora que la chica forma parte del clan es un infierno contemplarla, sabiendo que cuando duerme y se pierde de la realidad, Luis puede engañarla.

La pistola cae de la mano de Wendy, todos tratan de obtenerla lanzándose al suelo. Libre Luis trata de huir, el sonido de las sirenas se escucha muy cerca y no se quiere ir solo, quiere a Wendy con él a donde quiera que vaya. Es tarde se acaba el tiempo, la policía rodea la finca.

Tres personas salen esposadas, solo dos de ellas son procesadas, Betin siempre fue una víctima de la banda de secuestradores. El caso se lleva ante el ministerio público. Días después Italia otorga el perdón al futuro padre de su hijo. El caso de Adalberto sale a la luz, los padres de Betin viven y se rencuentran con su hijo, no son adinerados como él lo suponía y tiene muchos hermanos.

Luis es juzgado por el secuestro del niño Matteo Passerini desde el día 12 de Octubre de 1991 hasta el año 2003, que fue cuando Ana Brenda recuperó a su hijo. Por forzar a la señora a tener sexo. Por retener contra su voluntad a la joven Italia Por el robo del infante Adalberto Martínez, la pena que dicta el juez es de muchos años en prisión, mientras que a Wendy, por Matteo haberle otorgado el perdón en virtud de tratarlo siempre como a un hijo, paga una pena mucho más corta.

Penal de máxima seguridad, Puente grande Jalisco, año 2009.

Puente Grande con una capacidad para alojar a dos mil setenta y ocho internos. La sobre población y el hacinamiento son el principal problema dentro del rubro. Existen deficiencias en los servicios de salud para el interno y en la supervisión del funcionamiento del centro por parte de su titular. Así

como deficiencias en la remisión de quejas de violación a los derechos humanos, una inexistente prevención de incidentes violentos y una presencia de acoso sexual.

Se conoce como un derecho natural y está permitida la visita conyugal de dos horas pero se puede prolongar a más tiempo según se permitan las leyes. Por regla general es necesario que las dos personas se realicen un examen médico que permita tener conocimiento si existe o no una enfermedad que pueda ser infecciosa. Igual se requiere ser familiar directo, cónyuge, hermanos e hijos con identificación oficial, donde se acudirá a servicio social y se determinará si se cumple con los requisitos y se expedirá la credencial de visita familiar. Para los internos sentenciados: domingos de 09:00 a 16:00 horas. Ya que además es importante que el preso pueda tener algún tipo de relación que le permita poder interactuar con la persona amada, así como familiares que puedan levantarle la moral.

Toda esta información la recibe Wendy con tiempo y se prepara para visitar a Luis en prisión. Llegándose el día, deja que los custodios la esculquen, se muestra completamente desnuda ante las personas de seguridad de la penal. Dentro del penal Luis recibe dos preservativos que no va ocupar, ella solo coge con él y viceversa. Estando en el espacio destinado para tener sexo, ella cierra los ojos y se deja llevar por el placer, se siente segura, su hombre está encerrado y no puede engañarla con otra mujer. Luis no recibe ningún pago por exhibirse con su pareja ante unos cuantos guardias, su pago son buenos tratos y beneficios que otros internos no tienen. Una vez que los dos cuerpos están vacíos, Luis cierra la puerta y puede tener a Wendy para él solo.

Fin.

Epílogo

Zapopan, 12 de Octubre 2018.

Este año se espera la asistencia de más de un millón quinientos mil asistentes y cerca de treinta y cinco mil danzantes. Las autoridades zapopanas informan además que, en las inmediaciones de la ruta de la Romería, se implementa la ley seca desde el jueves 11 hasta el viernes 12 de octubre. Por cuarto año consecutivo, a raíz de las obras que se realizan para la construcción de la línea tre del Tren Eléctrico Urbano, se modificó la ruta que seguirá la Virgen de Zapopan en la Romería. En esta ocasión serán 9.4 kilómetros los que recorrerán los peregrinos. Iniciando en la Catedral continuando por la avenida Juárez – Vallarta para posteriormente tomar la avenida de las Américas rumbo a Zapopan. Hay más calles alternas para que los romeros puedan arribar a la Basílica de Zapopan.

La Virgen inicia su camino alrededor de las seis horas bajo un cielo aun nocturno, después de la misa de despedida, acompañada de creyentes que la escoltan por las calles de Guadalajara entre vivas, alabanzas, rezos y bailes. Y entre ese mundo de gente va una mujer que desde que salió de prisión sin falta se une a todos los romeros. Wendy camina junto al mariachi que interpreta la canción a la *Generala*.

*«Virgencita de Zapopan
que me has visto padecer
déjame llorar de pena
por si no te vuelvo a ver.
Ya me voy de mi Jalisco
por culpa de una mujer
tú sabrás que lo que me hizo
aunque sé que si me quiso
no se puede resolver.
Adiós mi Guadalajara
Ya me voy
que le he de hacer
la alegría de tu mariachi*

*mi San Pedro Tlaquepaque
ya no lo volveré a ver.
Virgencita de Zapopan
cuídame pa'no caer.
No me voy arrepentido
porque sé que tengo honor
voy a ver si encuentro olvido
o me muero de dolor.
Dicen que los de Jalisco
no nos sabemos rajar
pero es tanto lo que me hizo
que aunque soy hombre macizo
ya no aguanto mi penar.
Adiós mi Guadalajara
ya me voy
que le he de hacer
la alegría de tu mariachi
mi San Pedro Tlaquepaque
ya no lo volveré a ver.
Virgencita de Zapopan
cuídame pa'no caer».*

Autor Miguel Aceves Mejía.

Wendy camina y pide en cada paso, implora un milagro para Luis, la libertad para volver a estar juntos, diez años han pasado y el amor que ella siente por él permanece intacto.

«¡Que viva la virgen de Zapopan! ¡Que viva la madre de Jalisco!» Son las porras y cánticos de los jóvenes que acompañan a la Generala en su trayecto a la ex Villa Maicera.

La virgen arriba aproximadamente a las once horas, rodeada de flores y adornos que la reciben en su casa, peregrinos en familia, miles de danzantes. La imagen sube al balcón y da la bendición, luego se oficia la misa, al término la gente se empieza a dispersar por todo el primer cuadro de Zapopan.

Para las diez de la noche, el ayuntamiento de Zapopan reporta un total de siete personas extraviadas de los cuales seis fueron reunidos con sus familiares y una mujer de más de cuarenta años ya fue identificada y se encuentra bajo custodia en espera de sus familiares. Después de ser voceada, la madre acude al llamado.

—¡Toda tu vida viviendo en Zapopan y te atreves a perderte! —dice a su hija.

—¿Y Luis? —pregunta Wendy.

—Luis está en la cárcel, te estas volviendo loca, mujer. Ándale, agarra tus cosas y vámonos, ahorita te llevo a tu casa.

Wendy vive en el Vigía, sola en un cuarto que renta y que paga con ayuda de su mamá. A penas abre la puerta y cae un sobre con una nota; la dirección y teléfono de un abogado.

Al amanecer acude a dicho lugar con miedo, pero con la intención de ayudar a su amado. El abogado explica de qué forma se puede ayudar al interno, por supuesto se necesita dinero, le pide a Wendy que lo acompañe.

—¿A dónde vamos? —pregunta Wendy al señor

—Vamos con una persona que la puede ayudar

—¿Quién?

—Ya lo vera.

Viajan en el auto del abogado. Luego caminan unas casas, Wendy sigue por detrás al hombre, en alerta por si quieren hacerle daño. Él se detiene en el pasillo y abre una puerta, le hace una seña para que ella entre primero.

Tendido en una cama se contempla al señor Sapo. Vive sin sus dos piernas, internado en un sanatorio que alberga personas en situación de calle. La hizo venir para entregarle todo el dinero que guardaba en el hotel, donde muchos años vivieron padre e hijo.

—Tiene los ojos de su madre —dice a Wendy sobre Luis—, por eso lo conserve y lo tuve conmigo todos los años.

El dinero es para que Luis salga de la cárcel, para que Wendy pague los servicios del abogado y él compre a quien tenga que comprar y Luis obtenga la libertad.

Zapopan, 29 de Noviembre 2018.

Hoy es anunciado en televisión y redes sociales que la Romería de Zapopan es declarada Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

Años después...

Wendy está en la penal de Puente Grande Jalisco esperando que salga su amado. Luis sale por su propio pie luciendo una barba corta con algunas canas, el cabello estilo militar, arrugas en la frente cuando gesticula, viste un pantalón de mezclilla y una camisa en color gris, a pesar de sus años sigue

siendo un hombre guapo, sobre todo para Wendy.

Agradecimientos

Agradezco a Gemma García Veiga porque estuvo conmigo capítulo tras capítulo, es parte importante de esta aventura. A María Buga por dedicarle horas a mis letras. A Juan Pascal por sus consejos. A Maribel C. Gómez por la hermosa portada que adorna esta novela. A todos mis compañeros escritores que me alentaron a seguir adelante.

Gracias a ti lector por regalarme unos minutos de tu apreciado tiempo, si te gusta El señor Sapo y la pareja feliz deja un pequeño comentario, di gracias con algunas estrellas.

Sobre la autora

Anys Felici es una autora mexicana de novelas de misterio, humor sarcástico, romance e historia. Nace un febrero de 1982. Escribe desde el año 2014 y hasta la fecha. Cuenta con varias obras de diferente género, dedica sus ratos libres a escribir. Actualmente está casada y tiene dos hijos.

Autora de "Lo que cuesta la vida", novela publicada por Editorial Dreamers en mayo de 2017, drama que narra la vida de Susana y de Alfredo Rivas en un centro de atención telefónica. En diciembre del mismo año publica "Una cita cada día", comedia romántica con toques de erotismo donde Juan el protagonista platica como diario tiene citas con diferentes mujeres y no puede conseguir pareja. En Julio de 2018 "Retiro espiritual", es publicado por capítulos en la revista literaria "La Sirena Varadara". En mayo de 2018 auto publica "Eres bonita", en su primera edición, estrenándose como autor independiente. La segunda edición de "Eres bonita" se publica el 17 de Agosto del mismo año. En Mayo de 2019 termina un ciclo de publicación con Editorial Dreamers. Sus tres primeras novelas se publicarán de forma independiente en 2019 como segunda edición.